# MANTÉN AL DOCTOR ALEJADO



UN THRILLER PSICOLÓGICO

JAMES CAINE

# MANTÉN AL DOCTOR ALEJADO

*Un Thriller Psicológico*

James Caine

Copyright © 2026 James Caine

Los personajes y los acontecimientos que se describen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no ha sido intencionado por el autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso y por escrito de la editorial.

# CONTENTS


Title Page
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Prólogo

# PRÓLOGO

—Lily —me dice una voz suave. Siento un ligero empujón en el cuerpo—. Despierta, cariño. Tienes que despertarte ya.

Intento abrir los ojos y, cuando lo hago, mamá me está mirando con preocupación.

—¿Mamá? —pregunto, confundida al notar que todavía es de noche—. ¿Qué hora es? —empiezo a bostezar. No he dormido mucho tiempo.

Mamá dice que duermo demasiado para ser una niña que acaba de cumplir siete años la semana pasada. Me dice que ya duermo como una adolescente.

—Lily —susurra con agresividad—. Mírame.

Parpadeo varias veces, intentando comprender por qué está disgustada. —Mamá, ¿pasa algo...?

Me pone un dedo en el labio y mira alrededor de mi habitación. —Tienes que guardar silencio, cielo. —Me tiende la mano —. Tenemos que irnos. Ya están aquí.

A medida que habla, me voy despejando hasta el punto de que sus palabras empiezan a asustarme. La expresión del rostro de mamá me asusta aún más. Tiene los ojos muy abiertos pero sin brillo. Su habitual mirada cariñosa ha desaparecido.

—¿Quién está aquí, mamá? —le devuelvo el susurro, temerosa de lo que va a decir. He visto *Solo en casa* con ella. Mamá me ha hablado de la gente mala que hay en el mundo. Personas que hacen cosas malas a los demás e intentan irse de rositas. Esos que secuestran a niños, hacen daño a la gente y roban caramelos.

Se lleva otro dedo a la boca y levanta las cejas, mandándome callar. —No podemos dejar que sepan dónde estamos, Lily. Te llevarán si se enteran.

—¿Llevarme? —digo, con una expresión que ahora imita la suya—. ¿Quién?

No lo dice. En su lugar, extiende la mano y yo la agarro. Salgo de la cama sin hacer ruido mientras ella me guía fuera de mi cuarto. Me recuerda de nuevo que no haga ruido mientras caminamos por el pasillo.

El eco de los sonidos del televisor que llega desde la habitación de mamá y papá resuena por el pasillo. Papá está viendo las noticias hasta tarde esta noche. El reportero habla de un doble homicidio en Edmonton.

El rostro de mamá se vuelve más severo a medida que nos acercamos a su dormitorio. —Tienes que cerrar los ojos, Lily —me dice—. Tu padre es uno de *ellos*.

—¿Papá? —pregunto confundida.

—Era uno de ellos, Lily. Quería hacerte daño. Ya no puede hacerlo. Yo me he encargado de ello. Ahora, cierra los ojos —me ordena en tono de susurro.

Hago lo que mamá me pide mientras nos acercamos a papá en el dormitorio. A medida que mamá me guía por el pasillo, mantengo los párpados cerrados, escuchando el sonido del presentador de noticias hablando de un crimen terrible que ha sucedido.

—Esta noche se ha confirmado un asesinato-suicidio en un piso de la zona de Whitemud. Dos fallecidos. Un niño pequeño ha sido hallado ileso.

Cometo un error y abro los ojos para ver el televisor. En su lugar, veo a papá tumbado en la cama. La camisa blanca de botones que llevaba para la cena está manchada de rojo, y está durmiendo. Solo que no le oigo roncar fuerte como hace siempre.

—¡Cierra los ojos ahora mismo! —grita mamá.

Los cierro de inmediato otra vez. No puedo dejar de pensar en papá y en su camisa manchada. No hemos comido espaguetis ni nada que pudiera ensuciarle la camisa para cenar. Papá siempre se burla de mí por comer como una «cerdita» y ensuciarme toda.

Me doy cuenta de que papá podría estar herido.

Mamá me tira del brazo, pero me zafo y vuelvo a abrir los ojos. —¡Papá! —grito.

Mamá se agacha a mi lado y me tapa la boca rápidamente. Se me llenan los ojos de lágrimas que ruedan por mis mejillas y se filtran entre sus dedos. Su mano presiona con fuerza sobre mis labios mientras mira a su alrededor frenéticamente.

—Silencio, Lily —me susurra al oído—. Vendrán a por nosotras ahora.

Mamá gira la cabeza rápidamente hacia atrás como si hubiera algo allí. Cuando miro, no hay nadie. De repente, mira a las paredes y se pone de pie. Me empuja justo detrás de ella y se interpone entre el pasillo vacío y yo.

—¡No podéis tenerla! —grita mamá—. ¡No dejaré que os la llevéis! ¡Tendréis que llevaros a mí primero!

—Tengo miedo —exclamo llorando. Miro a mi padre y sé que está muerto.

—¡No os llevaréis a mi hija! —grita mamá al estrecho pasillo. Se queda mirando fijamente a una pared con la vista perdida. —¡No! —chilla. Lanza una patada contra la pared, dejando una marca en el yeso.

—¡Mami! —grito—. ¿Qué está pasando?

—¿Es que no lo ves? —dice, girándose hacia mí—. ¿No les ves los ojos? ¡Están por todas partes! ¡Vendrán a por ti! No dejaré que te atrapen. —Mamá se gira hacia el otro lado de la pared y patea de nuevo, haciendo una abolladura aún más grande.

Unos golpes fuertes en la puerta principal de abajo llaman la atención de las dos.

—¡Ya están aquí! —grita mamá—. Han venido a por ti, Lily. —Bajo corriendo las escaleras, con las palabras de mi madre persiguiéndome. —¿Qué haces? —grita ella—. ¡Están aquí! ¡Lily!

Cuando abro la puerta, un agente de policía me mira como si fuera un fantasma. Corro hacia sus piernas y las abrazo con fuerza.

—¡Lily! —grita mamá desde arriba—. ¡Vendrán a por ti! ¡No dejes que te lleven! ¡Nunca te soltarán!

El oficial tiene los ojos desorbitados mientras observa a mi madre delirar en lo alto de la escalera. Me sitúa con cuidado detrás de él y saca su pistola.

# CAPÍTULO 1

Empieza a llover mientras la lancha nos lleva por el lago hacia una zona conocida como la isla de Northwind.

Dicen que la lluvia en un día importante es un presagio. No es que crea exactamente en los presagios, pero, si lo hiciera, estaría realmente preocupada. Lo que empieza con unas pocas gotas se convierte rápidamente en un aguacero torrencial.

David se limpia la cara y, mientras nos empapamos, le pregunta a gritos al piloto si deberíamos dar la vuelta y regresar a tierra firme. El piloto niega con la cabeza y dice que ya hemos recorrido más de la mitad del camino a la isla. Es mejor continuar.

David me agarra la mano con fuerza mientras se sienta. —Dice que tenemos que seguir hacia la isla.

—¡Estoy empapada de pies a cabeza! —grito, pero con la lluvia intensa y el estruendo de la lancha surcando el agua, no me oye. Lo grito de nuevo y esta vez sí me escucha.

—No nos queda otra que aguantar, Lily —dice mi marido.

A medida que el trayecto continúa y la lluvia no muestra signos de amainar, noto el nerviosismo en los ojos de David mientras observa el lago. Northwind ya está a la vista. El piloto nos avisa de que solo faltan unos minutos para atracar. Con el tiempo empeorando por momentos, lo agradezco.

La isla de Northwind. Mi nuevo hogar. Nuestro nuevo hogar.

A lo lejos, distingo un alto muro blanco. Por encima asoma una hilera de casas. David me dijo que viviríamos en una casa de forma gratuita mientras estuviéramos en la isla. Me imagino que una de esas lujosas viviendas que veo ahora podría ser la nuestra.

Recuerdo lo feliz que se puso David cuando recibió la llamada de su antiguo mentor, el Dr. Keenan, ofreciéndole un puesto de cirujano en su clínica privada.

David sintió que era su «gran oportunidad», como no dejaba de llamarla. Su vida como cirujano no estaba yendo como él esperaba.

Tras cuatro años de carrera en la Universidad de Edmonton, otros cuatro en la facultad de medicina y, finalmente, cinco más de residencia en cirugía, pensó que ya lo tendría todo hecho. Pero en lugar de las riquezas que me había prometido antes de casarnos, lo único que teníamos era una deuda estudiantil que sería la peor pesadilla de cualquiera y mucha más deuda acumulada por el tiempo que pasó sin trabajar.

Yo había estado empleada en un centro de llamadas como administrativa de atención al cliente. Tendría que trabajar hasta la jubilación para pagar la cantidad de dinero que David debía por su empeño en convertirse en cirujano.

—No te preocupes por eso, Lily —me decía—. En cuanto sea cirujano, llegará el dinero de verdad y todo quedará pagado. Tendremos una de esas casas de ensueño que se ven en las revistas. Un estilo de vida que cambiará el futuro, no solo el nuestro, sino el de nuestros futuros hijos y, posiblemente, el de los suyos.

Nada de eso me importaba. La mayoría de las veces era David quien sacaba a relucir sus preocupaciones económicas o sus fantasías sobre cuánto ganaría, y seguía y seguía diciendo que todo saldría bien.

No estoy segura de si intentaba convencerse más a sí mismo que a mí.

Al igual que yo, los padres de David eran pobres, incluso más que pobres. A pesar de que su padre tenía dos empleos, no era capaz de estar al día con las facturas, debido principalmente a sus problemas con la bebida y el juego.

Nunca se llevó bien con su padre. Hace años que no habla con él.

David solía contarme demasiadas cosas y me relató muchas historias terribles sobre cómo era vivir en su casa durante su infancia. No veía la hora de mudarse y, en cuanto cumplió los dieciocho años, lo hizo. Se esforzó al máximo para conseguir todas las becas posibles para sus estudios.

Gracias a su determinación, yo sabía que estaríamos bien económicamente. David siempre había querido salvar vidas con sus manos. Le obsesionaba la idea de poder ayudar a los demás. Debido a eso, tenía poco interés en ser un médico de cabecera normal.

Sin embargo, después de terminar la residencia, no encontraba trabajo. Todos esos años de estudio y residencia se iban por el desagüe… No alcanzaba a comprender cómo era posible.

¿Acaso el país no necesitaba más cirujanos? ¿No era una especialidad que siempre precisaba de sangre nueva?

Tras ocho meses desempleado y encontrando trabajos donde podía, David consiguió su «gran oportunidad». El Dr. Keenan, uno de los cirujanos con los que trabajó estrechamente durante su residencia, le llamó y le ofreció el trabajo de sus sueños. Uno que David tendría que estar loco para no aceptar.

Ser cirujano plástico en una clínica privada en una isla. ¿Qué clase de montaje era aquel? David me contó de antemano la fortuna que debían de tener los pacientes de la clínica para poder acudir allí. Por supuesto, no debería haberlo hecho. No debía decírselo a nadie. Ambos tuvimos que firmar un acuerdo de confidencialidad antes de que lo contrataran oficialmente.

Una clínica privada de cirugía plástica en una isla para ricos.

David me había contado que también había famosos que visitaban la clínica. El personal tenía orden de guardar un secreto absoluto. Hollywood tenía una forma de avergonzar a las celebridades si se llegaba a saber que se habían hecho algún retoque.

Por la razón que sea, la sociedad espera que los bellos sigan siendo bellos, pero sin ninguna intervención, especialmente de tipo quirúrgico.

Por ese motivo, el uso de teléfonos móviles, Internet y cualquier red social estaba prohibido. El personal vivía en la isla y se esperaba que guardaran para sí todo lo que vieran allí.

A medida que la lancha se acerca y empiezo a ver los altos muros blancos que rodean la clínica, me pregunto en qué me he metido.

Para mi sorpresa, la lluvia empieza a amainar. Parece que la tormenta esperó a que estuviéramos atrapados en una lancha antes de ahogarnos desde el cielo. Por supuesto, ahora que casi estamos en la isla, deja de llover.

David parece aún más inquieto. Tiembla de frío por estar empapado, y yo también, pero está haciendo ese gesto con las manos que hace cuando está nervioso. Las aprieta una contra otra, jugueteando con los pulgares.

Anoche también estuvo así en la habitación del hotel. No pudimos conseguir transporte en lancha hasta la mañana siguiente, así que pasamos la noche en tierra firme. Por lo general, David se duerme pronto; la mayoría de los días está K.O. a las nueve. Ayer, sin embargo, mientras a mí se me cerraban los ojos, él estaba con la mirada clavada, absorto en el anticuado papel pintado de la habitación.

En un momento en que me desperté, vi a David mirando una foto de su antigua casa. Era en la que se había criado. La que dejó a los dieciocho años. Guarda una foto ajada de ella en su cartera. A veces, cuando está nervioso, la saca. Ya se lo he visto hacer antes.

Me dijo que miraba la foto para recordarse a sí mismo la pesadilla en la que creció y lo mucho que se esforzó para asegurarse de no tener la misma vida que tuvo de niño. De alguna manera, mirar esa casa le reconforta.

Yo no lo entiendo.

Nunca hablo de mi pasado. Me lo guardo para mí. No guardo fotos de la casa de mi familia como David. La sola idea sería demasiado dolorosa.

David tiene monstruos en su pasado relacionados con su padre, pero yo sigo teniendo pesadillas con mi madre aquella noche en que me separaron de ella.

Me parece bien que el pasado se quede donde está. El futuro está ante mí, y por ahora eso está en la isla de Northwind. Ahora es el momento de que David encuentre la felicidad en un trabajo que imaginó hacer toda su vida.

A mí no me hacía mucha gracia la idea de vivir en una isla apartada. David me dijo, no obstante, que allí vivía mucha gente. No me gustaba la idea de dejar al pequeño grupo de amigos que teníamos en Edmonton. David me dijo que haría otros nuevos.

—Si no funciona, Lily —me dijo—, podríamos irnos en unos años y para entonces yo tendría muchas ofertas de trabajo esperándome. Podríamos comprar una casa enorme. Empezar por fin nuestra familia. Vivir la vida con la que otros solo sueñan. O, quién sabe, a lo mejor nos encanta la isla y nos quedamos.

La isla de Northwind es una isla pequeña situada al norte de Ontario. Solo se puede acceder a ella en barco. Su costa es una mezcla de bordes rocosos y playas de arena. Esbozo una sonrisa a medida que nos acercamos a nuestro nuevo hogar.

El piloto aminora la marcha al acercarnos a un largo muelle. Apaga el motor por completo y amarra la lancha rápidamente. Se baja al muelle y sonríe mientras me tiende una mano.

Le doy las gracias mientras tomo su mano y subo al muelle. Mi marido desembarca a mi lado. Estamos completamente calados. Me preocupa cuánto se habrá mojado la ropa que llevamos en las maletas.

—Bienvenidos a la isla de Northwind —nos dice el piloto.

# CAPÍTULO 2

—Doctor Parker —exclama una voz profunda. Ambos nos giramos para ver a un hombre alto con traje negro que se nos acerca desde el muelle. Detrás de él hay un Escalade negro. Camina hacia nosotros, impecable con su ropa bien entallada. Mi marido le estrecha la mano y sonríe. No cabe duda de que ya le gusta que vuelvan a llamarle «doctor». El hombre me mira y sonríe de oreja a oreja—. Y usted debe de ser la señora Parker. Me llamo Winston Delvies. Soy el jefe de seguridad de la clínica. El doctor Keenan me pidió que los escoltara a ambos hasta su nuevo hogar.

—Encantado de conocerte, Winston —dice David. Se limpia la mano en su ropa empapada—. Perdona. Estamos un poco mojados en este momento.

Winston asiente. —Mis disculpas por este tiempo de bienvenida.

—¿No tendrás por casualidad algo en tu vehículo con lo que podamos secarnos? —pregunta David.

—Mis disculpas de nuevo, doctor Parker —dice Winston—. Yo tampoco estaba debidamente preparado para el clima. —Le pide al barquero que se dé prisa con nuestro equipaje y el anciano asiente, llevando nuestras pertenencias al Escalade. Winston pulsa un botón de su mando y el vehículo se abre.

—Una vez que estén en su villa, podrán instalarse adecuadamente —dice Winston.

—¿Villa? —repito, mirando a David. La palabra me recuerda a unas vacaciones que David y yo pasamos en México cuando éramos novios. Para recompensarnos tras unos exámenes finales agotadores, nos regalamos una estancia de cinco noches con todo incluido en un complejo turístico de lujo. Era precioso, situado justo frente al mar, con varios bufés, restaurantes y bares dentro de la piscina. Pensé que estaba en el cielo.

David hizo que la estancia fuera aún más memorable. Sabía que David hablaba algo de español, pero no tenía ni idea de lo bien que se le daba utilizar las pocas palabras que conocía. Consiguió que nos pasaran a las villas situadas directamente en la playa. Supongo que todo el mundo entiende lo que significa una buena propina. Sin embargo, verle sobornar a un empleado para que nos diera una habitación mejor fue muy excitante.

Winston asiente. —Creo que el alojamiento en el recinto será de su agrado.

La forma en que mencionó la palabra *recinto* destruyó rápidamente mi fantasía sobre nuestro destino. Inmediatamente pienso en una prisión. Miro a David y, por un momento, nuestras miradas se cruzan. Me pregunto si él estará pensando lo mismo.

Una vez que el patrón del barco mete nuestras maletas en el Escalade, asiente a Winston. El oficial de seguridad se vuelve hacia nosotros y sonríe.

—Deberíamos ponernos en marcha. Por favor. —Nos indica el vehículo con un gesto y me abre la puerta. Apenas he dado un paso al interior cuando la cierra de un portazo.

David sigue a Winston hasta el lado del conductor. Él le abre la puerta a mi marido. —Doctor Parker, si es tan amable —dice. Mi marido vuelve a sonreír ante sus palabras. Le da las gracias una vez que se sienta dentro, y Winston espera a que mi marido esté totalmente dentro para cerrar la puerta.

David, quiero decir, el *doctor Parker*, me sonríe. Ya está radiante con las cortesías que Winston le ofrece. Lástima que mi marido parezca un completo desastre. Pequeños charcos nos rodean a ambos en el interior de cuero del vehículo. Solo puedo imaginar lo terrible que debo de estar en este momento. Estoy segura de que se

me habrá corrido el rímel y el maquillaje que me puse meticulosamente esta mañana para causar una buena primera impresión está arruinado.

No veo la hora de llegar a nuestra villa, quiero decir, al recinto. Necesito quitarme esta ropa mojada y volver a sentirme fresca. No hay nada peor que andar con los calcetines mojados. Incluso sentada en el Escalade, noto cómo me chapotean los pies en los zapatos húmedos. Además, me las apañé para pisar un charco de camino al coche desde el muelle.

Winston arranca el vehículo y nos pone la calefacción a tope. Es verano en la provincia, pero el ambiente es bochornoso. Incluso con el aguacero torrencial que hemos sufrido en el viaje en barco y estando empapados, sigue haciendo un calor asombroso fuera.

Mientras Winston conduce, observo el paisaje. Con el denso bosque rodeando la carretera asfaltada, parece que somos las tres únicas personas aquí. Me giro hacia mi marido, que sonríe para sus adentros mientras mira por la ventana.

Me acerco a él. —No sabía que nos quedaríamos en un recinto —digo.

Antes de que mi marido pueda responder, Winston contesta por él. —Así es como llamamos a los terrenos de la clínica. Seguro que se fijó en los grandes muros blancos desde el agua.

—Imposible no verlos —digo.

Winston me mira brevemente por el espejo retrovisor. —Northwind es una propiedad extensa. Es casi como un pequeño pueblo rodeado de muros. Tengo a mi cargo a otros nueve guardias de seguridad y trabajamos las veinticuatro horas del día. Siempre hay al menos tres empleados trabajando en todo momento.

—¿Por qué tanta seguridad? —pregunto—. Parece que a la isla ya es bastante difícil llegar, puesto que solo se puede venir en barco.

David pone una mano en mi regazo y me aprieta. Puedo leerle el pensamiento: «Deja de ser molesta con las preguntas».

Sin embargo, no puedo evitarlo. Toda la idea de en qué me ha metido David es difícil de entender. Está trabajando en una clínica dentro de un recinto rodeado de muros altos, con lo que parecen agentes del servicio secreto vigilándonos.

Noto que Winston sonríe. —El doctor Keenan se enorgullece de contar con la máxima seguridad y privacidad para cualquiera que utilice la clínica. Estoy seguro de que habrá oído rumores sobre las celebridades que hayan podido entrar en nuestras instalaciones, y es probable que sean ciertos. Nuestros clientes quieren privacidad total y eso es lo que ofrecemos proporcionando medidas de seguridad excepcionales.

—Gracias por la explicación, Winston —dice mi marido mientras me lanza una mirada fulminante.

—Un placer, doctor Parker —responde. Una vez más, mi marido sonríe al ser llamado «doctor». Estoy segura de que se siente como un rey.

Yo solo me siento mojada e irritable, pero me alegra ver a mi marido feliz. Me recuerdo a mí misma que por eso estamos aquí. Es su gran oportunidad de hacer lo que ama.

La densa maleza del bosque deja paso a un gran campo. Hilera tras hilera de vides se extienden en líneas paralelas y ordenadas. A lo lejos, el edificio de la bodega se erige como pieza central, con una arquitectura que mezcla el encanto rústico y el estilo moderno. Más allá de la bodega y los campos, el terreno desciende hacia las aguas centelleantes del lago.

—Hay mucha más gente viviendo en la isla de lo que pensaba —digo.

David se vuelve hacia mí. —Te hablé de las tierras de cultivo de la isla.

Observo a algunos de los trabajadores al pasar. Uno de ellos está arrancando uvas de una vid y echándolas en un cubo a su lado. Parecen tan mojados como David y yo.

—Ese trabajo debe de ser agotador —digo—. Había un aviso de calor extremo antes de que saliéramos para coger el barco.

—Esa es la bodega Crystal Lake —dice Winston—. Normalmente habría más de cien trabajadores temporeros trabajando en los campos. Sin embargo, este año ha habido una mala cosecha, así que esta temporada solo hay cuarenta y siete.

—¿Cuarenta y siete? —repito, sonriendo ante el hecho de que sepa el número exacto. Supongo que tiene sentido, dado que es el

jefe de seguridad. Por cómo se comporta Winston, no me extrañaría que conociera los nombres completos de los cuarenta y siete trabajadores.

David mira por la ventana a los trabajadores. —Vienen de Sudamérica con visados de trabajo, en su mayoría.

—Así es, doctor Parker —dice Winston—. Muchos también de México. La bodega los trae en avión desde México para la temporada. Trabajan duro durante unos meses y vuelven cuando terminan las operaciones.

Como soy una chica de ciudad, nunca supe que existiera tal cosa como los trabajadores temporeros. Miro a David, que se explaya más al respecto.

—Así es como mantenemos bajo el coste de nuestros productos —dice—. Si no fuera por los trabajadores temporeros, todo costaría el triple. Todo nuestro mercado agrícola depende de ellos.

Asiento. —Entonces, ¿simplemente trabajan aquí y se vuelven a México?

—Exacto, señora Parker —responde Winston—. Unos pocos se quedan todo el año, pero la mayoría vuelven la temporada siguiente, si trabajan según las expectativas del doctor Keenan.

Miro a David, confundida de nuevo. —¿El doctor Keenan está a cargo de la bodega? —David parece igual de desconcertado.

Afortunadamente, Winston responde de nuevo. —Supervisa las operaciones, sí, pero con la ayuda de un gerente. No supongo que hayan oído hablar de los vinos Crystal Lake. —David y yo negamos con la cabeza. Winston sonríe—. Una botella cuesta más de quinientos dólares. Como empleados, podemos recibir una botella gratis cada semana. —Me mira por el espejo retrovisor—. Como médico de las instalaciones, en cambio, usted no tiene límites.

David vuelve a sonreír. —Perfecto. —Me mira con una sensación de logro. Es como si pudiera leerle el pensamiento de nuevo. «Mira lo que nos he conseguido», me dice su expresión facial.

Winston se aclara la garganta. —Y por cierto, la bodega ofrece un buen restaurante para el personal de la clínica. Como empleados,

podemos ir una vez a la semana. Los filetes son excelentes y, por supuesto, el vino marida a la perfección. Pero tanto para usted como para la señora Parker, no hay limitaciones al respecto.

En cierto modo, sí que me da la sensación de estar en una villa en Cancún. Me imagino a David y a mí yendo allí a menudo, celebrando su nueva carrera con vinos increíbles y carnes deliciosas.

Mi ensueño se ve interrumpido cuando veo el rostro quemado por el sol de un hombre que nos mira. El rostro del trabajador temporero se tensa al ver el Escalade. Su expresión cambia cuando me ve a mí, y sonríe, saludando con la mano. Con su piel oscura y curtida y su rostro arrugado, solo puedo imaginar lo duro que trabajan estos hombres. El que veo ahora parece haber trabajado más duro solo hoy de lo que yo lo he hecho en toda mi vida.

A medida que Winston sigue conduciendo por la carretera, el campo abierto vuelve a convertirse en árboles densos y maleza. Empiezo a ver los altos muros blancos que asoman entre el follaje.

Winston baja la ventanilla al acercarse a un puesto en la puerta principal. —Traigo al doctor Parker y a su esposa —dice. Me molesta un poco que, de repente, no tenga nombre. Sí, mi marido es médico. Sí, por eso nos hemos mudado a este recinto, pero me gustaría pensar que sigo teniendo un nombre.

—Recibido —responde una voz.

Las grandes puertas blancas se abren lentamente. Siento como si estuviera entrando en un mundo nuevo. Por un momento, no puedo evitar pensar que preferiría volver a tierra firme.

—El doctor Keenan les espera en su casa —dice Winston.

—Tenemos un poco de frío —dice David, restando importancia a lo asquerosos que nos sentimos ambos con la ropa mojada—. ¿Puedes dejarnos en nuestra casa y ya nos reuniremos con el doctor Keenan?

Winston gira por una calle. —Negativo —dice con frialdad—. He recibido instrucciones de dejarlos en la villa del doctor Keenan.

Estoy a punto de intervenir cuando David me da una palmadita en la pierna, negando con la cabeza. Puedo leer su pensamiento: «No montes un número por esto».

Winston señala hacia una hilera de varias casas agrupadas. —Aquí es donde viven los pacientes, y algunos de los otros empleados, como los auxiliares de cuidados personales y de mantenimiento.

Winston pasa por delante de un gran edificio de una sola planta con puertas de cristal. La arquitectura del edificio es elegante, con un diseño moderno y minimalista que combina cristal, acero y piedra pulida.

—Esta es la Clínica Northwind, doctor Parker —dice.

David mira el edificio y me sonríe. —Todavía no puedo creerlo.

Winston aparca el coche frente a una casa enorme. —Ya hemos llegado. Esta es la residencia del doctor Keenan.

Cuando Winston baja del Escalade, David me mira intensamente. —Allá vamos —dice, respirando profundamente.

# CAPÍTULO 3

Winston le abre primero la puerta a mi marido. Yo ya he empujado la mía cuando Winston la abre del todo y me hace un gesto para que me dé prisa en salir.

—Antes de irme, tendré que recoger su teléfono móvil, por favor —dice Winston.

—No tengo —le digo, para su sorpresa—. Nunca me han gustado mucho las redes sociales.

—Qué raro —dice Winston, mirándome fijamente como si no creyera lo que digo.

Solía tener uno, pero me pasaba el día y la noche haciendo *scroll* infinito y viendo vídeos tontos a todas horas. Estaba obsesionada. Cuando se me cayó el móvil y se rompió, pedí el último modelo de iPhone, pero tuve que esperar tres semanas a que llegara. Al principio, no tener móvil era como si me faltara un miembro. No me sentía completa. Sin embargo, tras una semana y media, empecé a disfrutar del hecho de no tenerlo y juré que nunca volvería a poseer uno.

David saca el suyo del bolsillo del vaquero. —Puede que el mío ni siquiera funcione ya. —Se ríe.

Winston le da las gracias. —Un placer haberle conocido hoy, Dr. Parker —dice. Los dos se estrechan la mano de nuevo. El oficial me dedica un asentimiento con la cabeza antes de irse. Inmediatamente, pasa por mi lado hacia el asiento del conductor y nos deja frente a la enorme casa.

David me mira y arquea una ceja. —Bueno, parece todo un personaje.

Le dedico una sonrisa juguetona. —¿Ah, sí, *doctor Parker*?

Él niega con la cabeza y no responde. En su lugar, observa la casa del Dr. Keenan. —Y esta casa también se las trae.

El exterior tiene paredes de piedra desgastada y gruesas columnas de madera que le dan un aspecto acogedor. De algún modo, me siento a gusto solo con contemplar el edificio. La puerta principal es enorme, como si estuviera hecha para un gigante.

—¿Llamamos sin más? —pregunto.

David mira a su alrededor y vuelve a fijarse en la puerta. —No estoy seguro.

Miro más allá de él, calle abajo. Nuestra villa está en algún lugar cercano. —¿Hay alguna forma de ir primero a nuestra casa? Necesito cambiarme de ropa urgentemente.

—No lo sé. —Observa el Escalade negro mientras se aleja por la carretera—. Tampoco sé qué va a pasar con nuestras maletas.

Arqueo una ceja. —¿Ese tipo de seguridad se ha llevado nuestras maletas? Necesito cambiarme, David. Estoy empapada.

Él asiente. —No estoy muy seguro de qué hacer, pero sé que mi nuevo jefe quiere vernos.

Respiro hondo y, al hacerlo, me doy cuenta de que hay una cámara inclinada hacia nosotros. Casi puedo oír el objetivo haciendo zoom sobre mí.

—Entremos y reunámonos con el Dr. Keenan, como dijo Winston —dice David.

Miro las huellas húmedas que mis zapatos dejan en la acera frente a la enorme casa. —Está bien, pero intentemos no quedarnos mucho tiempo. Quiero ayudarte a causar una buena impresión, pero me siento como un perro mojado.

—Uno muy sexy —dice David con tono bromista. Se inclina y nos besamos. Al abrir los ojos, veo que la cámara que hay detrás de él se mueve ligeramente. Pienso en decírselo a David, pero la incomodidad de la situación me deja paralizada. Podría susurrarle algo, pero quién sabe si la cámara también graba audio. Viendo lo

seriamente que se toman la seguridad en el complejo, no me sorprendería que pudiera oír cada palabra que digo.

—Estás estupenda —continúa David.

Sé que es una mentira descarada, pero agradezco el intento de hacerme sentir mejor.

—Deberíamos ir a ver al Dr. Keenan —dice David. Sube los escalones de la entrada y busca un timbre, pero no hay ninguno. Llama a la puerta con los nudillos, pero apenas hace ruido sobre el denso material. Pone los ojos en blanco cuando repara en la aldaba dorada que hay en el centro. La golpea varias veces y espera.

—Quizá no te ha oído —digo, mientras esperamos durante lo que me parecen minutos.

David lo intenta de nuevo y golpea la aldaba con más fuerza. Me mira, igual de confundido que yo sobre qué hacer a continuación.

¿No nos estaba esperando el Dr. Keenan? Eso es lo que nos dijo el oficial de seguridad cuando nos dejó aquí, empapados.

Miro hacia atrás y la cámara que nos vigilaba fuera de la casa está ahora girada, apuntando hacia nosotros en el porche. Vuelvo a mirar rápidamente la gran puerta. Intento girar el pomo y, para mi sorpresa, cede y la puerta se abre ligeramente.

—¿Qué haces? —dice David en voz baja.

—El doctor nos espera, ¿no? —Miro hacia atrás y señalo la cámara con la cabeza—. Tiene que saber que estamos aquí.

David se gira, ve la cámara y arquea una ceja. Se vuelve rápidamente cuando me oye dar un paso hacia el interior. —Lily —dice—. Espera.

Se adelanta y llama al Dr. Keenan. Nadie responde.

—¿Hola? —dice David de nuevo.

Mientras esperamos alguna señal de vida, aprovecho para contemplar la belleza antigua de la casa del Dr. Keenan. La vivienda tiene colores claros y su decoración desprende un aire rústico. En las paredes blancas cuelgan obras de arte con siglos de antigüedad. Solo puedo imaginar cuánto vale cada adorno de la estancia.

Una puerta acristalada conduce a lo que parece ser un gran balcón con vistas al agua. A medida que el sol empieza a ponerse, el

cielo es una explosión de rojos, amarillos y naranjas.

Unos pasos pesados al final del pasillo comienzan a acercarse.

David se mueve hacia el ruido. —¿Dr. Keenan? —dice de nuevo —. Soy David Parker.

Miro hacia nuestros pies y siento un escalofrío al ver los charcos que estamos dejando en sus preciosos suelos de madera. Mientras los pasos se acercan, centro mi atención en el sonido del hombre que viene hacia nosotros.

Sin embargo, para mi sorpresa, aparece una mujer esbelta. Si no fuera por las arrugas de su frente, le echaría unos treinta años, pero supongo que es una mujer de unos cuarenta que se ha cuidado mucho. Viste unos leggings negros y un jersey blanco de una talla superior.

David le sonríe, pero sus facciones estoicas permanecen inalteradas.

—Hola —dice David—. Soy David Parker. Soy el nuevo cirujano. Estamos buscando al Dr. Keenan.

—¡David! —retumba una voz potente desde el pasillo. De repente, aparece un hombre corpulento. Camina hacia mi marido con la mano extendida y una amplia sonrisa.

David le corresponde con el mismo entusiasmo mientras se saludan. El hombre mayor pone una mano en el hombro de David mientras se estrechan la mano y se abrazan brevemente.

—Es un placer volver a verte —dice.

David luce la sonrisa más amplia que le he visto nunca. Creo que la única otra vez que le vi una expresión semejante fue cuando caminaba hacia él por el pasillo de la iglesia el día de nuestra boda.

—Estoy encantado de estar aquí —dice. Se gira hacia mí—. Lily, quiero presentarte al Dr. Keenan.

El doctor sonríe de oreja a oreja. No se parece en nada a lo que imaginaba. Pensé que un cirujano sería de complexión más menuda. El Dr. Keenan podría pasar por un jugador de fútbol americano retirado. Me coge la mano con delicadeza y me la estrecha. Mi mano parece la de una niña comparada con la suya. Me cuesta imaginarlo sosteniendo un bisturí. Esas hojas ya parecen

bastante pequeñas en una mano de tamaño normal; en la del Dr. Keenan resultarían ridículas.

—Por favor, llámame Will —dice—. No hace falta formalidades entre amigos. —Se gira hacia la mujer esbelta de negro—. Veo que ya habéis conocido a mi mujer, Cordelia. —La mujer me mira un breve instante y vuelve a mirar a su marido.

La sonrisa del Dr. Keenan desaparece al reparar en los charcos que nos han seguido al interior de su casa. A David se le desencaja la mandíbula. —Eh, cuánto lo siento —dice.

—Nos hemos empapado en el trayecto en lancha —digo. Por una vez, el rostro estático de Cordelia esboza una sonrisa irónica antes de volver a su expresión normal de desinterés.

El Dr. Keenan frunce los labios. —¿Winston no os ha dado nada para secaros? —dice, sorprendido—. Lo lamento. Es un gran jefe de seguridad, pero carece de don de gentes. Tenía la intención de recogeros yo mismo en el muelle, pero me he distraído. Os pido disculpas. —Asiente a su mujer—. Cordelia, ¿puedes traerles unas toallas, querida?

Cordelia mira a su marido con expresión inexpresiva. —Sin problema, cielo. —Vuelve a sonreírme antes de salir de la habitación. Pasa por delante de su marido y coge una copa de vino de un aparador lateral. Se toma su tiempo para llenarla hasta el borde antes de salir por la puerta del patio.

El Dr. Keenan observa a su mujer con incredulidad, respirando hondo. Cuando se vuelve hacia David y hacia mí, su rostro tenso se relaja. —Un momento, por favor. —Camina por el pasillo mientras David y yo intercambiamos una mirada fugaz.

Parece que Winston no es el único que carece de don de gentes.

Cuando el Dr. Keenan vuelve a aparecer, trae dos toallas blancas dobladas. Nos las entrega a David y a mí.

—De verdad que me alegro mucho de que aceptaras esta oferta, David —dice el Dr. Keenan—. Sé que vamos a hacer grandes cosas juntos aquí en Northwind.

—Por supuesto, Dr. Keenan... quiero decir, Will. —David sonríe —. Me va a costar verte como mi compañero en lugar de como mi

cirujano instructor.

—Te lo has ganado —dice el Dr. Keenan—. De verdad. Hay una razón por la que te llamé, David. Fuiste mi mejor estudiante. Uno de los mejores con los que he trabajado, y me dolió saber que no estabas ejerciendo. Supongo, sin embargo, que una parte de mí se alegraba de que no fuera así para que pudiéramos trabajar juntos de nuevo.

—Estoy deseando empezar —dice David.

El Dr. Keenan vuelve a tocarle el hombro. Imagino que este hombre podría agarrar fácilmente a mi marido por el hombro y levantarlo por encima de su cabeza si quisiera, pero en su lugar, le dedica una sonrisa de bienvenida.

Mientras intento secarme con su toalla increíblemente suave, se vuelve hacia mí. —Yo también me alegro de que estés aquí.

Sonrío, imaginando el aspecto terrible que debo de tener en este momento. —Gracias —digo.

—Imagino que no habrá sido una propuesta fácil —dice el Dr. Keenan—. Habéis recogido vuestras cosas y os habéis mudado al otro lado del país, a una isla en medio de la nada. —Se ríe—. Estoy seguro de que no es lo que esperabas. Espero, no obstante, que disfrutes de tu estancia aquí. —Me tiende la mano y se la estrecho de nuevo—. ¿Qué te ha contado David sobre Northwind?

—Que ayudáis a mejorar vidas —digo.

Miro a David, que sigue con esa sonrisa torpe plantada en la cara, y me recuerdo que esto es lo que yo quería: verle feliz.

Cumplido. Doblemente cumplido. Parece un niño al que le han dejado barra libre en una tienda de golosinas.

Parece más feliz de lo que le he visto nunca. Me giro y vuelvo a sonreír al Dr. Keenan.

—Gracias, Will —digo—. David no ha dejado de mostrarse entusiasmado por venir aquí a trabajar contigo.

Él se me queda mirando como respuesta. Por un momento, me pregunto si ha oído lo que he dicho. Debe de andar por los sesenta y pocos, a pesar de su aspecto vigoroso; su pelo blanco y las arrugas alrededor de la boca delatan su edad. Continúa observándome un instante antes de volver a mirar a David.

—David, tengo que hablar contigo —dice.

—Eh... —David me mira con las cejas arqueadas. Capto la señal. No me quieren en la habitación—. Cariño, ¿qué tal si esperas fuera un momento?

El Dr. Keenan sonríe. —Deberías echar un vistazo a las vistas desde el balcón. Es precioso. Todas las villas son para el personal, y compartimos un balcón largo que bordea el lago. Vistas impresionantes. Puedo prepararte una copa si quieres. —Mira hacia el mueble bar.

Niego con la cabeza. —No, gracias —digo. Miro a David—. Estaré fuera. —Espero que no sea mucho tiempo. Estoy haciendo todo lo posible para no temblar de forma incontrolada.

Mientras me encamino hacia la puerta, oigo que las voces amortiguadas de mi marido y Will comienzan a hablar. Al poner la mano en la puerta del patio, me detengo al oír al Dr. Keenan susurrar: «¿Estás seguro de que a ella le gustará este sitio?»

Sus voces callan mientras tengo la mano en el pomo. Al cesar, me doy cuenta de que han hecho una pausa por mí. En cuanto abro la puerta y salgo, reanudan la charla en un tono aún más bajo.

# CAPÍTULO 4

Salgo al balcón y me quedo abrumada por las vistas de inmediato. Se me clavan los ojos en el agua. Brilla bajo el sol poniente, reflejando la hermosa paleta de colores del cielo. Aunque la brisa no es bienvenida en este momento, agita las hojas de los árboles que enmarcan la orilla, añadiendo un silbido relajante a las serenas vistas.

Lo único que estropea la belleza es un cúmulo de nubes oscuras que indica que podría volver a llover y me recuerda lo empapada que me siento.

Se me estremece el cuerpo con la ligera brisa. Me paso la toalla por la ropa húmeda y me la echo sobre los hombros, intentando cubrir la mayor parte posible de mi cuerpo. Tiemblo con una ráfaga repentina de viento.

Miro hacia el interior de la casa del doctor Keenan, hacia mi marido y su nuevo jefe. El doctor Keenan vuelve a tener el brazo sobre el hombro de mi marido. David asiente con energía ante cada palabra que el doctor Keenan le dirige. Me pregunto de qué estarán hablando. Sea lo que sea, David está completamente concentrado. Es como si el doctor Keenan fuera su entrenador, soltándole a mi marido el gran discurso antes de una jugada importante.

De algún modo, sé que esta no será una conversación rápida. Me quedaré atrapada fuera, en este balcón. Las hermosas vistas no compensan el hecho de que sigo sintiéndome empapada y muerta

de frío. Siento todo el cuerpo húmedo. No veo la hora de marcharme e ir a nuestro nuevo hogar.

Nos dijeron que nuestra villa estaba en la misma ladera que la del doctor Keenan. Divisé una casa lujosa cerca después de que Winston nos dejara. No puedo evitar preguntarme si esa casa será la nuestra. Si mi nueva casa es siquiera una fracción de lo que parece la del doctor Keenan, estaré más que satisfecha.

Además, me dijeron que venía totalmente amueblada. Conozco a mujeres a las que les encantaría la idea de poder decorar una villa tan grande como la del doctor Keenan.

Pero a mí no.

Si pudiera permitirme un decorador, me encantaría dejar mi espacio vital a su imaginación. Nunca se me ha dado bien combinar o coordinar colores. Si intentara decorar una casa, parecería la casa de la risa de un circo. Con mi gusto, podría hacer que una casa valorada en millones pareciera una baratija.

Contemplo el paisaje más allá del balcón. Incluso desde aquí arriba, puedo oír el sonido de las olas rompiendo contra las rocas de abajo. Doy unos pasos hacia el borde y apoyo las manos sobre la barandilla. Miro hacia abajo e inmediatamente me arrepiento de mi decisión.

Doy un paso atrás al instante. Nunca se me ha dado bien la decoración... ni las alturas.

Aunque espero que nuestra villa esté a la altura de las vistas de aquí, sé que las disfrutaré a varios metros de distancia del borde.

Esta clínica, o complejo, como lo llamó Winston, tiene mucho que ofrecernos a David y a mí. Una casa preciosa, con unas vistas preciosas. Mi marido tendrá la oportunidad de volver a hacer lo que le apasiona.

La parte de la que no estoy tan segura es de dónde encajo yo en esta fantasía viviente.

Nunca he sido de las que se quedan en casa. Me gusta trabajar. Cuando tenía mi empleo en atención al cliente, no es que fuera precisamente radiante al trabajo cada día, pero me gustaba estar rodeada de gente. Me gustaba quedar para comer o quejarme de los clientes con los que hablaba. Me pregunto cómo estaré

cuando no tenga nada que hacer en esta isla más que esperar a que mi marido vuelva a casa.

David y yo hablamos de tener hijos. Ya que estoy atrapada en una isla sin trabajo, puede que ahora sea el momento perfecto para empezar una familia. Miro el balcón y pienso en la altura desde la parte superior de la barandilla hasta el suelo. Imagino a un niño pequeño saliendo al balcón sin que yo me dé cuenta y que ocurra un accidente terrible.

Sí, si me quedo embarazada, lo primero que instalará David serán cierres de seguridad para bebés en la puerta que da al balcón.

El sonido de una silla al moverse me llama la atención. Me giro y veo a Cordelia Keenan acomodándose en una silla de mimbre, con un libro en una mano y su copa de vino en la otra.

Inhalo profundamente y doy unos pasos hacia ella. Siempre me he sentido orgullosa de mi habilidad para las conversaciones triviales. En la oficina donde trabajaba, me llevaba bien con casi todo el mundo. Mi truco para romper cualquier tensión o incomodidad con alguien era hacer preguntas sobre ellos mismos. Era la forma más fácil de entablar conversación con un extraño. Además, ayudaba a crear un vínculo al hacerles saber que tenías interés en conocerlos.

Puede que Cordelia tenga una presencia poco acogedora, pero tal vez esté teniendo un mal día. Quizá David y yo hayamos llegado justo después de que ella y Will hayan tenido una pelea. Podría haber muchas razones por las que Cordelia se ha mostrado tan fría hace un momento, y ninguna de ellas tendría por qué tener nada que ver con David o conmigo.

—¿Y bien? ¿Cuántos años lleva usted en la isla? —le pregunto.

Pasa otra página de su libro, sin reconocer mi presencia. Quizá no me ha oído. Es fácil quedarse hipnotizado por el sonido de las olas o por una buena historia. Estoy a punto de repetirlo cuando Cordelia baja el libro un momento. Me mira brevemente antes de agarrar su copa de vino, dar otro sorbo y volver a su libro.

Vale, empiezo a tener la sensación de que la falta de hospitalidad de Cordelia no es algo puntual.

No soy de las que se guardan su monólogo interior. Me muerdo la lengua, deseando soltar las pocas palabras desagradables que me vienen de inmediato a la cabeza. Es mi primer día en la isla y lo menos que podría hacer mi nueva vecina es reconocer que estoy aquí.

No soporto que la gente se comporte así.

En la oficina había un hombre que siempre fingía que yo no existía. Nunca me saludaba. Yo le daba los buenos días y él pasaba de largo. Me sacaba de quicio.

¿Tan difícil es devolver un «buenos días»? Me conformaría incluso con un asentimiento o una sonrisa. Todo lo que le pido es que me confirme que se ha dado cuenta de que le he saludado con amabilidad.

Es la cortesía mínima que alguien puede ofrecerte. Incluso la gente que me caía realmente mal me respondía algo cuando los saludaba.

Al darme cuenta de que no quiero molestar a la mujer del empleador de mi marido, me rindo y vuelvo a mi posición original, contemplando el agua y el sol, que empieza a ponerse.

¿Cuánta gente dijo Winston que vivía en la isla? ¿Cuántos empleados vivían en el complejo? Si alguno de ellos se parece en algo a Cordelia, no estoy segura de que pueda soportarlo.

Me giro y miro a mi marido y al doctor Keenan, que continúan con su profunda conversación. Una vez más, parece que estaré atrapada fuera en este balcón durante algún tiempo, y la idea de tener que compartir este espacio con Cordelia es completamente molesta.

Un tintineo metálico me hace girar la cabeza. Otra mujer, vestida con un vaporoso vestido blanco, salta la barandilla negra que separa el balcón del doctor Keenan de otra propiedad.

El rostro de la mujer es tan estoico como el de Cordelia. Casi parece estar en trance. Si no fuera mi primer día aquí, me preocuparía que se hubiera perdido. Tiene la mirada vacía.

Por un momento, pienso en cómo me miró mi madre aquella terrible noche cuando yo tenía siete años.

La mujer de blanco tiene el pelo largo y castaño completamente despeinado; la ligera brisa lo desordena aún más.

Cuando Cordelia siente la presencia de la mujer, baja el libro y le sonríe. Las dos intercambian una breve conversación. Sin embargo, no puedo oír sus palabras.

Yo he intentado hablar con Cordelia hace unos instantes y he recibido el silencio por respuesta. De repente, aparece otra mujer y ella se deshace en sonrisas y siente el impulso de conversar. Mi esperanza era que, al igual que aquel hombre de mi oficina, Cordelia fuera antipática por naturaleza. El tipo de persona que cae mal a todo el mundo.

Podría manejarlo si tuviera reputación de tener mal carácter.

La mujer de pelo castaño no le devuelve la sonrisa a Cordelia. La sonrisa de Cordelia se transforma en una expresión de miedo. Arquea una ceja y el libro se le escapa de los dedos, golpeando el cemento.

La mujer del vestido blanco sigue caminando más allá de Cordelia en su trance, hacia mí.

Esbozo una sonrisa. —Eh... hola —le digo. Le tiendo la mano —. Soy Lily Parker. Soy nueva aquí. Acabo de llegar hoy con mi marido, David. —El rostro irritado de la mujer no cambia. Me mira fijamente con sus ojos mortecinos—. Mi marido es el nuevo cirujano de la clínica —añado, intentando romper la incomodidad del momento. Todavía tengo la mano en el aire. Bajo el brazo lentamente.

Parece que no voy a recibir una bienvenida calurosa de nadie que viva en esta isla aparte del doctor Keenan.

Es entonces cuando veo el brillo del gran cuchillo de cocina que tiene en la mano. Me quedo boquiabierta y retrocedo rápidamente. Por el rabillo del ojo, noto que Cordelia se levanta de su silla con los ojos muy abiertos.

—No deberías haber venido aquí —dice la mujer, mirándome fijamente.

Mira a mi marido y al doctor Keenan en el interior de la casa. Los dos están tan absortos en su conversación que no se dan cuenta

de que hay una mujer fuera con un cuchillo en la mano. La mujer del vestido blanco da un paso hacia la puerta del balcón.

—¡Stacy! —le grita Cordelia—. ¡Para! ¡Ahora mismo!

La mujer de blanco la mira un momento y vuelve a mirarme a mí, con el cuchillo levantado en la mano. —No deberías haber venido. No podrás marcharte. Vendrán por ti si lo haces.

Levanto las manos, esperando que me ataque con la hoja. De repente, sus palabras me impactan. Pienso en mi madre. Veo el rostro de mi madre la noche en que se volvió loca y mató a mi padre. La mujer que tengo delante tiene la misma expresión que tenía mi madre aquella noche.

—¿A qué se refiere? —digo, confundida.

—Vendrán por ti —repite. Las palabras de la desconocida suenan tan aterradoras como las de mi madre aquella noche. Ella también afirmaba que alguien la perseguía.

Cordelia da un paso hacia nosotras. —¡Stacy! —grita.

La mujer del vestido blanco baja la cabeza. Se le cae la mano a un costado y el cuchillo queda colgando de sus dedos. Lo suelta y la hoja cae al suelo, tintineando contra el cemento.

Quiero gritar, pero no encuentro mi voz. Quiero correr, pero me siento atrapada, paralizada por el miedo, preguntándome qué hará a continuación la mujer llamada Stacy.

Por suerte, veo que David y el doctor Keenan ya la han visto. Ambos comparten la misma cara de terror que tenemos ahora Cordelia y yo.

Stacy me mira. Nuestros ojos se encuentran. Los suyos están muertos. Los míos, asustados.

Repite sus aterradoras palabras: —Vendrán por ti. — Rápidamente, me da la espalda y empieza a alejarse.

David abre la puerta del balcón de un empujón. —¡Lily! — Corre hacia mí y me examina el cuerpo rápidamente—. ¿Estás bien?

No respondo. Todo lo que puedo hacer es observar a la mujer del vestido blanco caminar hasta el borde del balcón. Salta la barandilla y se agarra al acero con las manos.

—¿Lily? —vuelve a decir David. Gira la cabeza hacia la mujer del vestido blanco—. ¡Espera! —le grita.

La mujer suelta las manos y las levanta en el aire mientras su cuerpo se tambalea sobre el borde. Su vaporoso vestido blanco la sigue mientras su cuerpo cae al vacío.

—¡Espera! —grita David, corriendo hacia la barandilla y mirando hacia abajo.

# CAPÍTULO 5

Winston permanece de pie junto a mí mientras estoy sentada en el sofá blanco del Dr. Keenan, cubriéndome la cara. Sacudo la cabeza, sin poder creer lo que acabo de presenciar. En mi mente, no dejo de ver a la mujer del vestido blanco saltando hacia su muerte, una y otra vez.

—Lily —dice Winston de nuevo, y su tono severo interrumpe mis pensamientos. Levanto la vista hacia él—. Le he preguntado si podría decirme qué ha pasado. —Golpea su bloc de notas con un bolígrafo, esperando mi respuesta. Por su postura impaciente, me pregunto cuánto tiempo llevará ahí de pie, haciéndome la misma pregunta.

—No pasa nada —dice David, dándome unas palmaditas en el muslo.

Está sentado en el sofá a mi lado. Estoy segura de que por su mente pasan las mismas imágenes terribles que por la mía. Fue él quien corrió hacia la barandilla. Mi marido fue quien presenció su caída. David fue quien nos dijo que había golpeado las rocas del fondo y no el agua.

Mi imaginación se desboca con pensamientos sobre el cadáver de la joven de blanco, destrozado por las rocas contra las que cayó.

—Lo siento, Dr. Parker —dice Winston—. Sé que esto es muy traumático. Solo intento comprender qué ha ocurrido. Ya he hablado con la señora Keenan y tengo su declaración.

Después del suicidio, Cordelia se encerró en su habitación. Las únicas personas que han hablado con ella desde entonces son Winston y su marido.

El Dr. Keenan camina de un lado a otro del salón, detrás de nosotros. De vez en cuando, me lanza una mirada. Puedo sentirla. En una ocasión levanté la vista hacia él y nuestras miradas se cruzaron brevemente. Pude ver la tristeza en sus ojos. Me pregunto si él pudo ver la confusión y el miedo en los míos.

—¿Quién era ella? —pregunto.

El Dr. Keenan responde: —Stacy Reemins. —Deja de caminar y respira hondo—. Era enfermera quirúrgica en la isla. Llevaba aquí, ¿qué, siete años ya?

—Ocho, señor —le corrige Winston.

El Dr. Keenan sacude la cabeza. —Sabíamos que tenía... problemas.

—¿Problemas? —repito.

El Dr. Keenan asiente. —Tenía episodios de depresión. Tenía antecedentes de melancolía desde la adolescencia. No era la primera vez que intentaba algo así. Por desgracia, esta vez lo ha conseguido. —Se tapa la boca y mira hacia el balcón exterior.

Miro a David y, por detrás de mí, al Dr. Keenan. —¿Cómo podía saber tanto sobre su pasado?

El Dr. Keenan se descubre la boca, revelando una sutil sonrisa. —Cuando se trabaja con un grupo tan pequeño como el nuestro en la isla, acabas conociendo bien a tus compañeros. Demasiado bien. —Baja la cabeza—. Sus problemas eran bien conocidos por el personal. Hablaba de ellos abiertamente.

—¿Tenía familia? —pregunta David. Mira fijamente al Dr. Keenan, esperando una respuesta. Por suerte, es que no.

—Solo a su madre —responde el Dr. Keenan—. Vive sola. —Vuelve a respirar hondo—. Tenemos que ponernos en contacto con su familia.

—Yo me encargaré de eso, señor —dice Winston.

El Dr. Keenan sacude la cabeza rápidamente. —No, Winston. Yo me encargaré. —Mira hacia fuera—. Debería ponerse en contacto con el resto del personal y los pacientes de inmediato. Asegúrese de

que nadie salga ahora mismo a su balcón. Lo último que quiero es que alguien sea testigo de...

Es incapaz de terminar la frase, pero Winston responde igualmente: —Mi personal ya se ha encargado de eso, Dr. Keenan. La limpieza se está llevando a cabo en este mismo momento.

¿Limpieza? La forma en que lo ha dicho me altera. Es como si alguien hubiera derramado vino sobre una alfombra blanca.

Esto no es un estropicio cualquiera. Una mujer ha saltado hacia su muerte.

Miro a David, que tiene los ojos muy abiertos y mira fijamente hacia la puerta del patio. El Dr. Keenan se acerca por detrás y le toca el hombro. —Todo va a salir bien, David. —Mi marido baja la cabeza —. Me alegra que ninguno de vosotros haya resultado herido.

—¿Qué pretendía hacer? —pregunto—. El cuchillo. ¿A quién pensaba hacer daño?

El Dr. Keenan mira alrededor de la habitación y baja la cabeza. —No podemos estar seguros —dice—. Todo lo que sabemos es que Stacy no estaba bien.

—¿Puedo tomarle declaración, por favor, señora Parker? —vuelve a preguntar Winston—. Solo necesito algo para mi informe.

Asiento y respiro hondo. —Bueno, estaba en el balcón, disfrutando de las vistas, cuando vi a una mujer saltar la barandilla de otra propiedad.

—Stacy —dice el Dr. Keenan en voz baja.

—Eso es —digo—. Habló con Cordelia.

Winston y el Dr. Keenan intercambian miradas. —¿Stacy le dijo algo a Cordelia? —pregunta él.

—Bueno, creo que ambas hablaron entre sí —respondo. Los sucesos de esta noche me dan vueltas en la cabeza. Me cuesta concentrarme.

El Dr. Keenan vuelve a taparse la boca. Winston parece confundido mientras golpea el bloc de notas con el bolígrafo un poco más.

—¿Está segura de eso? —pregunta. Pasa las páginas de su bloc y lee una de ellas—. La señora Keenan ha declarado que solo

vio a la señorita Reemins cuando estaba cerca de usted con el cuchillo en la mano.

Miro a David. Parece tan confundido como todos los demás.

—No —digo—. ¡Eso no es cierto! Las vi hablar.

Winston levanta las manos, indicándome que baje la voz. —¿Oyó lo que dijeron?

—No.

Winston asiente. —¿Y qué pasó después?

Respiro hondo. —Se acercó a mí e intenté saludarla. Al principio no respondió.

—¿Pero llegó a decir algo? —pregunta Winston—. ¿Qué le dijo?

Tengo la imagen grabada en la mente, tan fresca como si ella estuviera en la habitación ahora mismo. *No deberías haber venido aquí. Vendrán a por ti.*

Nada de eso tiene sentido.

Y ahora Cordelia dice que nunca habló con Stacy. Pero yo las vi hablar. Lo hicieron.

Me asalta una imagen de mi madre. Mi madre también deliraba diciendo que la perseguían. Había visto y oído cosas. Nada de aquello era cierto.

—No lo sé con seguridad —respondo.

—¿No lo sabe con seguridad? —dice Winston golpeando de nuevo el bloc con el bolígrafo.

David mira al oficial de seguridad con dureza. Veo que se está molestando por la forma en que el guardia me está tratando.

—Vi el cuchillo en su mano —digo—. No creo que fuera capaz de prestar atención a nada más cuando pensaba que mi vida corría peligro.

Winston me mira fijamente, esperando a que diga algo más. No lo hago.

—¿Y qué pasó entonces? —pregunta.

—¡La mujer saltó! —responde David, perdiendo la paciencia.

—David —dice Keenan, en un intento de calmar a todo el mundo.

—No —dice él—. No me hace ninguna gracia el tono de su hombre de seguridad.

Winston baja su bloc. —Lo siento, Dr. Parker. De verdad. Solo intento recabar los hechos.

—Creo que ya tiene lo que necesita —le dice el Dr. Keenan.

Winston asiente. —Por supuesto, señor. —Vuelve a mirar a David—. Mis disculpas, Dr. Parker, si he parecido maleducado. No era mi intención. Yo también estoy un poco alterado. Conocía a Stacy desde hace años.

La expresión de David se suaviza. —Lo entiendo. Yo también siento haber perdido la paciencia. —David le tiende la mano y él y Winston se saludan.

—Una primera noche terrible en la isla —dice el Dr. Keenan mirando hacia el horizonte que se oscurece. Empieza a llover fuera de nuevo. El Dr. Keenan sacude la cabeza y se vuelve hacia nosotros —. Siento mucho que hayas tenido que ver eso hoy, Lily. Siento que esto haya ocurrido. Stacy... —Una vez más, es incapaz de terminar la frase. Una lágrima empieza a resbalar por su mejilla. Se aparta de nosotros para limpiársela rápidamente—. ¿Pueden irse ya a su casa, Winston?

El guardia asiente. —Todo está preparado para ellos, señor. —Winston mira a David—. La puerta principal está abierta para ustedes. Tienen un juego de llaves de la casa en un soporte junto a la entrada. Hágame saber si tienen alguna pregunta. La casa está a dos casas de distancia de aquí. Si quieren, puedo llevarles en coche.

—Estamos bien —digo.

Winston vuelve a asentir. —Bueno, terminaré mi informe. Dr. Keenan, por favor, avíseme si usted o su esposa necesitan algo esta noche. —Hace un gesto hacia David—. Lo mismo para usted, Dr. Parker.

—Gracias, Winston —dice David.

El Dr. Keenan sigue mirando por la puerta acristalada hacia el balcón. La lluvia empieza a caer con más fuerza. Pienso de nuevo en aceptar el ofrecimiento de Winston de llevarnos, pero ya estoy empapada de todos modos. Lo último que quiero es pasar más tiempo con el jefe de seguridad esta noche.

Winston está a punto de marcharse cuando le llamo. —¿Vendrán pronto las autoridades?

Winston se vuelve hacia mí. —Perdone, señora Parker. No la he oído bien.

—La policía —digo—. ¿Debemos esperarles esta noche? No sé muy bien cómo funciona esto, pero ¿no tendríamos que contarle a la policía lo que ha pasado?

Winston asiente con una sonrisa irónica. —Mis disculpas. Sí, ya han sido notificados. Aunque todavía no tenemos una hora confirmada de llegada.

—Gracias de nuevo, Winston —dice el Dr. Keenan, sin volverse hacia él. Sigue mirando hacia fuera—. Y buenas noches, David. Un placer conocerla, Lily. Ojalá esta noche hubiera sido distinta. De nuevo, lo siento. —Sus palabras ya no tienen tanta expresión como cuando entramos en su casa. Ahora suenan lúgubres.

—Gracias de nuevo —dice David—. Yo también siento lo que ha pasado con Stacy. Nos vemos por la mañana.

El Dr. Keenan no responde. En lugar de eso, mantiene la mirada perdida, fija todavía en el balcón donde ocurrió todo. La habitación cada vez está más a oscuras, y la silueta sombría del Dr. Keenan cubre casi por completo la puerta del patio.

# CAPÍTULO 6

David abre las grandes puertas de nuestro nuevo hogar. Es tan hermoso como el del Dr. Keenan, solo que más pequeño. Nuestra casa tiene colores más oscuros que la suya, y el uso del blanco y el negro le confiere un aire más moderno. Las obras de arte de las paredes combinan con la sensación de novedad que ofrece la casa.

La puerta principal es igual de grande que la del Dr. Keenan, solo que David y yo no nos acercamos ni de lejos a la estatura de gigante del doctor.

Todo debería ser perfecto.

Pero no lo es.

Una mujer se ha matado delante de nosotros hoy. David está haciendo un trabajo mucho mejor que yo ocultando sus emociones. Lo máximo que consigo es fingir una sonrisa mientras observo nuestro nuevo hogar, pero carece de cualquier felicidad genuina.

¿Cómo puedo estar animada en este momento?

Si esa mujer no hubiera saltado hacia su muerte, sé que estaría eufórica. David y yo solo podíamos imaginar vivir en una casa como esta. Es la casa que siempre ha dicho que quería tener. No se parece en nada a la foto de la casa de su infancia que guarda en la cartera.

No se parece en nada a donde yo vivía.

Este es el epítome de lo que David me prometió cuando se esforzaba en sus estudios para ser cirujano. Esto es lo que él

imagina que se merece por su duro trabajo.

Y, sin embargo, en lo único en lo que puedo pensar es en irme.

Nuestra primera noche aquí está tan empañada que me pregunto si podré vivir en este sitio.

David sube el largo tramo de escaleras hacia la segunda planta. —Ya veo al menos cuatro dormitorios —dice con un tono emocionado, casi infantil.

Le sigo a regañadientes. Puedo oírle emitir sonidos de alegría mientras recorre algunas de las habitaciones sin mí. —Esta sería perfecta para un futuro pequeño Parker —dice con una carcajada. Me quedo detrás de él, asomándome al amplio dormitorio.

Es precioso. Un vestidor al fondo. Mi dormitorio de pequeña era una cuarta parte de esto. Está totalmente amueblado con su propio juego de dormitorio. El cuarto tiene incluso su propio baño.

—Es bonito —comento.

—¿*Bonito?* —dice David con retintín—. El estudio que teníamos en Edmonton era la mitad de esto. Ahora tenemos una casa entera. ¡Esto es genial!

Me mira y nota que no comparto el mismo entusiasmo. Me coge de la mano. —Lo sé —dice—. La noche también ha sido dura para mí. —Aparta la vista de mí un momento—. No puedo sacarme su imagen de la cabeza.

Me recuerdo a mí misma que, al menos, yo no vi el macabro desenlace. La vi saltar. David fue testigo de cómo aterrizaba.

—Esto no es lo que esperaba —digo.

David respira hondo. —Pero ¿qué dices? Mira esta casa. Mira dónde estamos. Esto es un universo distinto de cómo nos iban las cosas en Edmonton. No te arrepentirás de haber venido, ¿verdad?

No respondo. No puedo.

*No deberías haber venido aquí.* Las palabras de la difunta todavía me atormentan.

—No lo sé —consigo responder finalmente.

David me aprieta la mano. —Estás alterada —dice—. No pasa nada. Es normal. Eres una persona normal por sentirte así. Hemos visto a una mujer suicidarse esta noche. Es algo difícil de digerir.

Inspiro profundamente. —No lo sé. Luego está lo de vivir en esta isla. Su mujer, Cordelia, también parece de armas tomar. Y ese tal Winston. Resulta extraño estar aquí.

*Vendrán a por ti,* la voz de Stacy resuena de nuevo en mis oídos.

David sacude la cabeza. —Estás disgustada, ¿vale? Tenemos que darle una oportunidad. Me prometiste que lo harías. Esto es lo que necesitamos para una vida mejor. Una vida que me merezco.

—¿Y qué hay de mí? —digo.

David me suelta la mano y mira hacia otro lado. —Lo que ha pasado esta noche ha sido terrible. Eso es todo. Vamos a darle una oportunidad a este lugar. —Me mira—. El Dr. Keenan no ha podido ser más hospitalario con nosotros.

Asiento. —Supongo que ha sido acogedor.

David sonríe. —¿Ves? La noche ha sido mala. Mañana será mejor. ¿Podemos intentar que esto funcione?

Me mira fijamente, esperando una respuesta. Consigo sonreír. —Supongo que sí.

Él se ríe. —Bien. Perfecto. Creo que nos esperan cosas buenas aquí. Ahora, vamos a ver el dormitorio principal.

Su sonrisa se ensancha a medida que nos acercamos a las puertas dobles de estilo francés. El dormitorio es casi el doble de grande que nuestro estudio de Edmonton. Una cama de matrimonio extragrande preside la pared con mesitas de noche a ambos lados. Un gran banco descansa a los pies de la cama. Un espejo de cuerpo entero que casi llega al alto techo ocupa una esquina de la habitación.

Nuestras dos maletas están en un rincón. Voy directa a la mía y la abro de inmediato. Lo único que quiero es darme una ducha caliente, ponerme un pijama cómodo e irme a la cama.

David se acerca a la cómoda. Encima hay una cajita. La abre y saca un puro largo y grueso. Se lo pasa por debajo de la nariz y lo huele. —Cubanos —dice con una sonrisa. Debajo hay una tarjetita. David la coge y la examina. De algún modo, su sonrisa se hace aún más grande.

—¿Qué es? —pregunto. Estoy segura de que es una amable tarjeta de bienvenida del Dr. Keenan. Me sorprendería muchísimo que Cordelia hubiera escrito algo agradable.

David se gira hacia mí. —Es una tarjeta de visita. Mi tarjeta. —Se la acerca y la lee en voz alta—. Dr. David Parker. Cirujano plástico certificado. —Me mira radiante de pura felicidad. Por muy disgustada que haya estado esta noche, ver a mi marido así de feliz resulta contagioso.

Me coloco a su lado, abrazada a su costado, y le doy un beso en la mejilla mientras él contempla la tarjeta como si no pudiera creer que fuera real.

—Felicidades, Dr. Parker —digo. Le beso de nuevo—. Te lo mereces.

# CAPÍTULO 7

Abro mi bolso mientras David sigue mirando su tarjeta de visita embelesado. Sé que este momento es especial para él. Es la recompensa por todo su esfuerzo. Años de facultad. Noches interminables estudiando para los exámenes. Una residencia que tardó años en completar. Por fin tiene el reconocimiento que se merece.

Al abrir mi maleta, me sorprende ver el neceser encima de la ropa. La cremallera está abierta y lo han empujado hacia un lado. Ese no es su sitio. Siempre lo pongo en el compartimento con cremallera de la parte superior de la maleta. Nunca lo dejo cerca de la ropa. Por miedo a que algo se derrame o se rompa durante el vuelo, incluso meto el neceser dentro de una bolsa de plástico. La bolsa de plástico sigue en el compartimento de la cremallera.

También noto que mi ropa no está doblada con el esmero con el que suelo hacer el equipaje. Tengo una forma específica de organizar las cosas. Ahora, algunas de mis prendas están desdobladas. Otras están en lugares que no les corresponden. Mis bragas están encima del montón de ropa. Siempre las meto en el lateral donde está ahora el neceser.

De repente, mi maleta parece hecha por mi marido, que por lo general se limita a embutir la ropa en su equipaje. Para ser cirujano, es un viajero de lo más descuidado.

—David—, digo, intentando captar su atención. Parece que solo consigo despertar un ápice de su interés.

—¿Sí?— dice él, sin apartar la vista de su tarjeta.

—¿Has abierto mi maleta hoy?— pregunto. —¿Has metido algo dentro o has movido las cosas?

—No lo sé—, responde.

Pongo los ojos en blanco. Es obvio que no me está prestando atención. —Oye—, digo. Por fin logra bajar la mano y dirige la mirada hacia mí. —Cuando nos hemos ido del hotel, ¿has abierto mi maleta o no?

—Eh, no. No lo creo. ¿Por qué?

Miro mi maleta desordenada. —Mi ropa está de cualquier manera. Hay cosas que no están en su sitio.

Él se encoge de hombros. —El trayecto en barco ha sido un poco accidentado. Quizá las cosas se hayan movido con los botes.

Suelto un suspiro. —No lo creo. El neceser no está donde yo lo puse. ¿Seguro que no has abierto mi maleta para nada?

—¿Y hurgar en tu neceser?— Se ríe. —No.

Busco mi pijama en la maleta y lo saco. Cierro la cremallera y me quedo mirando la maleta, confundida. Es imposible que mis pertenencias se hayan desordenado así durante el viaje en barco. David no se habrá dado cuenta de que ha mirado en mi equipaje. Pero ¿por qué iba a sacar mi neceser de la bolsa de plástico en la que estaba?

Sé positivamente que yo no lo he hecho.

Miro a David. La sonrisa que lucía desde que encontró su regalo se desvanece. —¿Qué pasa?

—¿No crees que ese guarda de seguridad, Winston, haya registrado nuestras maletas?

Me mira con extrañeza. —¿Qué? ¿Por qué iba a hacerlo?

Buena pregunta. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, te ha obligado a entregarle el móvil—, digo. —Le ha parecido raro que yo no tuviera teléfono. Quizá buscaba si yo tenía uno. ¿Puedes mirar en tu maleta para ver si falta algo o si hay algo fuera de su sitio?

Coge su maleta del suelo, soltando un quejido al agacharse, y la deja caer sobre la cama. Abre la cremallera y observa el montón de ropa desordenada que hay en el interior. —Me parece que está igual que siempre.

Cómo no.

¿Cómo iba a saber él si alguien había registrado su maleta con lo desastrosa que es? Rebusca entre sus cosas y confirma de nuevo que todo parece estar ahí.

—Seguro que no es nada—, dice. Deja la tarjeta sobre el tocador. —Creo que voy a enmarcar esta tarjeta.

—¿Por qué iba Winston a registrar mis cosas?— digo, confusa.

David suspira. —¿Puedes dejarlo ya? No falta nada, ¿verdad? No es que te falte la ropa interior ni ninguno de tus horribles pijamas de ositos. No te preocupes tanto.

Suelto un suspiro. Entro en el baño de la habitación. Incluso el baño es más grande que nuestro estudio de Edmonton. Una encimera de mármol recorre la estancia con lavabos para él y para ella. Una bañera de hidromasaje ocupa toda una esquina. Una ducha acristalada ocupa dos tercios de la habitación con piedra labrada en el suelo, lo que le da un aspecto de balneario.

El inodoro tiene su propio cuarto aparte.

Nuestro nuevo hogar es precioso. No se puede negar.

*No deberíais haber venido aquí,* oigo la voz de la mujer muerta en mi mente. ¿Por qué sentía eso?

Respiro hondo varias veces para calmar mis nervios. Tras terminar de cambiarme, entro en el dormitorio. David ha sacado un puro del envoltorio y lo tiene en la boca.

—¿Crees que habrá algún encendedor por la casa?— pregunta.

—Quizá en la cocina haya alguno, pero nada de fumar en nuestra preciosa casa nueva—, le digo en tono juguetón. David tenía el mal hábito de fumar compulsivamente cuando lo conocí. Su época de estudiar hasta tarde y la residencia fueron estresantes, y el tabaco parecía ayudarle a aliviar esa sensación. A veces, cuando está estresado, todavía le veo hacer el gesto de sostener un cigarrillo entre los dedos.

La única razón por la que dejó el hábito de fumar fue porque no podíamos permitírnoslo. Supongo que eso cambiará ahora.

¿Cómo es que las personas encargadas de la salud de los demás pueden ser tan poco cuidadosas con su propia salud?

—Por supuesto—, responde David. —Fumaré fuera, en el balcón. Tenía ganas de ver las vistas.— Le miro de inmediato, y él capta lo que estoy pensando. —Lo siento—, dice, sacándose el puro de la boca.

Pienso en todo lo que ha pasado esta noche. La imagen de Stacy cayendo hacia su muerte quedará grabada en mi mente para siempre. Pienso en lo que le he dicho a Winston para su informe.

—Le he mentido a Winston—, suelto de repente.

David me mira, sorprendido. —¿A qué te refieres?

—Le he dicho que no sabía lo que Stacy dijo antes de suicidarse... Eso era una mentira.

—¿Por qué has mentido?

—No estoy segura. Ha sido por lo que dijo esa mujer, supongo. Me ha afectado.

David da un paso hacia mí y me rodea con sus brazos. —Puedes decírmelo. ¿Qué ha dicho?

—Dijo que no debería haber venido aquí. «Vendrán a por ti».

David da un paso atrás. —¿Dijo eso?— Asiento con la cabeza. Él respira hondo. —Y te ha afectado... ¿por lo de tu madre?

David sabe lo que me pasó de niña. Es la única persona a la que le he contado la verdad. No fui simplemente adoptada. Mi madre biológica mató a mi padre. Está encerrada en algún sitio. Casi he olvidado que existe.

Sí, fui adoptada. Pero sé quiénes eran mis verdaderos padres. Casi desearía poder olvidarme de ellos por completo. Desearía poder olvidar las palabras que mi madre me dijo la noche que mató a mi padre. Desearía poder lavarme el cerebro para no volver a pensar nunca más en ella ni en sus palabras.

Todavía hoy me atormentan.

—Lo siento—, dice David, volviendo a rodearme con sus brazos y apretándome con fuerza.

—Pero debería haber dicho la verdad—, digo. —¿Y si dijo esas cosas por una razón? Tenía un cuchillo en la mano. ¿Qué pensaba hacer? Y luego estaba Cordelia.

—¿Qué pasa con ella?— pregunta David.

—La oí decirle algo a Stacy.

David me observa con atención. Es como si estuviera evaluando qué pensar de lo que le digo. Es una mirada que me resulta familiar.

¿Se está volviendo loca? Es la misma mirada que yo le dedicaba a mi madre cuando de vez en cuando decía algo que no tenía sentido, o cuando hablaba con alguien, o con algo, que no estaba en la habitación.

—Digo la verdad—, afirmo. —Las dos hablaron antes de que ella se matara.

—¿Por qué iba a mentir Cordelia?— pregunta David.

Otra buena pregunta. Nada tiene sentido.

—No estoy segura—, respondo. David me mira con la misma expresión en el rostro. —David, basta ya. Te estoy contando lo que he visto. Las vi hablar.

Él levanta las manos. —Te creo, claro que te creo. Mira. Ha sido una situación muy intensa; quizá hayas malinterpretado lo que has visto. El estrés puede jugarle malas pasadas al cerebro.

Quizá. O quizá no.

De repente, empiezo a darles vueltas a lo que creía haber visto.

# CAPÍTULO 8

—Lily —la voz de una mujer resuena en la habitación a oscuras. Miro a mi alrededor, confundida sobre dónde me encuentro. Solo veo oscuridad. De repente, brota la luz de un encendedor. Una mujer, envuelta en las sombras, apenas es visible. Es una mujer a la que reconozco de inmediato.

Mi madre se lleva un dedo a la boca; la llama del encendedor proyecta sombras danzantes en su rostro, haciendo que su mueca parezca más siniestra.

—Debes estar callada, Lily —dice—. Te oirán.

—Mamá —digo—. Para. No hay nadie persiguiéndote.

Sacude la cabeza. —Vendrán a por ti también. —Madre se aleja y señala detrás de mí. Me giro y veo el cuerpo de mi padre avanzando torpemente hacia mí. Su pecho desnudo revela las múltiples puñaladas con las que mamá lo dejó. Un agujero enorme ocupa su pecho donde debería estar el corazón. Intenta hablar, pero por sus labios solo rezuma sangre.

—¡Vendrán a por ti también! —grita mamá. Acerca el encendedor a una pared, que prende al instante. En un momento, toda la habitación está en llamas mientras madre ríe histéricamente.

—¡No deberías haber venido aquí!

Me despierto respirando con dificultad. Me llevo la mano al pecho, intentando calmar los nervios, pero fracaso estrepitosamente. Me doy la vuelta y veo a David dormido. Pienso en despertarlo.

Cuando tengo pesadillas con mi madre, suelo hacerlo. Han pasado meses desde la última vez. Cada vez que creo que me he librado de la pesadilla real que ocurrió aquella noche, mi cerebro me recuerda que nunca terminará.

Esta vez ha sido distinto. *No deberías haber venido aquí.* Esa es una frase nueva. Por supuesto, comprendo de dónde ha salido. Me doy cuenta de que no debería sorprenderme tanto haber tenido un terror nocturno con mi madre después de lo que presencié. También debería esperar que los sueños continúen.

Temo volver a dormirme, pero lo intento de todos modos.

Doy vueltas y más vueltas en mi cama nueva, en mi dormitorio nuevo, dentro de mi casa nueva.

Todo mi entorno me parece muy extraño. Después de lo sucedido con Stacy, no puedo dejar de desear que nada de esto hubiera pasado. Cambiaría esto por nuestra humilde vida en Edmonton en un abrir y cerrar de ojos. Me giro y miro a David, que duerme profundamente. Me pregunto cómo puede estar así, después de la escena inimaginable que ha presenciado hoy.

Si yo hubiera sido la que se asomó por la barandilla y vio a una mujer acabar con su vida sobre las rocas escarpadas, no volvería a pegar ojo.

Miro el reloj de la mesilla de noche. Es casi medianoche. Llevo más de una hora intentando dormir.

A veces me pregunto si mi madre sabía que se estaba volviendo loca. La esquizofrenia es una enfermedad terrible. Te cambia para siempre. Por lo que he investigado, entiendo que la medicación puede ayudar, pero mucha gente sigue sufriendo.

A las personas diagnosticadas de esquizofrenia también se las retrata como lunáticos en los medios y el cine. Todos son figuras al estilo de Michael Myers que escapan de manicomios y matan indiscriminadamente.

Psicópatas.

Pero ese no es el caso. La mayoría de las personas que sufren una enfermedad mental tienen un mayor potencial de hacerse daño a sí mismas que a los demás.

Mi madre no ayudó precisamente con el estereotipo.

Mató a mi padre aquella noche terrible. Todavía pienso en ello a menudo. Mi padre no era buena persona. Maltrataba a mi madre, y no solo emocionalmente. A medida que se acumulaban los moratones, también lo hacían sus síntomas de esquizofrenia. Mirando atrás, es fácil entender por qué sufrió un colapso, pero cuando yo era niña, estaba muy confundida.

Pensaba que mamá decía tonterías al hablar sola cuando no había nadie más que yo. Gritando que había una araña en la pared cuando no había nada.

Fue solo después de que empecé a recibir mis propias cicatrices de manos de mi padre que las cosas dieron un giro espantoso. Mamá se quebró por completo.

Es difícil no culparme por ello. Ni siquiera recuerdo por qué mi padre se enfadó conmigo. Creo que fue porque me negaba a comer algo que mamá había preparado para la cena. Papá me pegó en la mesa mientras yo, desafiante, seguía sin probar bocado.

Mamá abandonó el comedor de inmediato para irse a su habitación mientras yo lloraba.

Esa noche, cuando me fui a dormir, fue cuando me despertó. Me dijo que venían a por nosotras. Quiénes eran «ellos», yo no lo entendía. La policía ya estaba en camino. Después me enteré de que fue mi madre quien les llamó. Sabía que los coches patrulla estarían pronto ante la puerta.

Me enviaron con una familia de acogida durante más de un año mientras mi madre estaba en la cárcel, esperando su sentencia. Al final, fue declarada no culpable por razones de enajenación mental. La ingresaron en un hospital psiquiátrico.

Mis padres de acogida disfrutaron teniéndome con ellos y me adoptaron oficialmente. Les debo mucho a Karen y Steven Granger. Me proporcionaron la seguridad que necesitaba para crecer y pasar de adolescente a mujer. Sin ellos, podría haberme perdido hace mucho tiempo.

No sé si estaría viva de no ser por mis padres de acogida.

Por lo que yo sé, mamá sigue encerrada en el hospital. Mis padres adoptivos me preguntaron cuando era pequeña si quería recibir noticias sobre lo que pasaba con ella.

No quise.

La vida era mucho más fácil fingiendo que no existía. Era más fácil imaginar que siempre había sido Lily Granger. Había inventado mi propia realidad, una en la que mi padre nunca fue asesinado ni fue un maltratador, y mi madre nunca fue recluida por su muerte.

Karen y Steven Granger eran normales. Aburridos. De clase media.

Eso es todo a lo que he aspirado en la vida. Ser normal.

Sin embargo, algo que me atormenta es saber lo que he descubierto sobre la enfermedad de mi madre. La esquizofrenia tiene un componente genético. La idea de que pudiera acabar como ella me asusta más que nada en este mundo.

Mentiría si dijera que no pienso en ello a menudo. He leído que algunas personas no tienen un diálogo interno consigo mismas. No podía creerlo. Yo oigo mi voz en mi cabeza todo el tiempo.

Siempre.

Durante años, me preocupó que esa voz se hiciera más fuerte, o que nuevas voces aparecieran en mi mente. ¿Empezó la esquizofrenia de mi madre oyendo su propia voz?

A veces mis pensamientos se desbocan. Hago todo lo posible por calmarlos, pero a veces no puedo. Puede ser difícil concentrarse.

¿Es eso lo que le pasó a mi madre?

Hay veces que, con cada diálogo interno que mantengo, me pregunto si yo misma estoy empezando a desconectar de la realidad.

Mientras pienso en mamá y en el terror nocturno que acabo de tener, dormir parece imposible. Salgo de la cama con sigilo, intentando por todos los medios no despertar a David.

Mañana es su primer día de trabajo. Necesita descansar bien. De alguna manera, pese a lo ocurrido esta noche, lo ha conseguido. Sus respiraciones profundas cesan de repente cuando abro la puerta del dormitorio y temo que se haya despertado. Momentos después, se reanudan.

Bajo las escaleras de mi nueva casa, admirando su belleza de nuevo.

Pienso en dejarme caer en el sofá y ver la televisión de madrugada. Sin embargo, me preocupa que eso no me ayude a dormir.

Si tuviera un buen libro, tal vez eso me ayudaría a conciliar el sueño. No se me ocurrió traer nada. Me imagino que las librerías en la isla deben de escasear. Me pregunto con qué frecuencia podré ir a tierra firme. Deben de tener viajes planificados. Es algo que tendré que preguntar pronto.

Solo han pasado unas horas y ya siento que me estoy volviendo loca en esta isla aislada.

Miro hacia la puerta acristalada que da al balcón trasero. El paisaje es hermoso. Las vistas son preciosas, pero no estoy segura de poder salir ahí fuera después de lo sucedido. Casi me entran ganas de tapiar la puerta con maderas para que nadie pueda usarla.

Me decido por dar un paseo.

Es lo que solía hacer en Edmonton cuando me costaba dormir. Pienso en volver arriba y ponerme algo de ropa normal. Me daría vergüenza que me pillaran con los pantalones de pijama de franela y el osito dormilón en la camiseta de manga larga. David siempre se burla de mis elecciones de pijama, pero el tejido es extremadamente cómodo. Después de comprar un par, volví inmediatamente a la tienda y compré varios más.

Pero no saldré a caminar mucho rato. Solo un paseo corto para despejarme.

Abro la puerta principal y cojo un juego de llaves que Winston nos dejó sobre la mesa. Cierro la puerta con llave antes de marcharme.

Afortunadamente, las calles pavimentadas de la urbanización están bien iluminadas. Con las pocas villas dispersas por la manzana, casi puedes sentir que estás en un vecindario normal. Uno rico, pero no te da la sensación de estar viviendo en una isla pequeña en medio de la nada.

Lamentablemente, los altos muros blancos que rodean el recinto rompen esa ilusión.

Aunque la mayoría de las zonas más allá del muro están sumidas en una oscuridad total, en un lado se percibe un resplandor rojo que proviene del otro lado. Me pregunto qué estará pasando.

Decido empezar mi paseo en la dirección opuesta, alejándome del lado más cercano del muro. Inmediatamente me arrepiento de mi decisión al ver la villa del Dr. Keenan al final de la manzana. Por un momento pienso en darme la vuelta, o incluso en volver a casa, pero decido seguir caminando.

Noto una ventana iluminada en su casa. Miro hacia el interior, preguntándome qué estarán haciendo Will o Cordelia despiertos a estas horas. Después de lo ocurrido con la mujer de blanco, Cordelia se fue de inmediato a su habitación. ¿Sigue levantada? ¿Tendrá ella tantas dificultades como yo esta noche?

Como si la hubiera invocado con mi imaginación, veo la silueta de una mujer en la ventana. Parece que la figura está mirando hacia la calle, hacia mí. La mujer, que debe de ser Cordelia, no se mueve. De repente, la luz interior se apaga.

Dejo de caminar y me quedo mirando la habitación a oscuras. Tengo una sensación incómoda. Es casi como si ahora fuera yo la que está siendo observada.

Miro brevemente la ventana oscura de la habitación, antes iluminada, antes de darme la vuelta y dirigirme de nuevo hacia mi propia villa.

Quería un paseo corto y creo que lo he conseguido. La brisa nocturna me recorre la espalda, provocándome un hormigueo en la nuca. De pronto, la idea de la televisión me suena mucho mejor.

No sé en qué estaba pensando caminando sola de noche por este complejo. Los jardines delanteros, grandes y hermosos, están impecables, pero en la oscuridad, todo me parece aterrador de repente.

Es entonces cuando oigo una voz. Un alarido. Parece el grito de un hombre.

Me quedo clavada en el sitio al oír de nuevo ese grito desgarrador.

—¿Hola? —grito—. ¿Está bien? De repente, los gritos cesan. Es como si nunca hubieran existido. —¡Hola! —vuelvo a gritar.

Unos pasos detrás de mí me asustan hasta el punto de hacerme gritar a mí misma mientras me giro para ver quién es. Winston y otro guardia de seguridad se acercan a mí rápidamente.

—¿Se encuentra bien, Sra. Parker? —pregunta Winston. El otro guardia mira a su alrededor por las calles desiertas.

—He oído voces —digo—. Quiero decir, he oído a un hombre gritar.

Winston mira a su alrededor. —¿De dónde le ha parecido que venían?

—No estoy segura —respondo—. Es difícil de decir. Parecía que venían de lejos. —Winston me observa con extrañeza—. ¿Han oído algo? —pregunto.

Winston echa una mirada al otro guardia antes de contestar. El guardia niega con la cabeza y Winston vuelve a mirarme.

—Solo la hemos oído a usted gritar y hemos venido —dice.

Niego con la cabeza. —He oído algo.

Winston esboza una sonrisa burlona. —Seguro que sí. —Mira al otro guardia y se ríe.

—¿Qué tiene tanta gracia? —digo.

Winston levanta una mano. —Esos mexicanos saben cómo divertirse. —Se ríe de nuevo. El otro guardia también lo hace.

—¿Qué? —digo, confundida.

Winston señala hacia el muro blanco con el resplandor rojo que asoma por detrás. —Los trabajadores inmigrantes. Esos tipos trabajan, ¿qué?, ¿unas diez o doce horas al día? —Mira al otro guardia.

—Algo así —responde el guardia.

Winston asiente. —Y aun así, a pesar de estar todo el día achicharrándose al sol haciendo trabajo físico, encienden sus hogueras y se quedan despiertos hasta tarde.

Miro hacia el resplandor rojo que viene de detrás del muro. —Vaya —digo.

Winston vuelve a sonreír con sorna. —Deben de estar pasando una noche divertida por allí. Puedo llamar por radio a uno de mis hombres para que les diga que bajen el volumen si les molesta.

Sacudo la cabeza. —No, no hace falta. No importa.

—No suelen ser tan ruidosos —añade el otro guardia.

—Siento que les resulte molesto esta noche —dice Winston.

Vuelvo a negar con la cabeza. —Está bien. Gracias... Que pasen buena noche.

—Buenas noches, Sra. Parker —dice Winston, con una renovada sonrisa en la cara.

Estoy a punto de irme cuando me acuerdo de Stacy. Me dirijo a Winston. —¿Le han dado ya una hora para cuando vendrá la policía a la isla?

Winston mira al otro guardia antes de responder. —Todavía no.

Me doy la vuelta y camino de regreso a mi casa. Me cruzo de brazos a medida que empieza a refrescar. Siento unos ojos fijos en mí de nuevo y, cuando giro la cabeza, Winston sigue observándome.

# CAPÍTULO 9

Cierro la puerta principal con llave una vez dentro. Mantengo la mano apoyada en el marco de la puerta, repasando lo ocurrido. Los sonidos que he escuchado no daban la impresión de que quienquiera que los hiciese se lo estuviera pasando bien. Parecían gritos de auxilio. De dolor.

Desde que llegué a la clínica, siento que cuestiono todo lo que sucede a mi alrededor.

Vi a Cordelia hablar con Stacy antes de que se suicidara. Lo sé. Puedo recordarlo con total nitidez y, sin embargo, empiezo a dudar de mí misma.

Miro alrededor de la casa a oscuras. Tal como me ha pasado fuera, siento la misma sensación de peligro acechando a mi alrededor. Esta casa no es mía. Es nueva para mí. No siento que este sea mi sitio.

David se burla de nuestro estudio, pero yo siempre lo encontraba acogedor. Ahora mismo, daría lo que fuera por estar de vuelta allí.

Noto una corriente de aire dentro de la casa y me doy cuenta de que la puerta del patio está abierta. No la he dejado así, ¿verdad?

Nunca abrí la puerta del patio. Recuerdo haberlo pensado brevemente, pero en su lugar, salí por la fachada principal.

Entonces, ¿por qué está abierta la puerta del balcón?

Doy unos pasos hacia ella, y la brisa del exterior se vuelve más fuerte a cada momento. De repente, un hombre entra en la casa.

David se lleva una mano al pecho mientras yo intento calmarme.

—¿Qué estás haciendo? —casi le grito—. ¡Me has dado un susto de muerte! —Le doy un golpe en el hombro.

—Bueno, a mí casi me da un infarto —dice él con una sonrisa —. Me he despertado y no estabas.

—¿Y has pensado que estaría en el balcón? —digo, confundida.

Hace una pausa un momento. —No lo sé. Solo sabía que no estabas en la cama. —David cierra la puerta del patio y echa el cierre—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondo—. He tenido problemas para dormir esta noche.

Él asiente. —Yo también. Creo que por eso me he despertado.

Respiro hondo. —He vuelto a tener un terror nocturno con mi madre... la biológica.

Sabía a cuál me refería. No estoy segura de por qué he tenido que especificarlo.

Me mira un momento antes de asentir. —Sí. Bueno, tiene sentido. Esta noche ha sido dura. Y bien, ¿a dónde has ido?

—Solo a dar un paseo.

Asiente despacio. —¿Volvemos a la cama? —Entorna los ojos y mira hacia la zona de la cocina—. Dios, es tardísimo. —Suelta un largo suspiro—. Mañana va a ser un día difícil. Tengo tanta adrenalina ahora mismo pensando en mi primer día que no estoy seguro de poder dormir.

—Quizá deberías tomarte el día libre —le sugiero—. No sería descabellado dada la situación.

Agacha la cabeza. —No puedo. La clínica necesitaba que empezara en este puesto hace días. No puedo fallarle.

No hace falta que me diga quién es «él».

—Vamos a la cama —dice, pasando por mi lado hacia las escaleras—. Tengo que intentar al menos volver a dormir.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera en el balcón? —le pregunto.

Se vuelve hacia mí y se encoge de hombros. —No lo sé.

—No habrás oído a nadie gritar, ¿verdad?

Él se ríe. —¿Gritar? No. ¿Por qué? ¿Has asustado a alguno de nuestros nuevos vecinos en tu paseo?

Niego con la cabeza. —He oído algo y me he cruzado con Winston. Me ha dicho que los temporeros de la bodega suelen quedarse despiertos hasta tarde. Incluso se puede ver el resplandor de sus hogueras tras el muro ahora mismo.

David bosteza. —Parece divertido. Si no consigo volver a dormirme, debería unirme a ellos. —Se ríe. Cuando ve la seriedad de mi rostro, su sonrisa se desvanece—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Es raro. Los gritos no parecían de alguien que se lo estuviera pasando bien en una fiesta.

Me observa la cara un instante antes de volver a sonreír. —Seguro que no es nada. Vamos a dormir un poco. —Se da la vuelta y sube las escaleras.

Miro por la ventana delantera y aún puedo ver el resplandor rojizo más allá del muro antes de seguir a mi marido escaleras arriba.

# CAPÍTULO 10

Me despierto con el sol dándome de lleno en la cara a través de las ventanas del dormitorio. Cuando me doy la vuelta para mirar, David ya se ha levantado.

Desde el baño de la habitación, oigo el agua correr y a mi marido refunfuñando algo. Bostezo y estiro los brazos y las piernas antes de salir de entre las sábanas. Camino dando tumbos hacia el baño y casi me echo a reír cuando le veo.

David se echa agua en la cara y se la seca con una toalla de mano. Se mira al espejo y repite las palabras que dice cuando está nervioso.

—Puedes hacerlo —dice, mirándose intensamente al espejo—. Eres un buen cirujano. Te lo mereces. —Respira hondo—. Te lo mereces. —Sobre la encimera, a su lado, está la foto que guarda en la cartera de la casa familiar en la que creció. David cierra los ojos—. Visualiza lo que puedes lograr. Visualiza y podrás llegar allí.

Esta es su forma de subirse la moral para afrontar el día. No es la primera vez que lo veo, y estoy segura de que no será la última. Pero, cada vez que lo hace, no puedo evitar reírme. Resulta ridículo.

Pero debería reconocerle el mérito que tiene. Si su extraño ritual le ha ayudado a superar años de estudios y una larga residencia, ¿quién soy yo para burlarme?

A pesar de lo tonto que parece, está muy guapo esta mañana. Lleva una camisa de botones azul claro que le sienta bien a su

cuerpo esbelto, junto con unos pantalones caqui. Aún puedo oler su loción para después del afeitado y el desodorante recién aplicado.

El hombre parece un médico de novela romántica, solo que con menos músculos.

A diferencia del Dr. Keenan. Si pusieras a mi marido y a su nuevo jefe en una rueda de reconocimiento y le preguntaras a un extraño cuál de los dos es cirujano, no creo que nadie eligiera a Will Keenan.

David repite su frase de nuevo y, cuando abre los ojos, finalmente me ve. Se ríe y niega con la cabeza. —¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente —digo, burlándome de él.

Él pone los ojos en blanco y se gira hacia mí. —¿Cómo estoy?

—Guapo.

Él sonríe. —Bueno, no intento coquetear con el Dr. Keenan... ni con mis pacientes. —Se ríe y vuelve a mirar al espejo.

—¿Tienes visitas con pacientes hoy? —pregunto.

—Empezaré a tope de inmediato. El Dr. Keenan dice que los pacientes ya están en el complejo, en los adosados. Pero no va a soltarme a los leones en mi primer día. Dos consultas. Una cirugía mañana y otra presentación pronto.

—Eso suena a mucho trabajo.

Él respira hondo. —Bueno, por algo me pagan tan bien. —Se arregla el pelo en el espejo y se gira hacia mí rápidamente—. Eso me recuerda que el Dr. Keenan quiere llevarnos a cenar a la bodega después de trabajar esta noche. Me lo mencionó anoche antes de... bueno, ¿te parece bien?

—Sí, claro —digo. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

Él sonríe. —Bien. Dice que invita él.

—¿No es gratis la bodega para los cirujanos?

Se mira al espejo, desconcertado. —Es verdad. Supongo que su broma de viejo se me ha pasado por alto. —Se ríe.

—¿Qué debería hacer yo hoy?

David sonríe. —En eso no puedo ayudarte. Necesito centrarme en mí mismo ahora mismo. Los nervios del primer día. Sé que te las apañarás. —Cuando se gira hacia mí, su rostro se suaviza—. Este

sitio tiene muchísimo que ofrecer. Un gimnasio, pistas de bádminton, una playa privada. Sé que te divertirás.

—Sola —bromeo. David se gira y me dedica una mirada inexpresiva—. Es broma, es broma. No te preocupes por mí. Que tengas un gran primer día. —Intento gesticular como David hace unos momentos durante su ritual—. Eres un buen cirujano. Puedes hacerlo.

David coge la toalla de mano de la encimera y me la tira a la cara en tono juguetón. —Ja, ja —dice con tono burlón. Me besa suavemente—. Por cierto, voy a quemar ese pijama en cuanto te lo quites. Odio esa camiseta del osito de peluche.

—¡Es muy cómoda! —digo defendiéndome—. Te quiero.

—Te quiero —responde antes de besarme otra vez—. ¡Me tengo que ir! —Sale corriendo del dormitorio. Puedo oír el eco de sus pasos bajando las escaleras, seguido por el sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose de un portazo.

—Y ahora, ¿qué hago yo hoy realmente? —me digo a mí misma.

Estaría bien ver qué ofrece el complejo durante el día. Quizá no me asuste tanto ahora que hay luz fuera.

También podría vaciar las maletas. Colgar y doblar la ropa. Para habernos mudado a una casa nueva, hay sorprendentemente poco que hacer. Todo lo que tenemos que desempacar es nuestra ropa.

Antes de que pueda tomar una decisión, unos golpes fuertes en la puerta principal llaman mi atención. Al principio, me pregunto si realmente he oído algo hasta que la persona en la puerta golpea con más fuerza.

Salgo del dormitorio y bajo las escaleras al ritmo del golpe seco del visitante que aporrea mi gigantesca puerta. Me acerco a la puerta con cautela y miro por la mirilla para ver quién es, y me llevo una sorpresa con quien me espera.

# CAPÍTULO 11

Abro la puerta y me recibe un hombre alto y de hombros anchos. —Buenos días —dice con voz severa. Baja la mirada hacia una libreta que tiene en la mano—. ¿Es usted la señora Parker?

—Sí, soy yo. Buenos días.

Él asiente. —Soy el detective Andrews. He venido a verla hoy en relación con la muerte de Stacy Reemins —dice, yendo directo al grano—. Tengo entendido que fue usted testigo de su fallecimiento. Esperaba poder tomarle declaración. ¿Es un buen momento?

Winston me dijo anoche que no estaba seguro de cuándo llegarían las autoridades y, aunque sabía que acabaría ocurriendo, me queda una sensación de estar en shock al ver al detective en mi puerta esta mañana.

El detective Andrews tiene el rostro demacrado y los rasgos afilados. Parece recién salido de cualquier serie policíaca que haya visto. Con esos hombros tan anchos, podría imaginármelo perfectamente persiguiendo a delincuentes por callejones oscuros.

—Desde luego —le digo—. Pase, por favor.

Le hago un gesto para que entre. Se sienta en una silla y yo me coloco frente a él, en el sofá. Aunque no he hecho nada malo, no puedo evitar sentirme un poco intimidada por su presencia. Es educado, sí, pero desprende un aura casi militar. Hoy está en una misión de investigación y sospecho que sus preguntas irán directas al grano.

—Una casa preciosa —me dice.

No estoy segura de cómo responder al cumplido. Yo no he tenido nada que ver en que sea hermosa, más allá de guardar mi ropa en la cómoda y el armario. Nos mudamos ayer mismo.

—Gracias —respondo—. Esto... ¿puedo ofrecerle algo de beber? ¿Agua, café o té?

Para mi sorpresa, pide una taza de té. Me levanto y me dirijo a la cocina; empiezo a abrir cajones intentando encontrar el té, un hervidor o cualquier cosa. Toda esta cocina es nueva para mí y, aunque localizo algunos objetos, parece que no hay mucho con lo que trabajar.

—Lo siento —le digo al agente—. La verdad es que acabamos de mudarnos. —Abro un armario alto y encuentro vasos—. Creo que podré ofrecerle un vaso de agua si lo desea... del grifo.

Rompe su semblante severo con una sonrisa. —No se preocupe, señora Parker. Estoy bien. No tardaremos mucho. ¿Está su marido también aquí? Tengo entendido que él también fue testigo.

Niego con la cabeza. —No. Está trabajando; de hecho, está aquí mismo al final de la calle, en la clínica cercana.

Él asiente. —Vaya lugar en el que viven. Una urbanización apartada con una clínica de cirugía estética en funcionamiento.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —asiento—. Yo aún estoy intentando acostumbrarme.

Sujeta el bloc de notas con la mano y saca un bolígrafo. —Me gustaría empezar pidiéndole que me describa lo que sucedió anoche en relación con la fallecida, la señorita Stacy Reemins. ¿Le parece bien?

Asiento. En lugar de contar la historia desde el balcón y el momento en que vi a Stacy, empiezo con el trayecto en barco hasta la isla. Al darme cuenta de que estoy dando demasiados detalles, avanzo rápido hasta el momento en que mi marido y el doctor Keenan están hablando mientras Cordelia y yo estamos en el balcón.

—Vi a la mujer, a Stacy, cruzar la barandilla del balcón desde una propiedad colindante. Primero habló con Cordelia. No estoy segura de qué se dijeron, pero Cordelia parecía asustada al final.

Creo que pudo haber visto el cuchillo en la mano de Stacy en ese momento.

—Interesante —dice el detective Andrews—. El equipo de seguridad de aquí redactó un informe y no mencionaron que la señorita Keenan y la fallecida hablaran entre sí.

Asiento. —Eso me han dicho.

—¿Pero no oyó ni una palabra de lo que se dijeron?

Asiento. —Exacto. No alcancé a distinguir sus palabras.

—¿Y qué ocurrió después?

—Stacy se acercó a mí. —Me detengo antes de seguir. La otra noche, cuando Winston me hizo la misma pregunta, mentí.

Me aclaro la garganta. —La mujer me habló... Me dijo que no debería haber venido aquí.

—¿A la isla? —pregunta el detective.

—Eso fue lo que entendí por sus palabras, sí. —Respiro hondo al recordar lo que dijo a continuación. Casi olvido qué aspecto tenía la mujer de blanco y, en su lugar, se ha transformado en una imagen de mi madre—. Stacy también dijo: «Vendrán a por ti».

El detective arquea una ceja. —¿Y qué significado le dio usted a esas palabras?

Bajo la cabeza. —No estoy segura. Fue todo muy inquietante. —Miro al detective, que me observa fijamente. Me siento como bajo un foco en una sala de interrogatorios donde un poli acribillaría a preguntas a un sospechoso de asesinato.

Incapaz de sostener su intensa mirada, aparto los ojos. —Después de eso, Stacy caminó hacia la barandilla, la cruzó y... se lanzó.

El detective cierra su libreta y asiente. —¿Cómo lo lleva? —pregunta. Me sorprende su compasión. Desde el momento en que entró en mi casa, me había imaginado al detective Andrews como el típico poli endurecido. No como alguien a quien le importaran las emociones de los demás.

—Bien, supongo —digo con una leve sonrisa.

Vuelve a abrir la libreta y la compasión se desvanece rápidamente. —Según el informe que recibí de seguridad, usted no recordaba lo que Stacy le dijo.

Miro al detective inexpresivamente durante un instante. —Anoche, cuando tuve tiempo de asimilar lo ocurrido, como que me vino a la memoria. En aquel momento estaba en estado de shock. Ella tenía un cuchillo grande en la mano. Temía que lo usara contra mí.

El detective me escudriña el alma durante un segundo. —Es comprensible.

Me aclaro la garganta de nuevo. —¿Tienen alguna idea de por qué lo hizo? ¿Por qué se suicidó? ¿O qué pretendía hacer con el cuchillo?

El detective niega con la cabeza. —Por ahora no sabemos gran cosa. Sin embargo, su declaración ha sido de ayuda.

Pienso en Winston y en la mentira que le solté anoche. —¿Debería rectificar mi informe con los de seguridad? ¿Contarles lo que recuerdo que me dijo la mujer?

El detective niega con una sonrisa. —No tiene importancia. Aquella fue su declaración en ese instante. La gente recuerda cosas después de los hechos constantemente. El informe de un equipo interno de seguridad no me importa demasiado. —Su sonrisa se convierte rápidamente en su impasible expresión natural—. Pero sí que tengo una pregunta para usted —dice, inclinándose hacia delante en la silla.

Si antes me sentía intimidada, el lenguaje corporal del detective me pone ahora los pelos de punta.

—¿Qué tal es la bodega de aquí al lado? —pregunta, suavizando el rostro—. He oído que tienen vinos caros.

Sonrío. —La verdad es que aún no la he probado. Tenemos previsto ir esta noche.

Él asiente y sonríe. —Gracias de nuevo por hablar conmigo esta mañana, señora Parker. La dejo tranquila. Le agradezco su tiempo.

—No hay de qué —respondo. Pensar en lo enferma que parecía la mujer me hace cuestionarme cómo llegó a ese estado—. ¿Podrá compartir algo de lo que averigüen? Era una mujer muy joven. Es una verdadera lástima.

El detective aprieta los labios. —Entiendo que quiera cerrar el capítulo o comprender qué sucedió, pero es probable que no pueda decirle nada. No sabemos por qué lo hizo. —Se levanta de la silla y guarda la libreta en el bolsillo interior de su chaqueta—. ¿Hay algo más que quiera compartir, señora Parker?

Miro al detective, confundida por un momento. Sí que lo hay. He estado dándole vueltas desde que lo oí. Casi le cuento lo de la voz de aquel hombre que escuché anoche. Pero pienso en Winston y en mi marido, que dijeron no haber oído nada.

Pienso en mi madre y en los sonidos que oía ella y que nadie más podía escuchar.

Decido hacer mi propia pregunta en su lugar. —Soy nueva en esta isla. ¿Suelen tener muchos problemas por aquí?

Él niega con la cabeza. —Es la primera vez que vengo. Ni siquiera sabía que esta isla existía hasta que recibí el expediente del caso.

# CAPÍTULO 12

No tardo mucho en guardar la ropa de las maletas. He terminado en menos de una hora. Sin nada más que hacer durante el día, preparo el desayuno con los víveres que nos ha proporcionado la empresa y me conformo con ver la televisión vespertina durante unas horas.

Me arrepiento casi de inmediato. Soy fan de las historias de misterio y suspense, y había oído que los culebrones podían dar a los aficionados al género lo que buscaban. Admito que me he enganchado tarde a la trama del programa de tarde. No tengo ni idea de quién odia a quién, ni de quién ha salido con quién, ni de quién se ha acostado en secreto con quién. Pese a los extraños primeros planos de las bellas actrices y los apuestos actores, la historia no logra atraparme.

La serie se llama *Esposas celosas*. Un título interesante, pero carece de cualquier cosa con sustancia que mantenga mi atención.

Pasado un tiempo, me propongo vivir una aventura por el recinto. Este es mi nuevo hogar y, como mencionó David, tenía mucho que ofrecer.

Anoche probablemente no fue el mejor momento para echar un vistazo a mi nuevo barrio, como lo llamó el detective. Una playa privada suena muy tentadora para ir a verla.

Salgo por la puerta principal y un hombre mayor está barriendo algo de basura en la acera cercana. Lleva una camisa azul

metida por dentro de unos pantalones azul marino. En la espalda de su camisa se lee en letras negras en negrita «Mantenimiento». Me mira y sonríe, saludándome con la mano.

—Buenos días, Sra. Parker —dice.

Sorprendida, le devuelvo el saludo. Llevo aquí menos de veinticuatro horas y el personal ya sabe mi nombre. —Buenos días. Siento no haberte conocido todavía. —Me acerco a él y le tiendo la mano.

El anciano se pasa la escoba a la otra mano y me estrecha la mía. —Un placer conocerla. Soy Charles. Trabajo en el equipo de mantenimiento de aquí.

Sonrío. —Encantada de conocerte también. Tengo que preguntarte, ¿cómo sabías quién soy?

Él sonríe de oreja a oreja. —Winston pasó una circular con el nombre de usted y de su marido y una foto de cada uno. No mucha gente trabaja y vive aquí, así que las noticias vuelan. Por cierto, no sé si Winston se lo habrá mencionado, pero si necesita que limpien algo en su casa, solo tiene que marcar el 3 para mantenimiento en el teléfono de su domicilio.

Me río. —No tenía ni idea de que tuviéramos un teléfono fijo. Es bueno saberlo. Debería llamar a mis padres para decirles que ya estoy instalada aquí. —Aunque quizá omita la parte en la que una mujer se lanzó al vacío en mi primera noche.

Él sonríe. —Bueno, es solo un teléfono de uso interno. Cuando marca el cero, contacta con seguridad.

—Ya veo —digo, mirando a mi alrededor.

—Si va a alguna parte, puede marcar el cero y los de seguridad pueden llevarla, si lo necesita. Bromeo sobre lo pequeña que parece esta isla, pero se puede tardar un rato en recorrerla.

—Tenía planeado ir a ver la playa.

Él asiente y mira hacia el cielo brillante. —Eso es por lo menos media hora a pie y hoy hace un calor de justicia.

—Gracias, Charles. Pero me apetece caminar un poco.

Él sonríe y volvemos a estrecharnos la mano. —Que tenga un día maravilloso, Sra. Parker.

—Lily —le digo—. Encantada de conocerte, Charles.

Sigo caminando por la manzana. Mi nueva casa ya me parece menos intimidante. El cielo luminoso revela las hermosas casas que me rodean. No puedo creer que me toque vivir en la villa que compartimos David y yo.

Lo que pasó anoche con Stacy fue terrible. Y aunque hago todo lo posible por quitarme de encima los terribles recordatorios de que podría haber muerto a manos de una desconocida enferma, intento ser más positiva.

Me recuerdo a mí misma lo que me decía mi investigación sobre las enfermedades mentales. Las personas con un diagnóstico de salud mental son más propensas a hacerse daño a sí mismas que a los demás. Ciertamente, ese fue el caso de Stacy Reemins.

Un guardia de seguridad que maneja un montacargas se dirige hacia mí. En el montacargas hay dos barriles azules. La palabra «Residuos» está escrita en letras negrita en la parte delantera.

No soy una gran cinéfila, pero hace mucho tiempo vi una película llamada *El club de la lucha* con Brad Pitt. Recuerdo lo asqueada que me sentí cuando me enteré de que su personaje fabricaba jabón con grasa humana derretida que recogían de las liposucciones de los pacientes. Estoy segura de que el personaje de Brad Pitt se lo pasaría en grande con lo que haya dentro de los barriles azules.

El guardia que conduce el montacargas me saluda con la mano. —Buenos días, Sra. Parker.

—Hola —digo rápidamente mientras pasa de largo. Empiezo a sentirme como una estrella de cine, ya que parece que todo el mundo sabe quién soy.

En ese momento la veo. Cordelia lleva auriculares y va vestida con ropa de deporte ajustada. Lleva gafas de sol oscuras mientras corre hacia mí. Por costumbre, levanto la mano para saludarla cuando se acerca. Ella no responde y, en lugar de eso, pasa de largo a mi lado.

Uf. Lo que más odio en este mundo es que finjan que no existo. Es tan desesperante como aquel hombre con el que trabajaba en la oficina al que todo el mundo detestaba.

Supongo que pasaré el resto de mi tiempo en la isla saliendo con Charles en lugar de hacer amistades con una mujer como Cordelia. Presiento que en mi futuro habrá más televisión de tarde y viajes solitarios a la playa.

Me doy la vuelta y la miro. Al pasar por delante de Charles, ella le saluda con la mano y él le desea un día maravilloso.

Eso me irrita todavía más. Al parecer, soy invisible para ella, pero puede ver a todos los demás.

En ese momento, tomo una decisión sobre ella... Cordelia no me cae nada bien.

Me recuerdo a mí misma que podría haber razones por las que no me devolvió el saludo. Tal vez estaba concentrada mientras corría y no me vio, a pesar de que tuvo que rodearme ligeramente.

Uf. Realmente odio a Cordelia.

Al poco tiempo, estoy cerca de la clínica. La razón por la que David y yo nos mudamos a esta isla para empezar. En algún lugar del interior, mi marido está haciendo lo que más le gusta en este mundo. Por fin puede ser cirujano.

Pienso en entrar a visitarle al trabajo. Sin embargo, es su primer día y estoy segura de que lo último que quiere es que su aburrida esposa entre a molestarle. Ya habrá tiempo para visitas al trabajo o citas para comer, pero hoy no es el día.

Mientras continúo con mi paseo, veo los adosados de los pacientes al otro lado del recinto. Algo de lo que me estoy dando cuenta es de lo mucho que los pacientes de esta clínica aprecian su privacidad.

Casi espero que aparezca Winston en su Escalade para decirme que esta zona está cortada. Veo a otro miembro de seguridad que patrulla la calle, pero me saluda por mi nombre y sigue caminando de largo.

Al acercarme a los adosados, un grupo de personas está sentado fuera, en una mesa. Es una pareja de ancianos y una mujer que parece rondar los cincuenta años.

Cuando me acerco a ellos, la mujer más joven me sonríe. Mientras que Cordelia se ve bien para su edad, esta mujer es

fácilmente identificable como alguien de cincuenta años. Su piel parece curtida y lleva pestañas postizas largas.

—Buenos días, querida —dice. Enciende un cigarrillo y se lo lleva a los labios con ligereza.

Es la primera persona que no me ha saludado por mi nombre. Sonrío y la saludo a ella y a los demás.

—¿Eres una paciente nueva? —pregunta la mujer.

Niego con la cabeza. —En cierto modo, vivo aquí ahora. —Me acerco a ella y le tiendo la mano—. Lily Parker.

La pareja de ancianos me mira ahora. Ambos parecen rondar los setenta años. El anciano está almorzando y su mujer le ayuda a comer.

—La mujer del médico —dice la anciana—. Acabamos de vernos con el Dr. Parker hoy, ¿verdad, Ernest? —Le da un golpecito en la mano a su marido sobre la mesa.

El anciano llamado Ernest sonríe y asiente hacia mí. —Sí. Parece un buen médico.

—Roguemos todos para que lo sea —dice la mujer de cincuenta años con una carcajada—. Su marido también va a ser mi cirujano. Soy Selene —dice, tendiendo la mano—. Selene Ashford. —Mira hacia atrás, a la pareja de ancianos—. Ellos son Ernest y Nancy Davenport. Una pareja maravillosa. Llevan casados más de cuarenta años. Creo que yo no he estado con un hombre más de cuarenta días. —Vuelve a soltar una carcajada y expulsa una columna de humo. Cuando se da cuenta de que va hacia el anciano, pide disculpas.

—No pasa nada, Selene —dice Nancy—. Ya hemos terminado aquí y vamos a descansar un poco.

—Encantado de conocerla, Sra. Parker —me dice Ernest. Se levanta de la silla lentamente, casi perdiendo el equilibrio hasta que su mujer le ayuda. Los dos entran en su adosado.

—¿Puedes creer que ese hombre también se va a hacer un estiramiento facial? —se ríe Selene, viendo a la pareja de ancianos entrar en su casa—. Quiero decir, ¿en qué momento dejas que la edad haga su trabajo?

Me río. —¿A qué has venido tú? —pregunto. Selene se vuelve hacia mí e inmediatamente me arrepiento de mi pregunta. No sé ni por qué la he hecho.

La cirugía plástica es un asunto privado. ¿Por qué si no viajarían los ricos y poderosos a una isla en medio de la nada para hacérsela?

—Perdona —digo—. Ha sido una grosería por mi parte preguntar eso.

—Oh, no me importa, querida —se ríe ella—. Oficialmente, supongo que a una rinoplastia.

Hago todo lo posible por no mirarle fijamente la nariz pero, por los breves vistazos que consigo dar y la impresión general, su nariz parece de un tamaño normal. Las cosas que hacen los ricos.

—¿Cuándo es tu operación? —pregunto.

—Tu marido me abrirá pronto. Está por determinar, me han dicho —dice con una sonrisa—. Ernest se opera mañana. —Señala otro adosado—. Dentro de esa casa está Neil Raymond. Acaba de operarse con el Dr. Keenan y está en recuperación. Unos días más y se marchará. El hombre que vive en ese adosado vale cientos de millones. Es un magnate del petróleo del oeste. —Expulsa humo y hace un chasquido con la lengua—. Ernest Davenport también vale más de cien millones. Ha sido agradable conectar con gente tan adinerada.

Por su comportamiento, me doy cuenta de que Selene Ashford tiene dinero. —¿Y tú? ¿Eres dueña de algún negocio o algo así?

—Soy la directora general de una empresa farmacéutica —dice, expulsando humo—. ¿Y tú, Lily? Antes de venir a la isla, ¿a qué te dedicabas?

Me siento inferior de inmediato ante los nombres y la riqueza de la gente que vive en los adosados. —Solo era una empleada de oficina antes de que David y yo viniéramos aquí.

—Una buena mejora, ¿verdad, querida?

Asiento. —Ciertamente este lugar es precioso. Estaba a punto de ir a ver la playa privada.

—Es bonita —confirma—. Debo decir que nosotros, los pacientes quiero decir, estamos muy contentos de que tu marido

esté por fin aquí. He tenido que reprogramar mis operaciones otra vez. —Se ríe—. No estoy segura de que Ernest hubiera llegado a su fecha de operación si hubiera esperado más. Se suponía que me operaría el hijo del Dr. Keenan. Se llamaba Bryce. Luego lo dejó y me quedé sin cirujano. Fue de lo más desesperante. Todos nos pusimos muy contentos cuando el Dr. Parker vino aquí.

—¿El hijo del Dr. Keenan trabajaba en la isla como cirujano? —pregunto.

Selene asiente. —Durante un tiempo. Will Keenan incluso se jubiló. Cuando su hijo lo dejó, volvió para arreglar las cosas. Yo quería de verdad que Will Keenan me operara. De hecho, tenía muchas ganas, pero me dijeron que no podía y que el nuevo cirujano vendría pronto a la isla, y bueno, aquí estás.

«Aquí estoy», pienso.

Un sonido familiar procede de los pantalones de Selene. Me sorprende ver un teléfono móvil.

—Pensé que los teléfonos estaban prohibidos aquí —digo.

Selene expulsa humo y sonríe. —Para el personal. Los pacientes pagan suficiente dinero como para hacer lo que les plazca... Ha sido un placer charlar contigo, Lily. No te pierdas. Si buscas compañía, me encantaría tenerla. Ernest y Nancy no son muy emocionantes para conversar —dice en broma.

—Eso suena bien. Gracias. —Intercambiamos una sonrisa, luego ella mira detrás de mí, entornando los ojos.

—Bueno, hablando del rey de Roma —dice—. Si no es el mismísimo buen doctor.

Cuando me doy la vuelta, veo a David subiendo por el camino con una amplia sonrisa en el rostro.

# CAPÍTULO 13

—¿Qué haces tú por aquí? —dice David con una sonrisa.

—Ah, sí —dice Selene con voz inexpresiva—. Las palabras que a cualquier esposa le encanta oír de su hombre. ¿Por qué estás aquí?

David se ríe mientras Selene expulsa más humo de su cigarrillo. De inmediato, su rostro se ensombrece. —Hablamos de eso, Selene, ¿no es así?

Selene me mira, poco divertida. —¿Tu marido es siempre así de exigente? —me río y le confirmo que no lo es. Selene inclina la cabeza y da una última calada a su cigarrillo—. Está bien. Está bien. Lo que el médico prescriba. —Lo tira al suelo y aplasta la colilla encendida con sus zapatos de diseño.

—Te juntas con gente problemática —me dice David en tono juguetón.

—En absoluto —dice Selene—. Tu preciosa mujer me estaba haciendo compañía.

—Iba a echar un vistazo a la playa.

David consulta su reloj. —Sin embargo, el Dr. Keenan quería cenar temprano. ¿Te parece bien? Si es así, quizá sea mejor dejar la visita a la playa para luego.

Nada de eso era una pregunta ni estaba abierto a alternativas: tenemos que asistir a una cena temprana, así que vuelve a casa y prepárate.

—Suena bien —digo.

Selene hace una mueca. —El chuletón de allí es una delicia —dice, llevándose un dedo al labio.

David mira la mesa y los sándwiches rellenos de embutido y aceitunas. —Me vas a matar, Selene.

—¿Qué? —dice ella con picardía.

—Hablamos sobre tu ingesta de sodio.

Selene pone los ojos en blanco. —No tienes ninguna gracia, doctor.

David sonríe y se vuelve hacia mí. —Quería pasar a ver a un paciente un momento y puedo volver contigo a pie.

—Te refieres a Ernest —digo.

Él me devuelve la sonrisa. —Ya conoces a todo el mundo en la isla. No has tardado mucho.

Selene me pasa el brazo por el hombro. —Deja que pase un poco más de tiempo conmigo y se sabrá también todos los cotilleos.

David la señala con el dedo. —Eres un peligro. —Se marcha y llama a la puerta de la pareja de ancianos.

Mientras espero a mi marido, Selene y yo seguimos hablando y conociéndonos. Me entero de todo sobre su sobrina, que vive en Nueva York y trabaja para una agencia de modelos. Selene afirma que soy tan guapa como ella y dice que puede darme la tarjeta de su agente si me interesa. No estoy segura de si lo dice en serio o no, pero le agradezco el cumplido. No obstante, rechazo la oferta.

Me sorprende lo fácil que es hablar con Selene. Había dado por hecho que las mujeres ricas que se han labrado su propio camino eran todas unas estiradas, pero no es su caso. Su sentido del humor también es encantador.

Para cuando David vuelve a acercarse a nosotras, casi me entristece que la conversación vaya a terminar.

—Debo robar a mi esposa ahora —dice. Me tiende la mano y yo la cojo.

—Ha sido un placer conocerte, Selene —le digo. Lo digo de corazón. Me preocupaba que todas las mujeres de la isla fueran como Cordelia. Selene me da esperanzas.

—Cuídate, querida. —Se despide con la mano.

David y yo caminamos por la acera hacia la clínica. Él está inusualmente callado.

—¿Todo bien? —pregunto—. ¿Cómo va el primer día?

De repente, una amplia sonrisa aparece en su rostro. —Estoy en el séptimo cielo. Este lugar es todo lo que había soñado. —Suelta una carcajada—. No me lo puedo creer. He tenido algunas consultas. Tengo mi primera cirugía programada para mañana. La de Selene también será pronto. El Dr. Keenan está muy impresionado con cómo me estoy desenvolviendo. Se suponía que hoy sería un día corto. No quería darme demasiado trabajo, pero soy yo quien le pide más. Tengo algunas consultas telefónicas más tarde con nuevos pacientes. El día no podría ir mejor.

Dejo de caminar y le doy un fuerte abrazo. —Sabía que lo harías bien. —Él mira a su alrededor antes de darme un beso rápido. Supongo que, con posibles pacientes por aquí, puede que empiece a ser más cauteloso con las muestras de afecto en público.

David me cuenta más cosas sobre su día a medida que nos acercamos a la clínica. —Tengo que enseñarte esto —dice, guiándome hacia el edificio. Y yo que temía que, si lo visitaba en el trabajo, sería una molestia, y ahora me está haciendo un recorrido completo.

Me abre la puerta de cristal. David saluda a la recepcionista por su nombre y me presenta como su esposa.

Me hace un gesto para que lo siga por un pasillo. —Estas son nuestras salas de consulta —dice—. He pasado la mayor parte del día aquí.

Caminamos por un pasillo diferente. Señala una puerta cerrada. —El despacho del Dr. Keenan —me dice. Seguimos avanzando por el pasillo y sonrío al ver una foto de David en la pared.

—Conozca a su médico —dice el título sobre la foto. Al otro lado hay una foto del Dr. Keenan. Debajo de la imagen hay un cuadro con preguntas y respuestas.

Me detengo ante la pared y me tomo mi tiempo para leer algunas. —Película favorita —leo la pregunta en voz alta. Hago una mueca al decir la respuesta—. *Scarface*. —David se ríe e intenta

hacer su mejor imitación de Al Pacino en la película, fracasando estrepitosamente.

Leo otra pregunta para mis adentros. —Comida favorita. —No me sorprende que la respuesta sea espaguetis con albóndigas. Mi marido es una máquina de consumir carbohidratos. No tengo ni idea de cómo ha mantenido un peso saludable toda su vida.

David sonríe mientras me observa. —Mi despacho es el siguiente —dice. Abre la siguiente puerta del pasillo. Entro y me quedo asombrada de inmediato por lo grande y bien decorado que está. Al igual que en la entrada principal, hay muchos colores tierra claros y muchas plantas repartidas por todas partes.

—¿No es increíble? —pregunta—. No me puedo creer que sea mío. —Mira la habitación con admiración—. Y, por supuesto —dice, acercándose a su escritorio de roble y girando hacia mí un marco con una foto nuestra—, un recordatorio de por qué me esfuerzo tanto.

Me río. —Esto supera lo que me habías contado. Parece un sueño desde que llegamos.

Aunque la noche pasada fue una pesadilla. Esa parte no la digo en voz alta.

—Me queda una sala más que enseñarte —dice. Nos dirigimos por el pasillo hacia una sala con puertas dobles. David las abre y me hace un gesto entusiasta para que entre.

Lo primero que noto son las grandes lámparas en el centro de la sala. Debajo de ellas hay una camilla larga. La sala está impecablemente limpia, con paredes y suelos de un blanco radiante. La estancia tiene un aroma a desinfectante estéril. Al fondo de la sala hay varias estanterías metálicas grandes con cajas de material encima.

—Y por esto es por lo que estoy aquí —dice, mirando a su alrededor—. El quirófano. —Respira hondo. Se acerca a una mesa de operaciones vacía—. Ernest Davenport es mi primer paciente mañana.

Me acerco por detrás de él y le cojo la mano. —Lo vas a hacer muy bien.

Toma aire profundamente antes de mirarme y asentir. —Gracias. Mentiría si dijera que no estoy muerto de miedo.

—Nada que un vino caro y unos buenos chuletones no puedan solucionar esta noche —digo en tono de broma.

# CAPÍTULO 14

Winston nos lleva a la bodega y nos informa de que el Dr. Keenan y su esposa nos están esperando allí. Al salir del complejo, la gran puerta se cierra lentamente bajo la vigilancia de un guardia de seguridad. Winston lo saluda con la mano al pasar por su lado.

Es un trayecto relativamente corto hasta la bodega. Nada más salir del recinto, giramos por una amplia entrada flanqueada por viñedos a ambos lados. Observo a los trabajadores temporeros mientras recolectan uvas del campo. Algunos se detienen y saludan a nuestro vehículo al pasar.

Winston se detiene en el aparcamiento del edificio principal de la bodega. Tal como prometieron, el Dr. Keenan y Cordelia están bajo un pabellón, esperando. Will sonríe cuando Winston detiene el coche.

Mientras David sale del Escalade, el Dr. Keenan se apresura a mi lado para abrirme la puerta.

—Buenas tardes, Lily —dice con su habitual voz tranquila.

—Hola, Will —le digo, y le doy las gracias al bajar.

—Bienvenidos a la Bodega Crystal Lake —dice, señalando los campos—. He pensado en haceros una visita rápida. —Nos hace un gesto para que caminemos con él.

—¿Nos acompaña tu esposa? —pregunta David, mirando hacia atrás, a Cordelia, que está sentada en un banco con la mirada

perdida en los campos. Lleva las mismas gafas de sol oscuras que llevaba durante su carrera matutina.

—Ella ya ha hecho el recorrido muchas veces —bromea el Dr. Keenan—. Por aquí.

El Dr. Keenan hace de guía, mostrándose encantado de hacerlo mientras nos enseña el interior de la bodega. Keenan explica el tipo de vinos que elaboran en Crystal Lake y tiene preparada una pequeña muestra de degustación. Los tres los probamos todos mientras el Dr. Keenan explica las diferentes uvas y sus procesos de elaboración. He aprendido más sobre los taninos del vino en los últimos diez minutos de lo que jamás había sabido.

Veo un aseo y pido disculpas para retirarme mientras el Dr. Keenan detalla el proceso de elaboración de mi vino favorito de los que he probado hoy, el cabernet sauvignon. Dos hombres entran en la bodega, con el sudor goteando por sus cuerpos debido al sol abrasador. Un hombre con el pelo engominado hacia atrás me saluda con la cabeza. El otro, un hombre con un gran lunar en la barbilla, me recorre con la mirada de arriba abajo y silba.

Niego con la cabeza y el hombre del pelo engominado golpea al otro en el pecho. Se vuelve hacia mí y también niega con la cabeza. —Lo siento, señorita.

No digo una palabra al pasar junto a ellos, pero cuando miro atrás, el hombre del lunar en la barbilla todavía me sonríe mientras su amigo le dice algo en español.

Cuando regreso, Keenan parece haber terminado la visita. Una bolsa con varias botellas de vino está a su lado.

—Para que te las lleves a casa —dice.

—Muchas gracias —respondo con una sonrisa. Veo al menos cinco botellas de vino y me doy cuenta de que llevo varios miles en valor dentro de la bolsa.

—Nos gusta cenar fuera durante el verano —dice Keenan, haciéndonos señas para que lo sigamos.

Cordelia se nos une en el patio, donde hay varias mesas colocadas con unas vistas estelares de las aguas y los viñedos.

Antes de que ella se siente, Will se apresura detrás de su esposa para acercarle la silla. David hace lo mismo por mí. David se

sienta a mi lado, frente al Dr. Keenan. Me quedo mirando a Cordelia, quien no me da muchas señales de estar viva más allá de los pequeños movimientos que hace con la cabeza.

Un camarero se acerca y nos sirve a cada uno agua fría.

Me sorprende que Cordelia le hable. —Gracias.

Pedimos dos botellas de su cabernet, el que disfruté en la visita. Mientras el camarero toma nota de nuestro pedido, a David casi se le cae la baba pidiendo un chuletón porterhouse, al punto. Will y yo pedimos lo mismo.

Cordelia pide una ensalada César. Por alguna razón, incluso su elección del menú me irrita. Aunque estoy segura de que ha comido aquí muchas veces.

—Vaya estilo de vida que tienes aquí, Will —dice David, mirando a su alrededor y deleitándose con las vistas.

El Dr. Keenan asiente. —Me alegra poder compartirlo contigo, David. Y contigo también, Lily. —Levanta su copa—. Por ambos.

David y yo levantamos las nuestras. Por un momento, pienso que Cordelia se unirá al brindis, pero abre su bolso y saca un bálsamo labial.

—¿Y bien, qué tal te ha parecido que ha ido el primer día? —pregunta Will a David.

—De maravilla —responde rápido—. Estaba muy preocupado antes de venir, pero siento que encajo perfectamente en el papel.

Keenan se ríe. —Desde luego. —Se vuelve hacia mí—. ¿Y tú qué tal?

Respiro hondo y doy una respuesta a medias. —Es precioso este lugar.

—Perfecto —dice Keenan, dando otro sorbo a su vino.

Hago todo lo posible por guardarme lo que tengo en mente. Hace apenas unas horas, cuando conocí a Cordelia y a Will, una mujer se quitó la vida. Da la sensación de que ninguno de los tres queremos mencionarla. Todos nos esforzamos por hablar de cualquier cosa con tal de evitar ese trauma compartido.

Sé que a David le afectó. Vi cómo estaba anoche. Cordelia se fue a su habitación y no quiso salir después de la muerte.

Los tres continuamos con nuestra charla trivial mientras llegan los chuletones. De vez en cuando, solo cuando su marido la obliga a participar en la conversación, Cordelia pronuncia alguna palabra.

—¿Qué tal está tu comida, Cordelia? —pregunta Will a su esposa, intentando que hable un poco más.

—Bien —responde ella—. Como siempre.

Ante otra respuesta cortante de su mujer, veo que el Dr. Keenan empieza finalmente a perder la compostura. Sigue mirando a su esposa, haciéndole saber lo que piensa. Cordelia probablemente se da cuenta, pero no podría importarle menos mientras picotea su ensalada.

Rápidamente se me ocurre una forma de romper la tensión. Hacer preguntas.

—Dime, Will —digo, captando su atención—, ¿qué te hizo convertirte en cirujano?

Una pequeña sonrisa aparece en su rostro. —En realidad es una buena historia. —Mira a su esposa buscando su confirmación, pero ella no dice nada. Él desvía la mirada y da un sorbo de vino antes de continuar—. Nací en el seno de una familia adinerada, debo admitirlo. Sin embargo, era uno de esos adolescentes que eran un poco...

Deja las palabras en el aire hasta que su mujer termina su pensamiento. —Mimado —dice ella con su propia sonrisa.

Keenan se ríe. —No le falta razón. Siempre estuve sano y en un buen peso. No abusaba de la comida basura más de lo normal. A pesar de eso, de repente me puse muy enfermo. Mi piel se volvió amarilla. Tenía dolores constantemente... Insuficiencia hepática aguda.

—Qué horror —dice David—. No sabía nada de esto.

Keenan se ríe. —Eso es porque no te pareces a tu mujer. —Se dirige a mí—. Los cirujanos. Nos gusta creer que somos dioses y solo hablamos de nosotros mismos. —Se ríe de su propio chiste antes de seguir—. Mis padres temían que no me quedara mucho tiempo en la Tierra. Me pusieron en una lista de donantes de emergencia para un hígado nuevo. Fue un milagro. Una tragedia para otra familia y un joven que falleció, pero una última esperanza para mí. Había un

hígado nuevo disponible en la lista de donantes y fui el elegido para recibirlo. Un cirujano me salvó la vida. —Mira hacia los viñedos—. El Dr. Draymen. Nunca olvidaré su nombre. —Ladea la cabeza—. Ya ha fallecido. Después de aquello, me obsesioné con la cirugía. Me prometí que no desperdiciaría la segunda oportunidad que la vida me había dado y dediqué mi existencia a ayudar a otros, igual que hizo el Dr. Draymen.

David empieza a aplaudir. —Vaya historia. —Coge su copa de vino—. Yo solo quería ganar mucho dinero.

Cordelia estalla en carcajadas y yo me uno a ella. Incluso el Dr. Keenan sonríe.

—Me recuerdas mucho a mi hijo, David —dice Keenan, dando otro bocado a su chuletón—. Bryce.

—¿Cuánto tiempo estuvo de cirujano con usted en la clínica? —pregunto.

El Dr. Keenan bebe un poco de agua. —Solo trabajamos juntos unos años. En realidad, Bryce me relevó como cirujano jefe en la clínica. Solía vivir en la villa donde estáis ahora, pero cuando se quedó con mi puesto, se mudó a mi casa. Yo me jubilé temporalmente. Durante ese tiempo me dedicaba a dar clases a cirujanos residentes, y ahí fue donde conocí a tu marido.

—¿Por qué lo dejó? —pregunto.

Cordelia da un sorbo a su copa mientras Keenan responde. —Este estilo de vida no es para todo el mundo —dice—. Es mucho sacrificio tener que vivir en una isla. Hacemos todo lo posible para que el personal sienta que esta isla es su nuevo hogar, pero algunos no pueden soportarlo. Bryce tuvo dificultades con eso, pero más que nada, perdió la pasión por la cirugía. —Mira a David un momento antes de continuar—. Bryce quería hacer esto solo por el dinero. Pero no puedes. Las horas que trabajamos y lo que hacemos requiere algo más que una ganancia monetaria para seguir adelante.

—Antes solo bromeaba, Will —dice David—. Me encanta ser cirujano. Puedes preguntárselo a Lily. Todo lo que siempre he querido ser es lo que estoy haciendo ahora en la clínica.

El Dr. Keenan sonríe. —No cuestionaba eso. Solo espero que, a diferencia de mi hijo, puedas manejar este trabajo.

—Por supuesto —dice David—. No te fallaré.

El Dr. Keenan le señala con el dedo. —De eso se trata precisamente, David. No se trata de mí; se trata de no fallarte a ti mismo.

Cordelia se levanta de repente de su silla. —Perdonadme —dice, cogiendo su bolso y dirigiéndose al interior del edificio. Keenan la observa mientras se marcha.

—Entiendo lo que quieres decir, Will —dice David.

Miro hacia los campos, hacia algunas de las chozas de madera. — ¿Todos los trabajadores temporeros viven en esas construcciones? —pregunto.

Keenan gira la cabeza. —Sí. Aunque, de hecho, a muchos de ellos les gusta dormir al raso. Algunos montan tiendas por la noche y mantienen hogueras encendidas durante horas y horas. —El Dr. Keenan se vuelve hacia mí—. Cuéntame de ti, Lily. ¿A qué se dedicaban tus padres?

Miro hacia abajo e intento buscar una respuesta que me sienta cómoda compartiendo. Nunca me gusta la respuesta que suelo dar cuando alguien intenta indagar en mi pasado, pero la digo de todas formas.

—Fui adoptada —digo.

Keenan abre la boca. —Bueno, ¿y tus padres adoptivos?

Me sorprende que insista. La mayoría de las veces, cuando digo que soy adoptada, la conversación muere, pero con él no ocurre lo mismo. Le hablo de mi pasado con más libertad, omitiendo a mis padres biológicos. En su lugar, me centro en mi vida con Karen y Steven. Él sigue haciéndome preguntas sobre mi infancia y yo continúo respondiéndolas.

A veces, temo que me haga la pregunta que más miedo me da. ¿Qué pasó con tus padres biológicos? Por suerte, el Dr. Keenan parece lo bastante sensible como para no preguntar algo así.

A medida que hablamos más sobre mi pasado y me siento más cómoda con el nuevo jefe de mi marido, me doy cuenta de lo que está haciendo.

Es lo mismo que hago yo. Hacer preguntas. Pensaba que se me daba bien la charla casual, pero Keenan es un maestro en hacer

que no me dé cuenta de lo que trama. Miro a David, que no ha participado mucho en la conversación.

Creo que Keenan se percata y se dirige a él. —Bueno, David, ahora que ya lo sé todo sobre tu maravillosa mujer, necesito oír la fantástica historia de amor que os unió.

David se ríe. —No es gran cosa la historia, la verdad. Nos conocimos por internet. Estaba tan ocupado trabajando tantas horas que era la forma más fácil de acercarme a una mujer. Hablamos durante meses antes de que ella aceptara una cita. A partir de ahí, no tardamos mucho en enamorarnos perdidamente y casarnos.

Sonrío. —Bueno, no le falta razón. —Pongo una mueca mientras bebo mi vino—. Cuéntale sobre nuestra preciosa luna de miel, cariño.

David se ríe. —He estado tan concentrado en convertirme en cirujano que ni siquiera tuvimos la oportunidad de irnos de luna de miel de verdad.

—Mmm-jum —digo con una risa.

Keenan me mira, sorprendido. —No, no puede ser verdad. ¿Dejaste que se saliera con la suya?

Me río. —No había mucho con lo que salirse con la suya. No podíamos permitírnoslo.

—Eso es una tragedia —dice Keenan—. Bueno, cuando le quite las cadenas a David para que se tome unas vacaciones, os merecéis ir a algún sitio bonito. David, eso es una exigencia de tu trabajo a partir de ahora.

David se ríe y levanta las manos en señal de rendición. —No me obligues mucho, no. Hecho.

El Dr. Keenan empieza a hablar más de su trabajo con David, y yo empiezo a sentirme como un cero a la izquierda. Los dos comentan sus diferencias a la hora de operar. Mientras que David prefiere operar al romper el alba, a Keenan le encantaría que sus pacientes aceptaran más las cirugías nocturnas, cuando se siente más concentrado.

A medida que nuestra charla empieza a decaer, el Dr. Keenan observa la silla vacía donde estaba sentada su mujer.

—¿Crees que se ha caído por el váter? —pregunta David en broma.

Keenan mira hacia el edificio. —Quizá debería ver cómo está.

David pone una mueca. —No, no. Lily, ¿puedes ir tú al baño de mujeres a ver cómo está Cordelia?

Antes de que pueda dar una respuesta, el Dr. Keenan me da las gracias. Los dos se ponen a hablar de la cirugía que tienen planeada para mañana.

—Como no tenemos enfermera quirúrgica ahora mismo, te ayudaré yo en la operación del Sr. Davenport —dice Keenan.

No hace falta que pregunte por qué no hay enfermera. Todos los que estamos en la mesa fuimos testigos de su muerte anoche.

—Perfecto —dice David.

Me levanto de la mesa mientras los dos siguen hablando de la cirugía. Entro en la bodega.

Al acercarme al baño de mujeres, abro un poco la puerta. Veo unas piernas en una de las cabinas del baño. Estoy a punto de preguntarle a Cordelia si se encuentra bien, pero oigo los sollozos de su llanto.

# CAPÍTULO 15

Me despierto con el sonido de alguien moviéndose por el dormitorio. Cuando miro el reloj de la mesilla de noche y me doy cuenta de que son las cinco de la mañana, me pregunto qué estará tramando mi marido.

Efectivamente, cuando me incorporo en la cama, lo veo en el baño privado, mirándose fijamente al espejo. No necesito estar cerca de él para oír lo que dice o hace. Es su ritual. Ya no intento comprenderlo, pero me pregunto por qué ya está vestido y listo para empezar el día tan temprano.

¿A qué hora se habrá despertado?

—Oye —lo llamo.

Deja de mascullar para sus adentros y me mira. A diferencia de ayer, cuando tenía el rostro preocupado por lo que traería el día, hoy luce una amplia sonrisa.

—Buenos días —dice con un tono divertido.

Niego con la cabeza y le devuelvo la sonrisa. —¿Qué estás haciendo? ¿A qué hora te has levantado?

—A quien madruga, Dios le ayuda y todo eso —dice con una carcajada—. Tengo que llegar pronto al trabajo hoy.

—¿Te ha hecho ir antes Keenan?

—No —dice, ajustándose la corbata—. Es algo que quiero hacer yo.

—¿Por qué? —me río.

—He saltado de la cama a las cuatro para prepararme —dice con orgullo—. Aunque probablemente llevaría despierto desde las tres, dando vueltas. ¿Cómo iba a dormir bien? No dejo de pensar en lo que dijo el doctor Keenan ayer en la bodega.

—¿Qué dijo? —pregunto, confundida.

¿Fue algo que me perdí cuando fui a buscar a Cordelia? No le dije a David que estaba llorando. Puede que esa mujer no me caiga muy bien, pero su sesión de llanto a escondidas me hace dudar de lo que pienso de ella. ¿Por qué se retiraría de la mesa para llorar a solas en el baño?

—Tú también estabas allí —dice David con una mueca—. Al principio no lo entendí porque estaba demasiado absorto en el momento, pero luego caí en la cuenta. El doctor Keenan se jubiló de la Northwind Clinic. Se marchó de aquí en cuanto su hijo Bryce asumió el cargo de cirujano jefe. Pero, de repente, Bryce lo deja y Will ha vuelto. No quiere trabajar en esta clínica mucho más tiempo. Quiere pasarle esas responsabilidades a alguien en quien pueda confiar. Alguien que sepa que mantendrá este lugar en funcionamiento.

—A ti —digo.

Él asiente. —Exacto. Esto no es solo un trabajo de cirujano. Es una prueba. Si lo hago bien, podré estar al frente de este lugar antes de que nos demos cuenta. Quiero decir, ¿cuántos años le quedan a Keenan?

No respondo. Sé que no busca una respuesta.

—Tengo que llegar pronto a la clínica —dice—. Tengo algunas notas de pacientes para consultas que se han pospuesto durante algún tiempo debido a la marcha de Bryce y a que Keenan no daba abasto con todo. —Vuelve a mirarse al espejo antes de coger la maltrecha foto de la casa de su familia de la encimera y guardarla en la cartera.

—Me alegra que te sientas más seguro de ti mismo —digo.

—Siento como si ni siquiera estuviera aquí ahora mismo. Mi cabeza ya está en la clínica. Debo irme. —Está a punto de salir de la habitación, pero me mira—. Tengo la cabeza en las nubes. Lo siento. —Se acerca de nuevo y me besa—. Es que...

—Tienes que irte —digo, terminando su frase—. Adelante, doctor Parker. Supera tu prueba.

Se ríe mientras sale de la habitación.

Me tomo mi tiempo para salir de la cama, preguntándome qué debería hacer con mi día. Tomo una decisión ejecutiva y me vuelvo a dormir. Es demasiado temprano para pensar con claridad.

Cuando me despierto de nuevo, ya pasan de las nueve. Me doy cuenta de que voy a tener que desarrollar una rutina en el recinto para no volverme loca. Quizá salir a correr temprano y entrenar un poco en el gimnasio, seguido de una visita a la playa privada, que todavía tengo pendiente.

Oigo que suena el teléfono. Inmediatamente me preocupa que sea David intentando localizarme. Bajo corriendo las escaleras, pero en cuanto me acerco, el teléfono deja de sonar. Suelto un juramento para mis adentros, preguntándome quién habrá sido. Por suerte, vuelve a sonar.

—¿Diga? —respondo.

—¿Eres Lily? —dice una voz familiar.

—La misma. ¿Selene?

Ella se ríe. —Buenos días, querida. Me preguntaba si te apetecería jugar un partidito de bádminton hoy. ¿Estás libre después del mediodía?

Miro a mi alrededor, a mi hermosa y vacía villa. —Estoy disponible.

Estoy más que disponible. Estoy tan aburrida que me quedo durmiendo hasta tarde. Probablemente podría haber seguido durmiendo si Selene no hubiera llamado.

—Perfecto, querida —dice—. Nos vemos en las pistas.

—Hasta pronto.

Terminamos la conversación y decido que por fin ha llegado el momento de empezar a prepararme para el día. También tomo otra decisión: no puedo quedarme más tiempo dentro de esta casa hoy sin volverme loca.

Uno pensaría que se lo pasaría en grande sin trabajar y viviendo en una villa preciosa frente a un lago. Supongo que soy

especial. Creo que el día que me jubile, perderé la cabeza por completo.

Subo de nuevo, preguntándome cómo se las habrá apañado Selene Ashford para contactar conmigo. Charles, el de mantenimiento, me dijo que podía marcar el cero para solicitar transporte o hablar con seguridad. Creo que el número de Charles era el tres o algo así. Debe de haber más números para localizar a los demás. Tendré que preguntarle a Selene más tarde.

Al pasar por delante del tocador del dormitorio, recojo mis pendientes largos, los que llevé anoche a la bodega. Uno de ellos se me escapa de la mano y cae sobre la alfombra. Vuelvo a maldecir entre dientes y me agacho con torpeza para recogerlo.

Cuando lo hago, veo algo que no esperaba. Parece una foto. Por un momento, me preocupa que mi marido, con las prisas por llegar a la clínica, haya extraviado la foto de la casa de su familia. Me doy cuenta de que me equivoco cuando veo la imagen de una mujer guapa sonriendo.

Es una mujer a la que reconozco de inmediato. Sonriéndome, en una foto que alguien le hizo en la misma bodega en la que estuve yo ayer mismo por la noche, está Stacy Reemins. En la imagen, lleva el mismo vestido blanco que vestía la noche en que se quitó la vida.

# CAPÍTULO 16

Me preparo para empezar el día, cogiendo de vez en cuando la foto que encontré de Stacy. No puedo dejar de dar vueltas al hecho de haberla encontrado debajo del tocador. ¿Por qué había una foto de esa joven en mi casa?

Por lo que tengo entendido, Bryce Keenan vivió en este chalé en algún momento. Cuando su padre se jubiló de la clínica, Bryce se mudó a la casa más grande donde vivía su progenitor. Después de que su hijo lo dejara, Keenan volvió a mudarse aquí.

¿Ha estado esta foto de Stacy en esta casa desde que Bryce se marchó? ¿Habían salido juntos?

Sé con certeza que la casa de Stacy está más abajo en la misma manzana, pero ¿vivió ella en la casa en la que estoy yo ahora en algún momento?

Lo que más me atormenta es la foto en sí. Stacy está sonriendo. Feliz. No se parece en nada al cascarón de ser humano que conocí en el balcón. Stacy se ve tan llena de vida... Viendo cómo sale en esta foto, uno nunca imaginaría su trágico final.

Después de que se suicidase, mi mente me jugó malas pasadas, haciendo que viera el rostro de mi propia madre en la mujer muerta cuando intentaba recordar qué aspecto tenía. Eso es imposible ahora que la verdadera Stacy me devuelve la mirada.

Sigo sin asimilar lo feliz que parece. ¿Quién hizo la foto? Los viñedos la rodean mientras ella posa en el centro con una amplia

sonrisa. El mismo restaurante donde cené anoche.

Me aseguraré de enseñársela a David en cuanto llegue a casa. Una parte de mí piensa en llamarlo al trabajo, pero me doy cuenta de que sería una mala idea tras recordar lo entusiasmado que estaba antes de salir de casa.

Tiene mucho en la cabeza. Su primera cirugía en la clínica con Ernest Davenport es hoy. Probablemente tenga consultas programadas para futuras operaciones. Además, se le ha metido en la cabeza que pronto dirigirá todo el complejo.

No espero que vuelva pronto hoy. De hecho, estoy segura de que se le hará tarde, por muy frustrante que eso me resulte.

Por un momento, incluso considero llamar a la policía de nuevo. Me doy cuenta de que el otro día, cuando el detective Andrews vino de visita, no llegué a pedirle su tarjeta. No puedo creer que no se me ocurriera. Empiezo a darme cuenta de que le estoy dando demasiadas vueltas a todo.

Que yo haya encontrado una foto de Stacy Reemins probablemente no sea una pista crucial sobre por qué se quitó la vida o qué planeaba hacer aquella noche en el balcón. ¿Qué me diría el detective Andrews si le informara?

¿Le importaría siquiera a la policía? Una mujer se ha suicidado. ¿Para qué alargar una investigación policial sobre los motivos? Se mató ella misma. Caso cerrado. Siguiente delito, por favor.

Preparo una bolsa de lona pequeña y me pongo un biquini, echándome encima un jersey ligero y unos pantalones cortos vaqueros sobre el traje de baño. Quizá un chapuzón matinal me despeje la cabeza.

Es normal estar algo más que disgustada e inquieta después de que una mujer se mate delante de ti. David tiene su trabajo para mantenerse ocupado y no pensar en ella. ¿Qué tengo yo? Una abundancia de tiempo libre.

Al menos tengo una cita para jugar al bádminton con mi nueva mejor amiga de la isla, Selene Ashford. Es algo que me hace ilusión. Aunque, dentro de poco, David la operará y, una vez recuperada, se marchará.

¿Qué será lo siguiente? Supongo que puedo intentar charlar con los nuevos pacientes si van rotando por la isla. Quizá algún día Cordelia y yo podamos intercambiar algo más que un par de palabras.

Pienso en ella llorando en el baño y me pregunto de nuevo en qué situación me metí. Por suerte, no se dio cuenta de mi presencia cuando me marché en silencio y regresé a la mesa.

Mientras David solo ve oportunidades para él en esta isla, yo no hago más que acumular preguntas.

Salgo de casa y enseguida me saluda el hombre de mantenimiento, Charles. —Buenos días, Lily —exclama. Hoy lleva un carrito de golf y está podando unos arbustos en mi propiedad.

—Buenos días, Charles —le digo—. Muchas gracias por ayudarme con el jardín.

Él sonríe. —Bueno, es mi trabajo, pero gracias.

Aquí estoy yo, con tiempo de sobra, y no soy capaz de ocuparme de mi propio jardín ni de decorar mi propia casa. Quizá debería empezar a hacerlo. Para tener algún propósito en esta isla antes de que me vuelva loca.

—¿Va otra vez a la playa? —pregunta, señalando mi bolsa con la cabeza.

—En realidad es la primera vez que voy hoy. La otra vez no llegué a ir.

Miro hacia arriba y veo que una cámara situada en un poste alto se está moviendo. Vi la cámara en casa del doctor Keenan, pero no me había fijado en esta que hay fuera de la mía. Esta cámara no está tan cerca de mi puerta principal como la de Keenan. La cámara deja de moverse y nos mira a Charles y a mí.

Charles se ríe. —Uno se acaba acostumbrando —dice—. El Gran Hermano siempre está vigilando. —Vuelve a reír—. Winston se toma su trabajo demasiado en serio a veces, pero nos mantiene a salvo.

—Ya —respondo. La cámara se aleja de nosotros, girando ciento ochenta grados, y caigo en la cuenta de que he olvidado algo importante para mi excursión a la playa—. Ah, se me ha olvidado la toalla.

—Puede coger una en la playa —dice Charles. Coloca el cortasetos en el carrito de golf—. Oiga, ¿qué le parece si la llevo a la playa y se la enseño? Me sorprende que no le hayan hecho una visita guiada en condiciones.

Pienso que el hecho de que una mujer saltara hacia su muerte arruinó nuestra bienvenida, pero no lo digo. —Gracias.

Me hace un gesto para que lo acompañe en el carrito de golf y me siento a su lado. —Cinturones de seguridad —bromea mientras empieza a conducir por la carretera.

La verdad es que me sorprende la velocidad que puede alcanzar el carrito. —Esto corre que se las pela —digo.

Charles sonríe, revelando todas las arrugas de su curtido rostro. —Algún día me jubilaré con un Mercedes, pero este carrito servirá por ahora. —Se ríe a carcajadas de su propio chiste mientras yo me agarro como puedo. Un guardia nos saluda con la mano y sonríe al pasar. —¡Eh, Johnny! —exclama Charles mientras pasamos zumbando. El guardia sacude la cabeza y sonríe.

Cuando Charles me ofreció llevarme a la playa, supuse que podría haber ido caminando a la misma velocidad que el carrito de golf, pero no tardamos nada en llegar.

—No es una playa muy grande —dice Charles—, pero el agua está bastante tranquila y las puestas de sol son de primera categoría.

Antes de bajarme, pienso en la foto. —¿Conocía usted bien a Bryce Keenan?

Él niega con la cabeza. —No era tan hablador como usted y su marido. No debería decir esto, pero no me caía muy bien. Yo siempre le saludaba y él nunca me devolvía el saludo. Usted y su marido son muy diferentes.

Sonrío ante nuestra frustración compartida por la gente que no saluda como es debido. —¿Y qué hay de Stacy?

Charles asiente. —No demasiado bien. Ella era mucho más agradable. Aunque no hablamos mucho. Aun así, es muy triste lo que le pasó.

Miro hacia la playa privada, admirando su belleza. Me bajo del carrito y me sorprende que Charles haga lo mismo.

—Le enseñaré el interior de la caseta de la playa, como yo la llamo. Es solo un edificio pequeño donde guardamos todo. —Me hace señas para que lo siga mientras camina por la arena.

Contemplo las vistas mientras lo sigo hacia la pequeña construcción. No debería sorprenderme que la playa esté casi vacía dado el número de personas que viven en el complejo, pero lo que sí me sorprende es ver a Cordelia tumbada en una hamaca cerca del agua. Tiene un libro en la mano y una botella de vino en la mesa de al lado.

Gira un poco la cabeza, me ve y vuelve a fijar la vista en su libro. Por supuesto, no me dice nada. Pienso en irme, pero si lo hago, siento que ella gana la guerra inexistente que tengo con ella en mi cabeza. Si me vuelvo, sabrá que ha sido por ella. Estoy segura de que le encantaría pensarlo.

Tengo que coexistir con esta mujer de alguna manera.

Charles abre la puerta del edificio. Antes de entrar, mira hacia atrás y señala el pequeño muelle. Amarradas a él hay dos motos de agua. —Las llaves están dentro de una caja de seguridad en la caseta —dice—. Venga, que se la enseño.

Al entrar, echo un vistazo a la pequeña habitación.

Charles empieza a señalar diferentes actividades. —En los estantes hay toallas limpias. Puede echar las mojadas en ese cesto de ahí. Aquí tiene unas cuantas tablas de pádel surf. ¿Lo ha probado alguna vez?

—No —admito—. No nado muy bien. ¿Hay chalecos salvavidas?

Charles mira a su alrededor. —Creía que teníamos algunos. Creo que le daré un toque a seguridad sobre eso. —Mira una caja abierta con dos llaves colgadas dentro. Niega con la cabeza—. Siempre noto cuándo no está trabajando Winston. Su equipo es bastante bueno cerrando esta caja. Normalmente hay que llamar a seguridad para pedirles que la abran. —Señala un teléfono cercano en la sala—. Quizá haya que hacer lo mismo para los chalecos salvavidas hoy en día.

Cierra la caja y esta queda bloqueada. —Si usa las motos de agua —dice, señalando con su dedo frágil al aire—, tal vez le

convenga usar bolsas estancas para guardar sus cosas. Están en la parte trasera de las motos.

—¿Bolsa estanca?

—Sí —dice con una sonrisa—. Para que no se le mojen sus pertenencias. —Se ríe—. Aún recuerdo cuando uno de los chicos de Winston sacó una moto de agua en su descanso. El chaval salió y no se quitó el cinturón de seguridad antes de arrancar. Perdió las llaves durante el trayecto y estropeó su radio al caerse al agua... Sí, no duró mucho aquí. —Vuelve a reír—. Bueno, eso es todo lo que puedo enseñarle. ¿Necesita algo más?

Por un momento, considero pedirle que simplemente me lleve de vuelta a casa. A cualquiera le encantaría estar en una playa privada, pero compartirla con una mujer como Cordelia me está quitando rápidamente las ganas de vivir la fantasía.

—No —digo finalmente—. Gracias de nuevo, Charles.

El viejo encargado de mantenimiento sale arrastrando los pies del pequeño edificio. Me recuerda que llame a seguridad para que me lleven de vuelta a casa. Le doy las gracias de nuevo mientras sube a su carrito. Sale disparado por la carretera de inmediato, y no puedo evitar reír por lo rápido que puede ir el anciano en ese trasto.

Vuelvo a mirar la playa y respiro hondo. Camino por la arena caliente y me acomodo en una hamaca a dos puestos de Cordelia. Ella me lanza una mirada mientras me quito el jersey y los vaqueros, extendiendo mi toalla sobre la silla.

No le digo ni una palabra. Hago todo lo posible por fingir que no está allí.

Cuando me tumbo en la hamaca, cierro los ojos y me dejo envolver por el calor del sol. Coexistir con Cordelia no es tan malo después de todo.

# CAPÍTULO 17

—Ten piedad de una jovencita —grita Selene al fallar el tiro al volante. Suelta la raqueta e intenta recuperar el aliento.

Para ser la primera vez que juego al bádminton, siento que lo estoy haciendo bastante bien, o quizá es que Selene no se está esforzando mucho.

Cuando empezamos, me estaba machacando. Estuve a punto de dejarlo, pero a medida que seguimos jugando, estoy segura de que Selene vio lo mal que se me daba y empezó a tener compasión de mí.

Me pregunto qué clase de profesora sería una mujer como Selene Ashford. Una mujer que vale millones y es la directora general de una empresa me está enseñando bádminton. Me preocupaba que fuera dominante o borde al respecto, pero ha sido muy fácil aprender de ella. Una mujer que sabe dar apoyo.

Como parece estar completamente sin aliento, me doy cuenta de que yo también debería mostrar algo de amabilidad.

—¿Descanso para beber agua? —le pregunto, y ella asiente lentamente con las manos aún en los costados.

Nos sentamos en un banco fuera de la pista y bebemos de nuestras botellas.

—Estoy fatal de forma —consigue decir Selene entre respiraciones profundas—. Esto es terrible. —Me mira—. Uf, tú

apenas has sudado. —Se ríe—. Yo era igual que tú cuando era más joven.

—Hablas como si fueras una anciana —me río. Esa es otra cosa que disfruto de estar con Selene: sus continuos cumplidos. Hemos estado hablando más sobre su vida y su sobrina. Al parecer, no tienen la mejor relación en este momento. Selene planea mejorar las cosas con ella cuando se marche de la isla.

—Ya lo verás algún día —dice Selene—. Un día eres joven. Parpadeas y estás cansada todo el tiempo y simplemente... arrugada.

Vuelvo a reír. —Eres una mujer espléndida, Selene, y lo sabes.

Ella esboza una sonrisa contenida. —Bueno, mentiría si dijera que me cuido bien. Pregúntale a tu marido —dice riendo—. «¡Señorita Ashford, nada de fumar!», dice imitando la voz de mi marido. «Nada de sodio. Nada de hidratos. Nada de diversión». Sacude la cabeza.

—Sí, se preocupa mucho por sus pacientes —digo.

—Vaya si lo hace. Te bromeo, pero ha sido el cirujano perfecto.

Doy otro sorbo a mi botella mientras Selene recupera un poco más el aliento. No puedo evitar pensar en Stacy Reemins y Bryce Keenan.

—¿Qué tal te llevabas con tu anterior cirujano, Bryce? —pregunto.

Selene niega con la cabeza. —Era como un robot. Un cirujano joven, como tu marido, pero sin pizca de personalidad. Me molestó mucho tener que esperar a que tu marido llegara a la isla. Le supliqué al Dr. Keenan que me operara él, pero dijo que no podía. Me alegro de no haber montado un escándalo por ello. Tu marido tiene mucha seguridad en sí mismo. Bryce Keenan, no sé, no me impresionó mucho.

—¿Conocías bien a la enfermera? Se llamaba Stacy...

—Reemins —responde Selene—. Quería sacarte el tema, pero me preocupaba alterarte. Tengo entendido que viste lo que pasó, ¿es así? —Asiento y Selene frunce los labios—. Lo siento, querida, es tan trágico. A diferencia del joven Keenan, Stacy sí me impresionó.

Era una joven muy alegre. Es terrible saber lo que hizo. Te hace pensar. Nunca sabes por lo que está pasando la gente.

Esa fue la misma impresión que tuve de ella cuando miré la foto que encontré de Stacy.

—¿Puedes guardar un secreto? —le pregunto a Selene.

Selene sonríe. —A veces consigo sorprenderme a mí misma, querida. —Cuando ve que no me río, levanta las cejas—. Pero, por supuesto, lo haré por ti.

—Aquella noche en el balcón, antes de que ella... ya sabes... me habló. Me dijo que no debería haber venido aquí, a la isla. Me dijo que vendrán a por mí. —Miro a Selene, que parece preocupada por mis palabras pero no responde—. Todo el asunto es inquietante. Me trastorna. Tengo esta sensación terrible cuando pienso en ello, pero no estoy segura de qué hacer al respecto. Solo desearía saber por qué dijo esas palabras, ¿sabes?

El rostro de Selene se suaviza. —Una vez tuve una empleada, una mujer con mucho futuro que llegó a ser mando intermedio en mi empresa. Tenía una opinión inmejorable de ella. Disfrutaba tanto trabajando con ella que estaba presionando para que le dieran un gran ascenso. Era casi su mentora allí, pero no quería que resultara demasiado obvio para los demás empleados que le estaba dando un trato especial. Una mañana, me enteré de que se había suicidado. —Selene aparta la mirada de mí por un momento—. Se ahorcó. Así, sin más, se había ido. No tenía ni idea de que no estuviera bien. El día anterior estuvo trabajando conmigo en mi despacho y me dijo que no vendría a trabajar mañana y que yo era una buena jefa. También me dijo que nunca renunciara a mis principios antes de irse. Pensé que era un comentario extraño, pero no dije nada. Supuse que simplemente necesitaba un día libre, y me pareció bien. Después de enterarme de que estaba muerta, pensé en las palabras del día anterior. Me pregunté qué significarían.

—¿Y qué significaban? —pregunto.

Ella se encoge de hombros y da otro sorbo a su botella de agua. —Nunca lo supe. Llega un momento en que tienes que dejar de intentar encajar las piezas. Es desolador cuando alguien se hace eso a sí mismo. No puedes descifrar lo que quería decir alguien que

no está bien. Lo mejor es pasar página. —Se levanta del banco—. Y hablando de pasar página, se acabó el tener piedad contigo. ¿Otra ronda, querida?

Me río. —Trato hecho.

Cuando empezamos a jugar, vuelve la ferocidad que Selene mostró al principio del día. Tal como prometió, ahora me está destrozando con facilidad. Empieza a ir más despacio y yo empiezo a alcanzarla. A medida que empiezo a acumular puntos, Selene baja aún más el ritmo.

—¿Otro descanso? —le pregunto, pero ella se niega.

Golpeo el volante hacia ella y ella levanta la raqueta para golpearlo, pero de repente se le cae el brazo y se lleva la mano al pecho. Cae al suelo e inmediatamente corro hacia ella.

—¡Selene! —digo, sosteniéndola en mis brazos—. ¿Qué pasa?

Sus labios revelan el dolor por el que está pasando. —El teléfono —dice, señalando una zona cubierta al fondo de la pista—. Date prisa, querida. —Se gira sobre un costado, intentando por todos los medios ocultar su dolor mientras se tapa el pecho.

Corro rápidamente hacia el teléfono. Estoy a punto de marcar el 112 cuando me doy cuenta de que puede resultar inútil en la isla. En su lugar, pulso el cero y seguridad responde de inmediato. Les informo de la emergencia que está ocurriendo en las pistas de bádminton. Mientras esperamos, me siento con ella, intentando calmar a Selene. En pocos minutos, llega un coche negro. El Dr. Keenan baja del lado del pasajero y corre hacia ella.

Will se arrodilla a nuestro lado. —¿Qué ha pasado, Sra. Ashford?

Respondo por ella, contándole todo al Dr. Keenan. Él me da las gracias. Pone un dedo en el lado del cuello de Selene y le toma el pulso. —Todo va a salir bien, pero vamos a llevarte a la clínica, ¿de acuerdo, Selene?

Ella asiente lentamente en respuesta.

El Dr. Keenan me mira. —Gracias por llamar, Lily.

Observo cómo los de seguridad, con la ayuda del Dr. Keenan, suben a Selene a la parte trasera del coche antes de marcharse.

Vuelvo caminando a mi villa, preocupada por cómo estará Selene. Al pasar por la clínica, pienso en entrar para preguntar a David, sabiendo que ella está dentro. Sin embargo, paso de largo y me doy cuenta de que debería esperar.

El Dr. Keenan ha dicho que todo iba a salir bien.

Mientras camino por la calle, una cámara situada en lo alto de un poste junto a la calzada se mueve en mi dirección. No es de extrañar que sintiera que me vigilaban mi primera noche en el complejo. Charles dice que te acabas acostumbrando, pero ¿cómo es posible?

Al subir los escalones de mi casa y abrir la puerta, me sorprende ver a David sentado a la mesa del comedor, solo. No esperaba que volviera hasta mucho más tarde. Ni siquiera son las dos de la tarde todavía. Me pregunto si su energía se ha agotado tras despertarse tan temprano. ¿Cuánto puede salvarte la cafeína cuando estás exhausto?

—Hola —le digo, pero él no responde—. Has vuelto pronto.

Me mira un momento y vuelve a fijar la vista en la mesa. Tiene el portátil abierto.

—No debería haber pasado —dice en voz baja.

—¿Qué?

Al acercarme, veo una foto familiar frente a él sobre la mesa. Es la foto maltratada de la casa de su familia.

—¿Estás bien, David? ¿Qué ocurre?

Él niega con la cabeza. —No debería haber venido aquí.

Sus palabras me sobresaltan. Inmediatamente, pienso en Stacy Reemins y en lo que me dijo antes de suicidarse.

—¿Por qué? —digo, confundida.

Me mira fugazmente y observa su portátil. Al acercarme más, veo la foto de un hombre en la pantalla. Un hombre al que he conocido hace poco.

David vuelve a mirarme, con una lágrima rodando por su mejilla. —Yo lo maté. —Se limpia la lágrima—. Yo lo maté —repite.

# CAPÍTULO 18

Miro la imagen de Ernest Davenport en la pantalla de su portátil.

—¿Ha muerto? —pregunto.

—Su corazón simplemente... se detuvo —dice David, sorprendido por sus propias palabras—. Murió en mi propia mesa de operaciones. —Niega con la cabeza—. No lo entiendo. Todo iba bien. La cirugía transcurrió sin problemas. Pero murió, sin más. Ha pasado muy rápido.

Me acerco por detrás y le acaricio la espalda. —Lo siento muchísimo, David. ¿Cuándo ha pasado?

—Hace cosa de una hora —responde en un susurro—. ¿Dónde estabas?

—Jugando al bádminton con Selene —digo. Me ha sorprendido ver al Dr. Keenan bajar del coche cuando llamé a seguridad para decir que Selene estaba herida. He supuesto que sería mi marido por ser ella su paciente. Ahora entiendo por qué. —Ha pasado algo con Selene —digo, dudando de si debo darle la noticia—. Se ha desplomado en el suelo. Creo que puede haber sido un ataque al corazón o algo parecido.

David da un puñetazo sobre la mesa. —¡Qué estúpida! Se lo advertí. No escucha. Estos pacientes no escuchan. —Vuelve a golpear la mesa con la mano—. No debería haber venido aquí —repite—. Acaba de morir. —Vuelve a negar con la cabeza—. ¿Qué

demonios estoy haciendo aquí? Estaba tan seguro de que la operación saldría bien. Sé que era anciano, pero sus constantes vitales y sus análisis de sangre estaban limpios. Incluso el Dr. Keenan me dio luz verde. He metido la pata, y ahora él está...

—No es culpa tuya —le digo.

—¡Bueno, no se ha abierto él solo! —grita, golpeando de nuevo la mesa. Mira una última vez la imagen de Ernest en su ordenador antes de cerrarlo de un golpe. El portátil hace un crujido y temo que haya roto algo. Es probable que a David le dé exactamente igual en este momento.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunto, sin saber muy bien cómo apoyar a mi marido en el peor día de su vida.

—No —dice, bajando la cabeza.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Se vuelve hacia mí, con las lágrimas cayendo libremente por sus ojos. —Solo quédate conmigo. —Alarga la mano hacia la mía y yo lo agarro. Lo rodeo con mis brazos mientras él es incapaz de contener su tristeza.

Nos tumbamos juntos en la cama, en silencio. La noche ha sido dura. Tal y como me pidió, me he quedado cerca de él todo el tiempo. Incluso hemos cenado en el dormitorio. De vez en cuando, volvía a llorar. He hecho todo lo posible por consolarle.

Afortunadamente, parece que ya se ha dormido. Aunque no pasan de las ocho, mi marido está descansando. Estoy segura de que desearía poder dormir para olvidar el dolor por el que está pasando.

El único momento en que no estoy a su lado es cuando intento averiguar cómo contactar con Selene. Hay una forma de llamar a otras casas del complejo, pero no he sido capaz de descubrirla. Pienso en llamar a seguridad, pero al final desisto.

La clínica está cerrada. Pienso en ir andando hasta el adosado de Selene para ver si está en casa. Iré a verla mañana en cuanto pueda. Vuelvo al dormitorio y me tumbo al lado de David.

Solo puedo imaginar lo que le habrá pasado por la cabeza después de lo ocurrido.

Cualquiera estaría destrozado si matara a alguien accidentalmente. Pero esto es diferente. Todo médico o profesional sanitario conoce los riesgos de los cuidados que presta. A pesar de ello, hacen su trabajo, esperando que nunca llegue el día en el que se cuestionen qué hicieron con su paciente.

David está pasando por la peor pesadilla de todo médico. La muerte de un paciente. Una muerte que se ha producido bajo el bisturí de David.

Él sabe que no es realmente responsable, pero eso no detiene el dolor.

Nadie ha llamado a casa ni ha venido de visita, lo cual me sorprende. Pensé que, como mínimo, el Dr. Keenan se pasaría. Quizá le esté dando a David su espacio esta noche.

Aunque tal vez Keenan se esté preguntando qué hacer con él a continuación. David no dejaba de decir que hoy era una prueba importante para él. Si se considera una cirugía exitosa como un examen, David no lo ha aprobado, desde luego.

¿Qué significa eso para él? Esta mañana, David tenía grandes esperanzas de que muy pronto estaría al frente de la clínica. Ahora, estoy segura de que se teme lo peor.

Tras llegar a la isla, una mujer saltó al vacío y ahora David ha tenido un paciente que no ha sobrevivido a la operación. Su primera operación.

*No deberíamos haber venido aquí.*

Me pregunto si es verdad. Me siento egoísta pensando que podría haber un lado positivo en esta situación. No estoy segura de querer quedarme aquí por más tiempo.

Después de lo ocurrido desde nuestra llegada, me pregunto si esto es realmente lo que quiero en mi vida. Seguro que David está pensando lo mismo ahora. Esta podría ser nuestra oportunidad para marcharnos.

# CAPÍTULO 19

La mañana es igual de sombría que la noche anterior. Hoy no ha hecho su ridículo ritual frente al espejo. Es una sombra de lo que era ayer por la mañana.

Cuando se sienta a la mesa del comedor, me preocupa que vuelva a abrir el ordenador para mirar fotos de Ernest. Ha fallecido un empresario adinerado y estoy segura de que esto causará un gran revuelo entre los empleados y la compañía de Ernest.

Afortunadamente, David no abre el portátil y, en su lugar, se queda ahí sentado, con la mirada perdida en la pared.

Se me parte el corazón por mi marido, pero no tengo ni idea de qué hacer. ¿Cómo puedo consolarlo? Dos personas han muerto ante sus ojos desde que llegamos a la isla. Una bajo su bisturí y la otra mientras él miraba.

La muerte de Stacy me ha afectado muchísimo y, por suerte, no vi el resultado de lo que se hizo a sí misma. David sí lo vio. David también vio a Ernest Davenport dar su último aliento mientras se desvivía por salvarlo.

Pienso en la mujer de Ernest. Ella está teniendo un día mucho peor que el de David.

Apenas acababa de conocer a Ernest y a su esposa, pero parecían una pareja encantadora. Selene presumía de llevar más de cuarenta años casados. Pienso en cómo Nancy Davenport ayudaba a su marido con la comida el otro día.

¿Cómo pudo el doctor Keenan dar el visto bueno a una cirugía cuando el hombre ni siquiera podía alimentarse por sí mismo? Sin embargo, me guardo esos comentarios. No ayudaría a David que los dijera en voz alta.

Lo único que puedo hacer es apoyarlo estando presente.

Unos golpes en la puerta principal me sobresaltan. David baja la cabeza y no se levanta de su silla.

Entiendo la indirecta y abro la puerta. El doctor Keenan está allí y me saluda con una sonrisa forzada.

—Hola, Lily —dice—. ¿Está David disponible?

—Está en la mesa del comedor —respondo—. Un momento. —Cierro un poco la puerta y me acerco despacio a mi marido—. Está aquí.

David asiente. —Dile que pase —dice. David se levanta lentamente de la mesa mientras abro la puerta para que Keenan entre.

—Gracias —dice al entrar en casa—. Por cierto, quería contártelo pero no estaba seguro de si debía pasarme anoche. Selene ha vuelto a su casa. Está bien. Quería asegurarme de que lo supieras.

Me llevo una mano al pecho. —¡Qué alivio! Estaba tan preocupada. ¿Qué ha pasado?

Keenan asiente. —No puedo entrar en detalles contigo, pero se encuentra bien.

Al principio estaba bien, pero ahora lo ha rebajado a que se encuentra «bien». No estoy segura de lo que eso significa. ¿Está Selene realmente bien?

—No hizo caso a su médico —dice David con una sonrisa irónica.

—David —dice el doctor Keenan—. ¿Cómo estás?

Me quedo atónita cuando mi marido se echa a llorar frente a su jefe. —He fracasado —dice entre sollozos—. Lo he perdido.

Antes de que yo pueda consolarlo, el doctor Keenan rodea a mi marido con sus fornidos brazos. —Todo va a salir bien, David. Estas cosas pasan.

David retrocede. —¿Ha perdido usted a algún paciente antes?

Will tarda un momento en responder. —No, pero en mi época, he conocido a muchos médicos y cirujanos que han pasado por lo que tú has vivido. No es fácil, pero superarás esto. Hiciste todo lo que pudiste por él. No es culpa tuya.

David asiente. —Está bien.

—Creo en ti, David —dice Keenan, dándole una palmadita en el hombro—. Sé que vas a hacer grandes cosas. Tenemos mucho trabajo bueno que hacer aquí.

David aparta la mirada. —No estoy seguro de si podré. Me preocupa no ser lo que usted quería. He fracasado.

Keenan vuelve a palmearle el hombro y frunce los labios. —Eso no es lo que ha pasado, David. No te rindas conmigo. Sé que puedes superar esto. Bryce se rindió, y sé que desearía no haberlo hecho. Tú puedes hacerlo.

Al darme cuenta de que estoy escuchando una conversación de la que quizá no debería formar parte, me alejo hasta que el doctor Keenan me llama.

—Espera, Lily —dice—. Quiero que tú también escuches esto. —Vuelve a palmear los hombros de David, mirándome a mí y luego otra vez a mi marido—. A veces, solo necesitamos un descanso —dice con una sonrisa—. ¿Sabéis lo mucho que me dolió saber que vosotros dos nunca pudisteis disfrutar de una luna de miel? —Su sonrisa se ensancha mientras aprieta el hombro de David—. Bueno, creo que un pequeño descanso de la clínica es lo más adecuado. También creo que ambos os merecéis una luna de miel de verdad. Ya lo he organizado todo esta mañana. Una pequeña escapada a México. Invito yo.

David sonríe levemente y niega con la cabeza. —No me lo merezco.

—Sí te lo mereces —dice Keenan. Me mira a mí—. Os lo merecéis los dos.

# CAPÍTULO 20

Nuestra «luna de miel» era justo lo que ambos necesitábamos. El Dr. Keenan no escatimó en gastos. Un complejo de cinco estrellas en Mazatlán, México.

Cuando el Dr. Keenan nos habló de la luna de miel, ambos nos quedamos de piedra. Puede que David estuviera a punto de dejarlo por miedo a fallar de nuevo a su mentor, pero el viaje lo ha revitalizado, con varias excursiones y muchos días y noches en la playa. Por supuesto, también con copas. David suele ser más de cerveza cuando bebe, lo cual es raro. Pero desde que llegamos, no ha parado de tomar cócteles granizados de frutas.

Me preocupaba lo que una gran cantidad de alcohol pudiera hacernos a los dos, ya que ambos hemos presenciado cosas traumáticas desde que llegamos a la clínica. Sin embargo, para mi sorpresa, en lugar de llorar borracho por lo sucedido y por el miedo a lo que pueda traer el mañana, David ha estado de mejor humor.

No estoy segura de lo que significará todo esto cuando dejemos este paraíso y volvamos al mundo real, pero siento que David puede estar listo para afrontarlo.

Yo misma no estoy tan segura.

Si el Dr. Keenan no hubiera llamado a nuestra puerta hace unos días, creo que habría intentado convencer a David para que abandonara la isla. Aunque no sé si es por mis propios motivos

egoístas. Después de ver a Stacy suicidarse, mi experiencia en la isla se ha empañado.

Unas vacaciones, con todos los gastos pagados por el jefe de David, me están ayudando a reconsiderarlo. El Dr. Keenan ha sido de lo más servicial y acogedor. Invitarnos a un viaje para una pequeña escapada es ir más allá del deber. Si tan solo su esposa tuviera un ápice de la calidez del Dr. Keenan, tal vez me sentiría mejor al regresar al complejo.

Hoy es nuestra última noche en México. Mañana temprano regresaremos a Canadá y de vuelta a la isla. Una parte de mí está nerviosa por cómo me sentiré. Si soy sincera, no me importaría que David renunciara a su puesto, por mucho que eso angustiara a Keenan.

Sé que Will nos regaló este viaje para ayudar a David a lidiar con sus propias emociones tras la muerte de Ernest Davenport. Quiere que su protegido vuelva al trabajo con la mente despejada para la tarea que tiene entre manos.

Para mi sorpresa, David no ha mencionado a Ernest en todo el viaje, excepto esta mañana. Después de lavarse los dientes con agua embotellada del hotel, me ha dicho que ha estado pensando mucho en lo ocurrido y que se siente listo para volver a trabajar.

Le he contestado que estoy orgullosa de que se sienta preparado. No quiero ser la persona que eche por tierra sus sueños de ser cirujano. Pero ¿no podría hacerlo en un hospital o en algún lugar normal? ¿Tiene que ser en una isla privada al servicio de los ricos y famosos?

Después de un largo día quemándonos al sol en la playa y picoteando sin parar en el bufet, nos preparamos para nuestra última noche. Una última visita al club nocturno del complejo. He estado en algunos en el pasado y normalmente el club no es lo más emocionante, solo unas cuantas parejas de sesenta años bailando lentamente música española animada. En este complejo es mucho mejor.

La pista de baile está abarrotada. David no es muy bailón, pero si le das unos cuantos cócteles granizados con alcohol, de repente se convierte en John Travolta.

Tras salir de nuestra habitación y bajar en el ascensor, David se da cuenta de que se ha olvidado la cartera. Aunque la mayoría de las cosas en el complejo son gratuitas, quería comprar unos puros en la tienda que hay junto al club.

—Espera en el vestíbulo —dice David mientras pulsa el botón del ascensor—. No tardaré mucho.

Asiento y miro alrededor del hermoso vestíbulo mientras las puertas del ascensor se cierran. El diseño abierto y diáfano permite disfrutar de unas vistas impresionantes del océano. El vestíbulo en sí es elegante, con techos altos y una decoración vibrante.

Este viaje a México es exactamente lo que necesitábamos.

Veo a un hombre de mediana edad sentado en un puesto con ordenador. Se levanta, se estira, coge una bebida de frutas de la mesa y abandona el puesto.

Había visto el puesto de ordenadores al pasar por el vestíbulo. Desde que estoy en la isla, no he tenido acceso a un ordenador. Siempre me ha parecido bien no tener teléfono móvil, pero una parte de mí echa de menos navegar por internet sin pensar. Me siento en el puesto y me molesta que el asiento esté húmedo por el hombre que se sentó allí antes. Ni siquiera me di cuenta de que llevaba el bañador y me preocupa que se me moje el vestido.

Ya hay un navegador abierto en la pantalla. Normalmente miraría mi correo electrónico o YouTube, pero en este momento, mientras reflexiono sobre lo ocurrido, no puedo evitarlo.

Voy a Google y escribo «Stacy Reemins» en el buscador. Cuando pulso Enter, espero ver los detalles gráficos de su suicidio en la primera página, pero no es así. Todo lo que veo es una lista de otras mujeres con el mismo apellido.

Hago clic en el perfil de Facebook de una de ellas y es una mujer mayor. Winston mencionó que Stacy tenía madre. ¿Podría ser esta? Reviso su perfil e intento ver alguna pista de que esta mujer conozca a Stacy de alguna manera, pero no encuentro nada.

Abro otro navegador y escribo Bryce Keenan a continuación. Esta vez aparece la imagen de un hombre joven en la pantalla, en la parte superior de la búsqueda. Veo un perfil de Facebook que coincide con el mismo nombre. Cuando hago clic en él, enseguida

puedo ver al Dr. Keenan, con la mano en la espalda de su hijo Bryce. Bryce es igual de grande, con hombros anchos como su padre. Es el perfil de Facebook de Bryce y parece estar bloqueado a menos que seas su amigo. No puedo fisgar más en él.

Esperaba averiguar más sobre dónde trabaja Bryce ahora. Un número de contacto, posiblemente, o un correo electrónico.

—¿Qué estás haciendo? —dice David mientras se me acerca.

—Nada —digo rápidamente—. Solo miraba el correo.

Salgo del navegador de Bryce Keenan, pero cuando David se acerca, ve mi búsqueda de Stacy Reemins. Inclina la cabeza y me acaricia la espalda.

—¿Estás bien? —pregunta—. Sé que no hemos hablado mucho de ella.

Asiento. —Estoy bien. Solo quería saber más sobre ella.

Me dedica una leve sonrisa. —Podemos quedarnos aquí esta noche —dice—. Ya paso de los treinta y probablemente no soporte otra noche de cócteles de frutas.

Cierro el navegador. —No, vamos a divertirnos.

Como es sábado noche, el club está más concurrido que en toda la semana. David y yo bebemos demasiado. En un rincón de la sala hay una zona de karaoke donde muchos de los borrachos del complejo intentan cantar por encima de sus capacidades naturales. Para mi sorpresa, David participa en una interpretación terrible de «Bohemian Rhapsody» de Queen. Se le quiebra la voz al intentar alcanzar las notas más altas posibles. Yo y varios más aplaudimos para animarlo.

Me marcho al baño cuando termina. Para mi asco, los inodoros no se pueden usar. Es casi medianoche y, tras un largo día de playa y baile en la discoteca, estoy lista para volver a nuestra habitación, donde podré hacer mis necesidades adecuadamente.

Sin embargo, cuando entro en la pista de baile, veo a David hablando con un hombre al que no reconozco. Es alto y esbelto, y lleva unas gafas de sol oscuras y gruesas. El hombre tiene buen gusto; viste ropa cara.

David ha estado muy alegre toda la noche, pero ahora parece totalmente serio mientras el hombre le susurra al oído. Al acercarme

a él, dejan de hablar.

David me mira. Por un momento, me preocupa en qué me he metido hasta que él sonríe. El misterioso hombre me enseña los dientes en una mueca cordial.

# CAPÍTULO 21

—Hola, Mrs. Parker —dice el hombre con un ligero acento español—. Soy Alonso.

—Hola —le digo. Miro a David—. Me voy unos minutos y ya estás haciendo amigos.

El hombre llamado Alonso se ríe. —Amigos no —dice—. Trabajo con el Dr. Keenan.

—Ah, ¿sí? —digo sorprendida.

—Es inversor en la clínica —aclara David.

Alonso mueve la cabeza al ritmo de un fuerte compás español. —Eso es. ¡Y tengo entendido que esta es su luna de miel! ¡Enhorabuena! —Me dedica un brindis antes de apurar la copa.

—Bueno, en realidad no es nuestra luna de... —Mientras veo cómo se termina de golpe la bebida, estoy segura de que en el fondo no le importa.

—Me alegro mucho por vosotros —dice—. Pero ahora tienen que hacer los niñitos. —Se ríe y termina su copa. Saca un fajo de billetes americanos y lo estampa en la mano de David—. Mi regalo para vosotros.

A David se le desencaja la mandíbula. —Eh, bueno, en realidad no es nuestra luna de miel.

Alonso lo ignora. —No quiero quitarles mucho tiempo. El Dr. Keenan me dijo que estarían aquí y quería aprovechar la

oportunidad de conocerles. —Se vuelve hacia David y le estrecha la mano.

—Encantado de conocerle, Alonso —dice David, metiéndose el dinero en el bolsillo. No le cabe, y varios billetes de cien dólares caen al suelo. David los recoge rápidamente y se los mete en el otro bolsillo—. Con suerte, nos veremos en la clínica pronto.

Alonso sonríe. —Por supuesto. —Se vuelve hacia mí—. Un placer conocerla. Que disfruten de la noche.

David y él se despiden. Mientras él se marcha, David vuelve a su granizado medio derretido y ojea el libro de karaoke que tiene delante, sopesando otra canción. Sigo con la mirada a Alonso mientras se abre paso por la pista de baile hasta que se va.

Miro los bolsillos abarrotados de David, preguntándome cuánto nos ha dado.

Más tarde esa misma noche, el efecto del alcohol se me ha pasado, mientras que David confiesa que el techo le da vueltas al tumbarse en la cama. Le traigo una botella de agua mientras él se incorpora. Derrama un poco sobre las sábanas y sacude la cabeza.

—Estoy demasiado borracho ahora mismo —dice riendo.

—¿De qué estabais hablando antes de que volviera del servicio? —pregunto, incapaz de ocultar mi curiosidad.

David me mira un momento antes de beber más agua, esta vez consiguiendo que le entre toda en la boca. Respira hondo. —Bueno, básicamente me ha dicho lo que ya sabía. El Dr. Keenan quiere jubilarse. Me ha dicho que la clínica podría ser mía. Solo tengo que no fastidiarla, algo que me ha recordado varias veces. —Da otro largo trago de la botella de agua.

—¿Estás nervioso? —le pregunto—. ¿Por si la fastidias?

David baja la cabeza. —Sé que lo que pasó con Mr. Davenport no fue culpa mía. Lo he asumido. Lo estaba haciendo todo bien. Su cuerpo no pudo aguantarlo. Por terrible que suene, aquello fue una oportunidad de aprendizaje para mí. No volverá a ocurrir. Lo sé.

—¿Estás seguro de que quieres volver a la isla?

—¿En lugar de qué? —dice con tono brusco, mirándome confundido—. ¿De volver a Edmonton, donde estamos sin blanca y

sin trabajo? —Coge el fajo de billetes de la mesilla de noche—. Mira cómo nos tratan.

—Eres cirujano, David. Encontrarás trabajo en cualquier otro sitio.

Él inspira profundamente y bebe un poco más de agua. —Démosle un año. Después de eso, si seguimos con dudas, podemos decidirnos. Si queremos quedarnos, quién sabe, quizá pueda ser el próximo Dr. Keenan. Si nos vamos, tendré la experiencia necesaria para triunfar en otro lugar.

Respiro hondo. —Está bien.

En ese momento, quizá todavía bajo los efectos del alcohol, un año no parece mucho. Aunque solo llevo unos días en el complejo y se me ha hecho una eternidad.

—No quería sacarlo, pero he encontrado una foto de Stacy Reemins debajo de la cómoda de nuestro dormitorio.

—Qué raro —dice David, empezando a cerrar los ojos.

—¿Por qué crees que estaba allí?

David se encoge de hombros y murmura algo que no alcanzo a oír.

—¿Qué? —David no responde—. David —le digo, empujándole —. ¿Por qué crees que había una foto de Stacy en nuestra casa?

David respira hondo. —No tengo la menor idea.

Mientras David empieza a quedarse dormido, y sabiendo que nos vamos pronto, pienso en el complejo y en todos los pensamientos y miedos que tenía sobre él antes de irme. Ahora, volveré directa a ellos.

Solo un año, le he prometido a mi marido. Me preocupa no ser capaz de aguantarlo.

# CAPÍTULO 22

David ha vuelto hoy a la clínica. Me ha preocupado ver cómo se está adaptando. He pensado en ir a visitarlo al trabajo, pero, de algún modo, no me imagino que esté muy por la labor de recibir mi compañía, como sí estuvo aquel primer día en el complejo.

Lo que me preocupa aún más es el hecho de que David no haya cumplido con su ritual matutino de refuerzo positivo frente al espejo antes de irse a trabajar. Quizá sea algo bueno. Siempre pensé que se hablaba a sí mismo porque estaba demasiado nervioso. Puede que esto signifique que ya no está preocupado.

El viaje a México era justo lo que necesitaba para ayudarlo a superar su ansiedad.

Incluso hemos hecho planes similares para esta noche. Cena con Will y Cordelia Keenan en la bodega después del trabajo. La verdad es que me horroriza la idea.

Mientras David regresaba a la clínica, mi día se parece mucho a cómo eran mis días en México, solo que esta vez tengo una compañía diferente. Estoy tumbada en una hamaca frente al agua, tomando el sol. Selene está sentada a mi lado, bebiendo agua a sorbos.

Tan pronto como David y yo nos marchamos para nuestra «luna de miel», Winston nos recogió en el aeropuerto y llevó a David directamente al trabajo.

No hubo tiempo de descanso. Había mucho por hacer, y la clínica ya llevaba retraso después de que Bryce se marchara. A pesar de eso, David me ha dicho que hoy no tendría cirugías, sino que tendría más consultas con pacientes nuevos.

Mientras me preocupaba por el regreso de mi marido al trabajo, también me preocupaba cómo iba a gestionar yo misma la vuelta a la isla. Selene ha hecho que el regreso sea positivo. Antes de que Winston nos dejara, confirmé con él cómo llamar a otros pacientes del complejo. Después de que David se fuera, llamé a Selene, quien me preguntó si me parecía bien pasar hoy un día de playa.

Bueno, primero bromeó preguntándome si quería que volviera a darme una paliza al bádminton. Como es habitual en el humor de Selene, empezó a carcajearse antes de que pudiera preguntarle si estaba loca.

Aunque parece la de siempre, me preocupa cómo van las cosas con ella. Ha estado inusualmente reservada acerca de lo ocurrido. Desde que nos instalamos en las hamacas y charlamos de cosas triviales, le he preguntado un par de veces si está bien. Normalmente responde con alguna broma, pero a la tercera vez que le pregunto, me ha dicho que ha decidido seguir el consejo de mi marido y cuidarse mejor.

Afirma que incluso ha dejado de fumar durante tres días, lo que al parecer es un récord.

Tras mencionar el nombre de mi marido, se hace un silencio incómodo que parece eterno. Estoy a punto de preguntarle si va todo bien por cuarta vez cuando ella rompe el silencio.

—No te lo tomes a mal, Lily, pero he solicitado que sea el doctor Keenan quien me opere —dice, con su sonrisa habitual sustituida por una expresión seria—. No quiero que esto resulte extraño entre nosotras, pero no me siento cómoda después de lo que pasó.

No tiene por qué explicarse. Lo entiendo. Un hombre murió mientras David lo operaba. La cirugía de Selene será pronto. No quiero ni imaginar el estrés y la ansiedad que tendría yo si fuera a operarme un cirujano cuyo último paciente murió inesperadamente.

Aunque no sea culpa de David, estaría igual de asustada que Selene, o probablemente más.

Esbozo una sonrisa forzada. —Te entiendo, Selene. De verdad. No pasa nada. ¿Cuándo es tu operación?

Selene arquea las cejas. —En cualquier momento. Solo espero a que el doctor Keenan me confirme cuándo. —Bebe otro sorbo de agua. Su expresión me preocupa. No conozco bien a Selene. Solo hace unos días que la conozco, pero algo me dice que esta mujer rara vez tiene miedo.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto.

Ella asiente. —Me he hecho retoques en el pasado, pero este es diferente.

Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere cuando caigo en la cuenta de que le preocupa morir. Vivía en la casa contigua a la de Ernest Davenport.

—Todo va a salir bien —le digo. Alargo la mano, cojo la suya y la aprieto con fuerza.

Selene sonríe por un instante y desvía la mirada. —Es difícil no pensar en ello. En lo que estoy haciendo. —Mira hacia el mar. Tras un momento, se ríe—. Te digo una cosa, si me pasa algo, ¿qué te parece si heredas todo mi patrimonio? Que le den a mi sobrina. Puede que se parezca a ti, pero tú eres mucho más agradable.

Me río. —No va a pasar nada, Selene. Vas a estar bien.

Vuelve a mirar al agua sin responder. Selene es de las que llevan el peso de cualquier conversación. Verla desconectada de la nuestra, aunque sea solo por un momento, duele. Sin embargo, no hay mucho que pueda decir o hacer por ella.

Un coche negro se acerca y aparca junto a la carretera, detrás de nosotras. Cordelia Keenan baja del coche con la parte de arriba de un biquini rojo y unos pantalones cortos azules. Lleva un bolso de playa grande en la mano.

Se fija en que Selene y yo estamos sentadas en las hamacas. En lugar de unirse a nosotras, le dice algo al conductor y vuelve a subir al coche, cerrando la puerta de un portazo. Observo cómo el coche se aleja.

—Uf —dice Selene—. Cordelia Keenan. Qué mujer más desagradable. Me alegro de que no se una a nosotras. Arruinaría el día.

Sonrío, contenta de encontrar a otra persona a quien ella le desagrade tanto como a mí. —Esa mujer nunca me dice nada cuando intento entablar una conversación con ella. Es como si no existiera a sus ojos.

Selene niega con la cabeza. Abre su bolso de playa y saca un paquete de cigarrillos. —El último de todos. —Sonríe. Yo niego con la cabeza y le devuelvo la sonrisa.

# CAPÍTULO 23

Cuando llego a casa, para mi sorpresa, David también está allí. Me saluda con una sonrisa irónica y un beso en la mejilla.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —pregunto. He estado preocupada todo el día pensando en cómo se encontraría.

Él asiente. —Mejor, supongo. Hoy solo he tenido unas cuantas consultas para próximas cirugías. El doctor Keenan ha pensado que sería mejor que, por ahora, solo trabaje con pacientes nuevos. —Respira hondo—. De hecho, una paciente me ha rechazado. —Sacude la cabeza.

—Selene Ashford —digo—. Lo siento. Es que está nerviosa.

David me da la razón. —Entiendo por qué se siente así. Solo necesito recuperar la confianza. —Se ríe con ansiedad—. A veces me pregunto si alguna vez la tuve.

Lo miro un momento. —¿Qué hay de eso que haces de hablar contigo mismo? Quizá eso te ayude a sentirte mejor.

Niega con la cabeza. —No lo sé, tal vez. Me estoy dando cuenta de lo estúpido que debo de parecer cuando lo hago.

—Mira todo lo que has conseguido, David —le recuerdo—. Todos los años de estudio. El MIR. El doctor Keenan te eligió a ti entre todos los cirujanos a los que dio clase para este puesto. Fuiste uno de sus mejores alumnos. Él ve algo en ti.

David aparta la mirada. —Sí. Eso es verdad. —Se produce un silencio incómodo entre nosotros durante unos instantes. Estoy a

punto de irme para empezar a arreglarme para la cena de esta noche cuando él continúa—. Así que Selene te dijo que no me quería como cirujano.

Lo miro, intentando encontrar la forma más delicada de responder sin herir sus sentimientos. Al no encontrarla, contesto con sinceridad. —Me lo dijo.

Él asiente. —Hablas mucho con los pacientes, ¿verdad? —dice —. ¿Hablaste mucho con Ernest?

Niego con la cabeza. —Solo una vez, y no mucho rato. —Me devuelve la mirada, inexpresivo, y por un momento me pregunto si está a punto de derrumbarse y llorar como hizo la noche que murió su paciente.

En lugar de eso, respira hondo. —Estaré bien, de verdad. Vamos a prepararnos.

Empieza a subir las escaleras cuando intento razonar con él. —Si estar aquí es demasiado, aún podríamos irnos. Si esto no es lo que quieres, podemos marcharnos y ya está. No le debes nada al doctor Keenan.

Se detiene y baja lentamente. Su rostro triste casi se vuelve rojo de ira. —Creía que habíamos hablado de esto. Un año, dijimos. No voy a echarme atrás con la clínica.

Levanto las manos en señal de paz. —Vale. Solo es un decir.

Niega con la cabeza. —Odias estar aquí —dice—. Basta ya, Lily. Por favor. No necesito más presión ahora mismo. Estamos a punto de salir a cenar con mi jefe, ¿y tienes que empezar con esto ahora?

Bajo la cabeza. —Este sitio… no sé, me siento rara aquí. Las cámaras. El equipo de seguridad que tenemos. Incluso los muros tan altos me hacen sentir atrapada.

—¿Atrapada? —David se ríe—. Te estás volviendo paranoica.

—¡No digas eso! —le grito. Pienso en mi madre por un momento.

—Dijimos un año, Lily.

—No deberíais haber venido —le digo, repitiendo las palabras que me dijo la mujer muerta la noche que se suicidó—. Eso es lo que me dijo ella. Stacy dijo eso antes de saltar por el balcón, David.

—Eso no lo oyó nadie más que tú —dice David, tapándose la cara.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

Se descubre la cara, dándose cuenta de lo que está diciendo. —Nada… Mira, esa mujer obviamente no estaba bien. Estaba lo—

—¿Loca? —le grito—. Pues fui yo quien encontró su foto en nuestra casa. Bryce Keenan salía con ella. Lo sé. Pasaba algo entre ellos.

—¿Y qué si tenían algo? —dice David, confundido—. ¿Acaso liarte con tu enfermera es un delito ahora? Él no estaba casado. Ella tampoco.

Bajo la cabeza. —La foto era inquietante, David.

—Seguro que lo era. Se suicidó delante de ti.

—No, tienes que verla por ti mismo —le digo. Paso por su lado y subo corriendo las escaleras. En nuestro dormitorio, abro el cajón de la cómoda donde dejé la foto, pero no está allí—. ¿Dónde está? —grito, revolviendo mi ropa—. La puse aquí.

David entra en la habitación. —Probablemente la hayas puesto en otro sitio sin darte cuenta.

—No, David, no lo hice —digo en tono brusco. Abro todos los cajones y busco en ellos, sin encontrar nada. Le devuelvo la mirada y él me observa, intentando comprender por qué estoy tan alterada. La tenía en este cajón —digo, señalando. Me mira sin expresión. No estoy loca, David. Ha desaparecido. Alguien se la ha llevado.

# CAPÍTULO 24

Cuando David llama a seguridad para que nos lleven a las bodegas, me sorprende que sea el propio Winston quien venga a buscarnos.

Qué perfecto.

David cree que me estoy volviendo loca. Sé que puse la foto de Stacy en el cajón. ¿Cómo ha podido desaparecer? No hay personal de limpieza en el recinto. Tienes que pedirle a Charles que entre en tu casa para cualquier labor.

Ni David ni yo pedimos que limpiaran nuestra casa. Sin embargo, la foto de la mujer que se suicidó, una foto que a David le parece que no tiene importancia, ha desaparecido.

Winston baja del Escalade negro y le abre la puerta primero a David. —Buenas tardes, Dr. Parker —dice en su tono habitual.

—Hola, Winston —dice David.

El guardia se gira hacia mí. —Espero que hayan disfrutado de su viaje.

No le respondo. En lugar de esperar, rodeo el vehículo, abro mi propia puerta y me meto dentro. David nota que sigo nerviosa y me lanza una mirada suplicante para que no empeore la noche.

Cuando descubrí que la foto faltaba, me puse muy mal, y sigo igual. Sospechaba que me costaría volver a la isla, pero nunca esperé sentirme tan... paranoica.

Desde que llegué al recinto, mi vida entera se ha puesto patas arriba. México fue un respiro agradable, pero ahora estoy más tensa que nunca.

David mira por la ventana mientras Winston empieza a conducir. Al salir de los muros blancos del recinto, Winston vuelve a saludar con la mano a uno de los guardias cerca de la puerta principal antes de marcharse. Sigo observando al jefe de seguridad mientras avanzamos, mirándolo fijamente a través del espejo retrovisor. Cuando Winston gira por una carretera, mira por el espejo y se fija en mí.

—¿Va todo bien, Sra. Parker? —pregunta.

Vaya pregunta. Nada ha ido bien desde la noche en que llegué. Desde el momento en que subimos al barco hacia la isla y nos calamos por la lluvia torrencial, sentí que nuestra venida aquí estaba maldita.

Pienso en la primera noche, cuando abrí mi equipaje y mis pertenencias no estaban en los lugares donde las había dejado, revueltas como si alguien hubiera hurgado en ellas. También pienso en el detective Andrews. No me dio ninguna tarjeta, pero quizás sea hora de volver a contactar con él por lo de la foto.

—Me preguntaba si tiene los datos de contacto del detective Andrews —le pregunto.

Winston me echa una mirada mientras vigila la carretera y tarda unos instantes en responder. —No estoy seguro de a quién se refiere, Sra. Parker.

Miro a David, que tiene la misma cara. —El detective Andrews —repito—. El oficial que apareció a la mañana siguiente de lo que pasó con Stacy. —Vuelvo a mirar a mi marido—. Dijo que también iba a hablar contigo.

David respira hondo. Winston alterna miradas entre la carretera, David y yo.

—Yo nunca me reuní con ningún detective —dice David.

Le miro, confundida. —Pero si hablé con él la semana pasada... —Miro a Winston—. Tienes que saberlo. Sabes todo lo que pasa en la isla.

Winston sonríe con suficiencia. —Bueno, por lo visto no todo, al parecer. Ese día libraba. Trabajé hasta tarde la noche anterior, después del... incidente. Me tomé un día libre.

No tiene que decirme cuál fue el incidente. Fue el suicidio de Stacy. Diciéndome que no debería haber venido aquí y que vendrán a por mí antes de estrellarse contra las rocas de abajo. Ahora Winston me está diciendo que no tiene constancia del detective que vino a su recinto, el cual vigila con todas sus cámaras y hombres, y que no tiene constancia de que la policía estuviera dentro de sus muros blancos.

Nada cuadra.

—Consultaré con mis guardias más tarde —dice Winston—. Siempre leo los libros de registro, especialmente cuando estoy fuera, y no se mencionaba nada en ellos. No obstante, hablaré con mis hombres sobre ello. —Vuelve a mirarme por el retrovisor—. No se preocupe. Si podemos conseguirle un contacto, lo haré.

Miro de reojo a David, que sigue mirándome de forma extraña. Es la misma expresión que tiene desde que dije que la foto de Stacy ha desaparecido.

Finalmente se inclina hacia mí. —¿Necesitas ayuda, Lily? —dice.

Sus palabras me duelen. —¿Ayuda? —digo, más alto de lo que pretendía responder. Winston vuelve a mirarme por el retrovisor.

—Quizá deberías hablar con alguien. Un profesional —dice David.

Niego con la cabeza. —Crees que estoy perdiendo la cabeza, ¿verdad? —Ahora sé que mi voz es más que un susurro y que Winston puede oírme, pero la verdad es que ya no me importa—. No me estoy inventando las cosas, David. ¿Cómo puedes sugerir eso? Con lo que sabes.

—No digo que te estés inventando cosas, Lily. Solo digo que has estado muy alterada. —David se aparta de mí un momento y yo miro la nuca de Winston.

—¿Usted o uno de sus hombres revisó nuestras maletas la noche que llegamos al recinto? —pregunto.

Winston tarda un momento en darse cuenta de que me dirigía a él. —No, Sra. Parker —consigue decir finalmente—. Por supuesto que no.

Siento los ojos de David clavados en mi perfil, pero no me detendrá. —¿Y mientras estábamos fuera? ¿Entró alguien en nuestra casa? ¿Lo hiciste tú?

Mira a David por el retrovisor antes de contestar. —No. Yo no haría eso.

David se tapa la cara. —Lo siento mucho, Winston. No sé qué decir.

—Díganos la verdad —le digo—. Es lo único que quiero saber.

Mientras giramos por el camino hacia las bodegas, David me coge la mano y me la aprieta. —Corta ya —susurra.

No le escucho. No puedo. Nada tiene el menor sentido. ¿Cómo puedo vivir en esta isla cuando hay gente hurgando en mis cosas y colándose en mi casa?

David baja la cabeza. —Quizá deberíamos volver.

—¿Está seguro? —pregunta Winston, mirándole de reojo—. Veo al Dr. Keenan y a su esposa fuera de la bodega. Seguro que nos ven.

David mira por el parabrisas delantero. Yo hago lo mismo y alcanzo a ver al Dr. Keenan de pie bajo una pérgola, hablando con uno de los temporeros. Cordelia está cerca, mirando hacia los campos. Estoy segura de que el acuerdo de no usar teléfonos móviles que hay en la isla hace que su vida sea insoportable.

Me imagino que, si me quedo en esta isla, acabaré siendo tan desgraciada como ella parece.

—Déjanos aquí, Winston —dice David, cambiando de opinión. Mi marido se gira hacia mí—. Es solo una hora, Lily. Solo una hora. Por favor.

Ignoro sus comentarios. Una parte de mí quiere seguir interrogando a Winston. Sacarle más respuestas si es posible. Aunque mis intentos de comprender qué está pasando están fracasando. Todo lo que tengo son más preguntas.

¿Por qué soy la única en la isla que ve y oye lo que yo veo y oigo?

David y yo bajamos del Escalade y Winston empieza a avanzar lentamente por el aparcamiento antes de enfilar de nuevo el camino sin asfaltar hacia la calle principal de la isla.

Will Keenan nos saluda con la mano. Estrecha la mano del temporero con el que está hablando antes de acercarse a nosotros con una amplia sonrisa. Cordelia permanece en la misma posición, impasible ante todo lo que sucede a su alrededor.

—El hijo pródigo regresa —exclama Keenan mientras se acerca a David. David sonríe y, por una vez, Cordelia da una señal de vida negando con la cabeza ante el comentario de su marido. A mí también me sorprende, ya que suponía que hoy habían trabajado juntos. Keenan se gira y me sonríe a continuación.

David se ríe. —Me alegro de verte de nuevo. Aunque, por supuesto, hemos trabajado juntos todo el día.

Will sonríe. —He conseguido que los chefs preparen algo especial para nosotros esta noche. Espero que os parezca bien.

—Suena de maravilla —dice David.

Will se vuelve hacia mí. —Y bienvenida de nuevo a la isla, Lily. Espero que México haya sido todo lo que deseabas para vuestra luna de miel. —Se ríe y da un paso hacia mí. Al hacerlo, mi cuerpo se encoge y retrocedo un paso, alejándome de él.

Will se da cuenta y deja de intentar acercarse. —¿Va todo bien, Lily?

Con la tensión que se respira, parece que incluso he captado la atención de Cordelia, que se baja sus gruesas gafas de sol para observar.

—No puedo hacer esto, David —le digo a mi marido—. Simplemente no puedo.

—¿A qué se refiere? —pregunta Keenan, confundido—. ¿Por qué está alterada?

Le respondo. —Alguien ha estado hurgando en mi equipaje —digo. Will me mira sorprendido—. Alguien entró en mi casa y robó una foto.

—¿Una foto? —repite Keenan—. ¿De qué era la foto?

—De Stacy Reemins —digo—. ¿Por qué había alguien en mi casa?

Will mira a David, confundido. David parece conmocionado, como un ciervo ante los faros de un coche, mientras yo me derrumbo delante de su jefe.

—No entiendo —dice Keenan.

—¿Por qué había una foto de Stacy en mi casa? —grito. Nadie me responde. Miro al Dr. Keenan—. ¿Su hijo salía con ella? ¿Se acostaba con ella? ¿Tenían algún tipo de relación?

—No sé por qué se pone así —dice Keenan, levantando las manos en señal de rendición.

—Una mujer se suicidó delante de mí. Antes de hacerlo, Stacy me dijo que no debería haber venido a esta isla. Que vendrán a por mí. Luego se mató. Poco después, encontré una foto suya en mi casa. He vuelto de México y la foto ha desaparecido. Con los muros que me rodean y las cámaras, parece que no nos dejáis marchar. ¿Qué está pasando?

Cordelia se tapa la boca al oír mis palabras. Desde mi posición no puedo asegurarlo, pero parece que incluso está sonriendo bajo su mano. ¿Qué puede tener tanta gracia?

Ya no puedo contenerme. Se ha abierto la caja de los truenos y todo sale a borbotones de mi boca. —Y luego Winston me dice que no sabe nada del detective que visitó mi casa al día siguiente de que ella se matara. ¿Qué pasa, que nadie más lo vio excepto yo? —Señalo a Cordelia—. El detective Andrews dijo que iba a hablar con usted. ¿Lo hizo?

Cordelia mira a su marido y luego a mí. —No sé quién es el detective Andrews.

Me tapo la cara, intentando comprender qué está ocurriendo. Cuando retiro los dedos, Cordelia sigue mirándome como si fuera una psicópata.

—¿Qué le dijo Stacy la noche que se suicidó? —le grito. Cordelia no responde y sigue mirándome embobada—. ¿Qué le dijo? —exijo de nuevo—. Le dijo algo. Usted le contestó. ¿Qué fue? ¡Necesito saberlo!

Will alarga la mano e intenta darme una palmadita en el hombro. Me quito de encima su mano grande y empiezo a caminar por el sendero hacia la carretera principal.

—¿A dónde vas, Lily? —grita David.

—No lo sé —digo—. No puedo quedarme aquí, David. No puedo seguir con esto.

Sigo por el camino de tierra, pasando junto a grupos de temporeros. Algunos de ellos hablan entre sí en español mientras me miran. Solo puedo imaginar el espectáculo que debo de estar dando ante todo el mundo. Me imagino a estos trabajadores por la noche ante sus grandes hogueras hablando de la noche en que la mujer del cirujano se volvió loca.

Miro hacia atrás para ver si mi marido me persigue. En lugar de eso, él y el Dr. Keenan están hablando entre ellos. Para mi sorpresa, Cordelia me está observando.

—¡Chica! —Un hombre salta del campo de uvas con una amplia sonrisa. Suelto un grito fuerte, llevándome una mano al pecho. Ya he visto a este temporero antes. Es el mismo que me silbó la última vez que vinimos a la bodega. El gran lunar de su barbilla me ayuda a refrescar la memoria. Mientras recupero el aliento, arranca un racimo de uvas y me lo ofrece. Me dice algo en español, pero no lo entiendo y estoy demasiado cabreada para intentarlo.

—¿Por qué asustas así a la gente? —le grito—. Déjame en paz.

Igual que la última vez que vi a este hombre del lunar en la barbilla, su amigo aparece de detrás de una cepa. Tiene el pelo negro engominado hacia atrás. —Perdone, señorita —dice en inglés. Levanta las manos mientras se acerca al hombre del lunar y le quita las uvas de las manos de un golpe. El hombre del pelo engominado vuelve a mirarme—. Lo siento, señorita —repite—. Mi amigo aquí es, como dicen ustedes... tonto.

El hombre del lunar sonríe. —Tonto. —Mira al hombre del pelo engominado y los dos hablan en español. De repente, el hombre del lunar parece ofendido, probablemente tras descubrir qué significa tonto.

—¿Pero qué está pasando aquí? —grita una voz atronadora detrás de nosotros. Will Keenan se apresura a llegar hasta nosotros. Casi lo imagino como un jugador de fútbol americano a punto de placar al quarterback. Keenan se pone delante de mí y se enfrenta a los dos trabajadores—. ¿Por qué la estáis asustando? —exige.

El hombre del lunar mira a Keenan con la boca abierta. El hombre del pelo engominado habla por los dos.

—Dr. Keenan. Perdón. Mi amigo. Está siendo tonto. Le ofrecía uvas a la señorita.

Keenan no responde de inmediato y sigue mirando fijamente al hombre del lunar en la barbilla. —¿Cómo te llamas? —le pregunta.

El hombre del pelo engominado vuelve a responder. —Es Luis. Luis Reyes.

—¿Y tu nombre? —pregunta Keenan, sin dejar de mirar al tal Luis—. Este no es tu primer año aquí. Te he visto antes. —Ahora gira la cabeza y mira al hombre del pelo engominado.

—Mateo Torres, señor —dice—. Perdón. —Le dice algo en español a Luis, que le responde.

Mateo mira a Keenan. —Luis dice que estaba siendo un tonto y quiere pedir perdón. —Vuelve a mirar a Luis y le dice algo en español. —Perdón —dice este lentamente.

A Luis se le agrandan los ojos mientras mira a Keenan y baja la cabeza. —Perdón.

Keenan le señala con un dedo grueso. —No volváis a asustar a mi gente nunca más. ¿Entendido?

Los dos asienten y se apresuran a volver al viñedo.

Will Keenan vuelve a mirarme, con la intensidad aún marcada en su rostro. —No tienes nada de qué preocuparte aquí en la isla, Lily.

# CAPÍTULO 25

Estoy sentada sola en el salón, dándole vueltas a lo terrible que ha sido mi día. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y gritarle a mi yo estúpida que se callara. Mi paranoia me ha vencido. Esta isla me ha vencido.

Cambio de canal sin parar, intentando dejar de pensar en todo. David está arriba. No sé si se ha dormido.

Winston nos ha traído de vuelta a nuestra villa en el coche. David ha estado callado durante todo el trayecto, y Winston también. Esta vez he tenido la sensatez de dejar de interrogar al jefe de seguridad. Estoy segura de que mi marido habría estallado, literalmente, si hubiera seguido avergonzándolo delante de su jefe.

Después de que Winston nos dejara, David ha subido directamente sin hablarme. Lo he seguido despacio, repasando mentalmente las cosas que he dicho y las acusaciones que he lanzado a todo el mundo esta noche.

No estoy segura de poder volver a mirar a ninguno de ellos a la cara. ¿Cómo podría después de lo que he hecho?

Me temo que esto no tiene vuelta atrás.

Es posible que David pierda el trabajo de sus sueños por culpa de su mujer loca.

Mientras subo los escalones hacia nuestro dormitorio, no puedo evitar pensar en mi madre. Cuando estaba cerca de su límite, cuando perdió el juicio, ¿tenía alguna idea de lo que se le venía

encima? ¿Podía sentir que no estaba bien? ¿O simplemente perdió los estribos de repente?

La noche que mató a mi padre, parecía la misma madre de siempre. Lo único diferente eran sus ojos. Estaban apagados, cuando normalmente rebosaban vida.

¿Cómo me verá David ahora después de lo de esta noche?

Cuando entro en el dormitorio, David está tumbado encima de las sábanas, de cara a la pared.

—¿Vamos a hablar? —pregunto.

Él guarda silencio y no se mueve. Por un momento, me pregunto si se habrá quedado dormido.

—¿Qué queda por decir que no se haya dicho ya esta noche? —murmura.

Bajo la cabeza. —Lo siento, David. Sé que la situación se me ha ido de las manos.

—¿Ido de las manos? —repite y se gira para mirarme—. Perdiste los papeles por completo.

Sus ojos no reflejan ira, que es como yo podría haber reaccionado si David se hubiera presentado en mi lugar de trabajo y hubiera arruinado mi carrera en una sola noche.

—He ido demasiado lejos —admito—. Lo siento.

David me da la espalda. —Necesito un poco de espacio ahora mismo.

—Está bien. Estaré abajo por si quieres hablar. —Espero a que responda, pero como no lo hace, me dirijo hacia el pasillo, con la esperanza de que diga algo más.

No lo hace. Está enfadado. Más que enfadado. Se lo está cuestionando todo.

Vuelvo a bajar las escaleras y me desplomo en el sofá. Nunca he sido de las que exigen a David que se marche del dormitorio cuando nos peleamos. Nunca ha habido castigos, nunca se le ha obligado a dormir en el sofá. Aunque eso habría sido difícil en un estudio. David y yo siempre habíamos sido capaces de solucionar nuestros problemas antes de irnos a dormir.

Estoy bastante segura de que eso no va a ocurrir esta noche. También estoy bastante segura de que estoy castigada de forma

indefinida.

Enciendo el televisor e intento distraerme, fracasando estrepitosamente. No puedo dejar de pensar en cómo me ha mirado David en el dormitorio. La decepción en sus ojos duele. Nunca me he sentido tan miserable.

Quizá David tenga razón. Necesito ayuda profesional. Quizá hablar con un terapeuta podría mejorarlo todo.

No puedo evitar preocuparme por lo que David estará pensando de mí. Solo le conté la verdad sobre mi infancia después de casarnos. Él no tenía ni idea de que su verdadera suegra perdió la cabeza y mató a su verdadero suegro. Todo lo que conocía era a mis padres adoptivos, que parecían completamente normales.

Siempre me preocupó que, si le contaba a alguien lo que me pasó de niña, me mirarían de otra manera.

Es bien sabido que la esquizofrenia es genética. Me preocupaba que los demás me miraran y me vieran como una bomba de relojería esperando el momento de estallar, igual que mi madre.

Yo misma me preocupo por eso, ya que me ha aterrado toda la vida.

Muerta de hambre por no haber cenado en condiciones, me preparo un sándwich y sigo cambiando de canal, intentando encontrar algo que me anime un poco. Empiezo a ver un programa de noticias sobre un hombre indio que se despertó en una bañera de hielo y al que le faltaba un riñón. Al parecer, el mercado negro de órganos es un problema en algunas partes del mundo. Aunque es interesante, la idea de gente real sufriendo no me ayuda a sentirme mejor.

Cuando cambio de canal, me alegro al encontrar el culebrón que vi el otro día. *Esposas Celosas*. Justo el tipo de basura que necesito para pasar la noche.

En este episodio, un malvado hermano gemelo de uno de los personajes principales anda por ahí asesinando a gente. Surte efecto y me ayuda a olvidarme de todo lo de esta noche.

Llena de carbohidratos y de mala televisión, empiezo a dar cabezadas. Me despabilo y pienso en volver arriba. Si David está

despierto, podría haber una oportunidad de hacer las paces. De hablar de las cosas.

El Dr. Keenan me ha dicho que vivir en la isla no era para todo el mundo. Me estoy dando cuenta de que ese podría ser mi caso. ¿Y si me fuera de la isla? Odiaría vivir lejos de mi marido, pero si no puedo vivir aquí, ¿podría ser una posibilidad?

Sacudo la cabeza ante lo estúpida que es esa idea.

David quería que me quedara aquí un año. Por mucho que quiera concederle eso, no creo que pueda. Me preocupa no ser capaz de ello.

Siento que podría perder el juicio en cualquier momento.

Me he estado diciendo a mí misma que sé que lo que veo es real. La foto de Stacy existía y alguien la robó. Antes de suicidarse, habló con Cordelia. Sé que lo hizo. Mi cerebro no se inventaría algo así.

El detective es real. Me habló a la mañana siguiente de que Stacy se quitara la vida.

Mientras sigo repasando todas las cosas que me han atormentado desde que llegué a la isla, me doy cuenta de que yo soy el denominador común. Yo veo cosas que los demás afirman que no han sucedido. Yo descubro cosas que solo yo he visto. Hablo con gente con la que solo yo he hablado.

Miro hacia el balcón y el horizonte que se oscurece más allá.

¿Qué pensaría Stacy Reemins mientras se acercaba al balcón? ¿Cuáles fueron sus pensamientos al saltar la barandilla? ¿De qué se arrepintió cuando se soltó y cayó a su muerte?

Giro la cabeza e intento mirar la tele de nuevo. Mi imaginación no me permite pensar en otra cosa que no sea Stacy.

Debo de estar traumatizada. David tiene razón. Necesito ayuda. Por el bien de nuestro matrimonio, tengo que escucharlo. No estoy segura de estar lo suficientemente estable como para ver lo que me está pasando.

Respiro hondo y vuelvo a mirar hacia el balcón. Esta vez, hay alguien allí. Me quedo boquiabierta mientras miro al hombre que me devuelve la mirada desde fuera. Cierro los ojos, pensando que me he vuelto loca.

Cuando los abro, el hombre sigue allí.

No es un extraño ni algo creado por mi mente. Es un hombre que reconozco. Lo he visto esta noche en la bodega. El hombre con un lunar en la barbilla que me ha asustado.

Ahora está de pie fuera de mi casa, mirándome. Nuestras miradas se encuentran.

Me doy cuenta de que no me estoy volviendo loca como mi madre. El hombre pone una mano en la puerta del patio mientras yo grito.

# CAPÍTULO 26

Mientras grito con más fuerza, el hombre da un paso atrás. Observo sus manos con espanto, esperando que intenten abrir la puerta del balcón. ¿Está cerrada con llave? No puedo estar segura. En cualquier momento, este hombre podría estar dentro de mi casa. Lo único que puedo hacer es mirar y gritar.

En lugar de eso, el hombre se queda gélido a medida que yo grito más fuerte. Mira a su alrededor y vuelve a mirarme. Se pone un dedo en la boca y me suplica con la mirada.

Entonces, tan rápido como ha aparecido, se marcha hacia la oscuridad. Me quedo en silencio, paralizada, mirando hacia fuera, esperando que venga, o alguna señal de que sigue ahí.

Una voz en mi interior se pregunta si siquiera ha estado allí en un principio.

—¿Qué pasa? —Me doy la vuelta y veo a David bajando las escaleras a toda prisa. Casi se tropieza, pero logra mantener el equilibrio—. ¿Qué está pasando?

—Fuera —digo señalando hacia la puerta del patio—. Hay un hombre fuera. Me estaba observando.

David mira a través de la puerta del patio y corre hacia ella. Le grito que se detenga cuando intenta abrirla.

—No salgas ahí —le digo.

David me mira preocupado. Se dirige rápidamente a la cocina y coge un cuchillo grande antes de volver a la puerta con

determinación. —Quédate dentro —exige—. Echa la llave por dentro. No abras a menos que sea yo.

No discuto. Tengo demasiado miedo como para intentarlo. Mientras él sale al balcón, echo la llave y observo cómo mi marido registra la zona a su alrededor para asegurarse de que no hay un peligro inmediato. Cuando está seguro de que todo va bien, vuelve a mirarme.

—Miraré por los alrededores de la casa. ¡Llama a seguridad! —exige.

Pongo la mano sobre el cristal de la puerta, intentando suplicarle que se quede cerca, pero las palabras no salen de mis labios. Observo cómo David se pierde de vista al rodear el largo balcón.

Me quedo sola en esta casa a oscuras, temerosa por lo que está ocurriendo fuera. Espero a que mi marido grite, preguntándome cuándo descubrirá al hombre de la bodega fuera de nuestra casa. Pero solo hay silencio.

Unos golpes en la puerta principal me sobresaltan. Me acerco despacio, preocupada por lo que pueda haber fuera, cuando oigo su voz.

—Soy yo —grita David—. Todo está bien. Puedes abrir.

Abro el cierre rápidamente y abro la puerta de par en par. David me mira con intensidad. —No he visto a nadie. ¿Has llamado a seguridad?

Miro hacia las calles oscuras y vacías, intentando calmar mis nervios. —No, todavía no. —Miro por detrás de David y de repente veo a dos hombres con linternas corriendo hacia nosotros.

David se gira para ver qué ha captado mi atención y saluda a los guardias con la mano. —Hola, chicos —dice.

—Doctor Parker —dice uno de los guardias, sin aliento—. ¿Qué ocurre? Hemos oído gritos.

David me mira, pero les responde a ellos. —Mi mujer ha visto a un hombre fuera, en el balcón, observándola. He revisado los alrededores de la casa pero no he visto nada.

Uno de los hombres saca su radio y grita algún tipo de código de seguridad. La baja y nos dice que todo irá bien, que nos

quedemos dentro y cerremos las puertas.

David da las gracias a los dos hombres antes de que se marchen. Uno de ellos se dirige hacia un lado de la calle mientras el otro va en dirección opuesta.

David y yo los observamos hasta que él me coge de la mano. —¿Estás bien? —pregunta.

Miro sus ojos suaves, reconfortada por su mirada cariñosa. —Ya no lo sé —respondo.

Me coge de la mano y me guía de nuevo al interior de la casa, cerrando la puerta principal tal como aconsejó el guardia.

David se sienta en el sofá y yo me siento con él. —¿Le has reconocido? —pregunta.

Le cojo la mano. —Sí. Era el hombre de la bodega que hemos visto hoy. El mismo al que el doctor Keenan le ha exigido su nombre.

David levanta una ceja. —Mateo, creo que era.

Niego con la cabeza. —Ese no. Ese era su amigo. —Hago todo lo posible por recordar su nombre; el estrés y el miedo hacen que me resulte más difícil concentrarme—. Era Luis —digo con seguridad —. Luis Reyes.

Otros golpes en la puerta principal me sobresaltan. David me aprieta la mano para consolarme mientras la persona de fuera llama con más fuerza.

—Yo abro —dice con calma.

Sin mirar siquiera por la mirilla, David abre la puerta y Winston Delvies le saluda. —Buenas noches, doctor Parker —dice—. Tengo entendido que ha habido un incidente esta noche.

—Así es —confirma mi marido.

—¿Puedo pasar? —pregunta Winston, y David abre más la puerta—. ¿Puedo hablar con su esposa? —David asiente.

Winston entra en el salón y me saluda con la misma voz fría de siempre. —¿Puede contarme qué ha pasado esta noche, señora Parker?

Respiro hondo antes de explicar lo que he visto.

David se sienta a mi lado en el sofá. —La ha reconocido de la bodega de esta noche. Un hombre llamado Luis Reyes.

Winston repite el nombre para sí mismo y asiente. —Es uno de los nuevos trabajadores de la bodega esta temporada. ¿Está segura de que era él? —pregunta mirándome.

¿Que si estoy segura? ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Acaso está cuestionando que haya visto a un hombre fuera de mi casa para empezar?

—Era él —confirmo. Hago lo posible por calmarme. El brazo de David rodeándome ayuda.

Winston asiente de nuevo. —No quiero que se preocupen. Ninguno de los dos —dice mirando a David—. Tengo a mi equipo registrando el recinto. Haré que uno de mis hombres vaya también a la bodega para echar un vistazo.

—¿Cómo ha podido siquiera entrar? —pregunto—. Esos muros son altísimos. La única entrada es la puerta principal.

Winston me mira. —No se preocupe. Le aseguro que todo está bien.

David acompaña al guardia de seguridad a la puerta principal y le da las gracias por venir tan rápido, antes de que Winston se marche.

*Todo está bien.*

Dejo que las palabras de Winston resuenen de nuevo en mi mente. No está bien. Nada está bien.

Esta noche ha sido la peor de toda mi vida y, de repente, un desconocido está fuera de mi casa, observándome. ¿Cómo puedo seguir viviendo aquí, en esta isla?

¿Cómo podría mi vida ir a peor?

# CAPÍTULO 27

Me estoy volviendo loca.

Es la única respuesta que me parece lógica ahora mismo. Soy la única que oye voces y ve a personas que los demás no oyen ni ven.

Lo único bueno de esta noche es estar tumbada en la cama con David. Reposo sobre su pecho mientras él me acaricia el lateral de la cabeza. He pasado de estar castigada a que me reciban de nuevo en nuestro dormitorio. Todo lo que ha hecho falta ha sido que sintiera que mi vida corría peligro.

Hice que David llamara a seguridad para pedir noticias una hora después de que Winston se fuera, pero no había novedades. Aquel hombre seguía sin aparecer por la bodega. No lo habían encontrado dentro del recinto.

De nuevo, empiezo a cuestionarme lo que vi. ¿Cómo es posible que ninguna de las cámaras de Winston grabara al trabajador de la bodega? ¿Cómo es posible que no lo hayan atrapado ya con el equipo de seguridad de Winston buscándolo?

—Todo va a salir bien —dice David, como si fuera capaz de leerme el pensamiento—. No te preocupes.

¿Cómo no voy a preocuparme? Estoy cuestionando mi propia cordura. Me temo que mi peor pesadilla se está haciendo realidad. Ahora soy como mi madre.

La vida que me espera es entre paredes acolchadas y gente mirándome como si fuera distinta. No puedo soportar eso. No podría sobrellevarlo.

La respiración profunda de David me consuela y casi me arrulla para que me duerma. Por desgracia, mis pensamientos siguen acelerados. Las voces en mi interior hablan todas a la vez, chillando y gritando sobre sus miedos y opiniones.

—Aquí no estás a salvo —dice una voz.

—Deberías marcharte —grita otra.

Imagino a Stacy Reemins acercándose a mí, con sus ojos inexpresivos clavados en los míos. —No deberías haber venido aquí —susurra, golpeando el lateral de su vestido blanco con el gran cuchillo de cocina.

De repente, su rostro se transforma en el de mi madre. —¡Vendrán a por ti!

Me incorporo en la cama, con el corazón acelerado. David ya está profundamente dormido, roncando a medias boca arriba. Salgo de la cama sin hacer ruido y miro por la ventana hacia la oscura calle más allá. La escasa luz proviene de las altas farolas que iluminan la acera y la calzada. Busco cualquier movimiento. Esperando ver al hombre de la bodega aparecer de repente y sonreírme.

Por un momento, me parece ver a alguien entre los arbustos, hasta que parpadeo y me doy cuenta de que es solo un arbusto más pequeño delante de otro, moviéndose con la brisa nocturna.

Me estoy volviendo loca, me digo otra vez.

Esto debe de ser lo que sentía mi madre. Lo cuestionaba todo a su alrededor, pero en lugar de darse cuenta de lo que estaba pasando, creía que sus pensamientos eran reales.

Yo estoy haciendo lo mismo ahora.

Me giro y miro a David, que duerme plácidamente en la cama. Ojalá pudiera despertarlo y exigirle a mi marido cirujano que me abriera el cerebro y me quitara el trozo que me está haciendo perder la cabeza.

Si tan solo fuera así de sencillo.

La esquizofrenia no tiene cura. Tienes que aprender a vivir con ella. Tienes que aprender a vivir con el parloteo constante de las voces en tu cabeza, con los delirios que piensas y las alucinaciones que ves.

No soy lo bastante fuerte para vivir así.

Unas luces se encienden calle abajo, captando mi atención. Al principio me cuesta verlo, pero reconozco que las luces son de la clínica. De repente, otra luz se enciende frente a la entrada.

Más adelante en la carretera, veo un vehículo grande aproximándose hacia aquí. Reconozco el Escalade de Winston de inmediato. Se detiene frente a la clínica. Winston sale y rodea el vehículo para abrir la puerta trasera del lado del pasajero. Una mujer sale de él.

Entorno los ojos e intento distinguir lo que estoy viendo. No hay duda de quién es la mujer; lo que no entiendo es qué hace en la clínica a estas horas.

Selene Ashford entra en la clínica con Winston siguiéndola de cerca.

Esto no puede ser real. ¿Qué está pasando?

# CAPÍTULO 28

Algo está pasando en esta isla. Lo que no sé es si solo está en mi cabeza o no.

Mientras me escabullo por el exterior, ocultándome de los focos y las cámaras, me pregunto si no será una combinación de ambas cosas. También pienso que lo que estoy haciendo es una locura, escabullirme de esta manera, pero tiene un propósito.

Necesito saber qué está ocurriendo. Incluso si descubro que todo son imaginaciones mías, tengo que llegar hasta el final.

Han traído a Selene Ashford a la clínica en plena noche. La expresión de su rostro me tiene preocupada. ¿Por qué la traían aquí con el jefe de seguridad detrás de ella?

¿Ha sido contra su voluntad? ¿Está en peligro?

Al llegar al exterior de la clínica, me digo a mí misma que tengo que saber el motivo. ¿Estaba ella siquiera aquí? ¿Habrá sido todo fruto de mi imaginación?

Me acerco con sigilo a la puerta principal de la clínica y tiro del pomo. Para mi sorpresa, se abre. Sonrío, pero al girar la cabeza, veo una cámara de seguridad orientada hacia la puerta, y hacia mí.

Me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Puede que los de seguridad ya sepan que estoy aquí. De perdidos, al río. Mejor sigo adelante ahora.

Miro una vez más a la cámara y la luz roja que parpadea en ella antes de entrar. David me enseñó la clínica la semana pasada

durante el día. Con la mayoría de las luces apagadas, salvo unas pocas tenues en el pasillo, se ha vuelto inquietante. Me imagino que, si esto fuera una película de terror, este sería el momento en el que el malo saltara de la nada para darle un susto al público.

La zona de recepción está a oscuras y la mujer, típicamente alegre y jovial, que David me presentó no está sentada tras el mostrador.

Es entonces cuando oigo un sonido. Es tenue, pero me detiene en seco de inmediato.

Música de piano.

Ahora estoy segura de que me estoy volviendo loca.

Una suave música de piano suena por los pasillos. Es relajante. Es el tipo de música que escucharía un insomne para intentar dormir. Me imagino a mi madre en una habitación blanca acolchada escuchando esta música.

A medida que avanzo lentamente por el pasillo, el sonido se hace más fuerte.

De repente, una puerta se abre y Winston sale de ella consultando su reloj. Dejo de respirar por completo; está a solo unos pasos de mí. Solo tiene que levantar la vista para verme.

Su radio emite un pitido y una voz pregunta por él. Desengancha el terminal de su cinturón de servicio y responde a su equipo.

Mientras está distraído, regreso rápidamente a la recepción y me escondo tras el mostrador.

—Recibido —dice Winston por la radio mientras camina con paso pesado y ruidoso por el pasillo y abandona la clínica. Pasados unos instantes, asomo la cabeza por encima del mostrador y miro a través de las puertas de cristal de la clínica; no lo veo a él ni a su Escalade aparcado fuera. Se ha ido.

Ya más segura, vuelvo al lugar por donde vi salir a Winston. Al desvanecerse la música ambiental relajante, las voces de la gente dentro de la sala de consultas se vuelven más nítidas.

—Estoy lista, Dr. Keenan —dice una voz familiar. Selene Ashford suelta una carcajada—. Ábreme de una vez y acabemos con esto. He esperado demasiado tiempo. No puedo aguardar más.

Miro por la rendija de la puerta y los veo a ambos. Selene está sentada en una silla y el Dr. Keenan está de pie junto a ella. Una mujer que reconozco como la recepcionista está al lado de Keenan.

—Solo tengo que recordarle los riesgos de este tipo de cirugía —dice él—. ¿Ha comido o bebido algo en las últimas veinticuatro horas?

—Soy consciente de todo —confirma Selene—. Y no. Estoy lista.

—Bien —dice Keenan. Se gira hacia su recepcionista y le susurra algo. La mujer anota algo en un bloc—. La prepararemos y lo haremos esta noche.

—Perfecto —dice Selene.

¿Cirugía? ¿Ahora? ¿A estas horas de la noche?

El Dr. Keenan mencionó que prefiere operar a última hora del día, pero esto no tiene sentido. Avanzo sigilosamente por el pasillo y, al hacerlo, la suave música de piano se vuelve más atronadora.

La fuente de la música es el quirófano. Hay una única luz encendida. Al acercarme, paso por delante de la oficina de Keenan y David. Me detengo un momento y miro el póster de la pared.

—Conozca a su cirujano —dice, burlándose de mí.

Lo que antes me parecía tierno ahora me resulta inquietante. Ni siquiera el rostro sonriente de David mirándome desde la foto del tablón logra calmar mis nervios. Abro la puerta del quirófano y casi suelto un grito al verlo.

Bajo la única luz de la sala, hay un hombre durmiendo en una cama de hospital. Es Luis. El hombre que vi en mi ventana hace unas horas está aquí ahora.

Me coloco junto a él. ¿Está realmente dormido o muerto? La máquina a la que está conectado pita y muestra signos de vida con la línea moviéndose en su pantalla. Una mesa a su lado está cubierta por un paño azul. Encima hay una serie de bisturís y otros instrumentos metálicos.

¿Es esto real?

¿Cómo es posible? Alargo la mano y toco al hombre, sintiendo su piel bajo mis dedos.

Aunque la música es relajante, también está alta y, al principio, apenas oigo los pasos que se acercan por el pasillo. Cuando veo una silueta voluminosa a través del cristal aproximándose al quirófano, sé al instante de quién se trata.

El Dr. Keenan entra por las puertas batientes mientras yo me apresuro hacia un lado de la sala. Carece de un escondite adecuado, pero por suerte la esquina de una estantería ayuda a ocultar mi presencia. Si el Dr. Keenan o la recepcionista encienden la luz, me verán al instante.

Me tapo la boca, intentando calmar mi respiración y contener mis gritos.

El Dr. Keenan observa la máquina conectada al hombre y asiente. Luego se queda de pie sobre él, con la cabeza inclinada mientras lo mira. Coge un bisturí con su mano enorme y respira hondo.

Impresionada, me apoyo en la estantería y, para mi horror, esta se mueve ligeramente.

El Dr. Keenan mira alrededor de la sala, pasando la vista por donde estoy yo. La recepcionista entra por la puerta. —La Sra. Ashford ya está preparada.

—Perfecto —dice Keenan—. Quédate con ella.

La mujer asiente y sale de la habitación. El Dr. Keenan vuelve a centrar su atención en el hombre de la cama, cerniéndose sobre él. Sin dudarlo, clava el bisturí en el pecho del hombre.

# CAPÍTULO 29

Observo con horror cómo el Dr. Keenan realiza incisiones en el hombre. Me siento mareada al ver el pecho de Luis completamente abierto, revelando su corazón latiente.

El Dr. Keenan contempla su trabajo y se baja la mascarilla quirúrgica, con una sonrisa de suficiencia. Mira la máquina, que sigue emitiendo pitidos, confirmando que el hombre aún está vivo.

Empieza el coro de piano y el Dr. Keenan levanta las manos y toca un teclado imaginario en el aire. Las puntas de sus guantes están cubiertas de sangre. Sigue teniendo el bisturí en la mano y ahora lo utiliza como lo haría un maestro, moviéndolo con elegancia al ritmo de la música.

Mira al hombre y vuelve a depositar la hoja sobre el paño, respirando profundamente. Las puertas dobles se abren y la recepcionista entra empujando otra camilla en la que yace Selene Ashford, inconsciente.

—Sus constantes son buenas —dice la recepcionista.

—Perfecto —dice el Dr. Keenan—. Coloca la camilla al otro lado. Cuando me doy cuenta de que está señalando hacia donde yo estoy, hago todo lo posible por ocultar más mi cuerpo tras la estantería, pero es imposible.

Su asistente traslada a Selene tal y como él ha solicitado. Keenan hace un gesto hacia la puerta y ella se marcha de inmediato. Keenan se toma su tiempo para conectar una máquina distinta a

Selene y comprobar sus constantes antes de quitarse los guantes, lavarse las manos y ponerse unos nuevos.

Vuelve a comprobar la máquina y coge un bisturí limpio. Como si no fuera lo bastante horripilante ver cómo abría a Luis, hace lo mismo con Selene, hasta que su corazón también queda al descubierto.

Me tapo los ojos, ya que mi cerebro no permite que mis párpados se cierren para bloquear las terribles imágenes que estoy presenciando. Siento ganas de vomitar por todo el quirófano impecable y, en un momento dado, trago para que un sabor agrio y ácido no me suba por la garganta.

El Dr. Keenan respira profundamente, inclinándose de nuevo sobre Luis. Mira sus constantes por última vez antes de coger la cuchilla y hundirla en el pecho abierto. El latido rítmico del monitor se convierte de repente en una línea plana.

Paralizada por el miedo, no había comprendido lo que estaba sucediendo hasta ahora. Veo cómo el Dr. Keenan extrae el corazón de Selene y lo deposita en un recipiente. Luego saca el corazón de Luis Reyes y lo coloca en el pecho abierto de Selene.

Momentos después, el pulso de Selene recobra la vida y el Dr. Keenan mira su monitor, analizándolo personalmente. Luis yace muerto en su camilla.

Observo cómo el Dr. Keenan cierra el pecho abierto de Selene. Llama a voces a su asistente, que vuelve a entrar en la sala.

—Llama a seguridad e infórmales de que hemos terminado. La señorita Ashford está lista para ser trasladada a la sala de reanimación, por favor. —La asistente hace lo que se le pide y se lleva a Selene.

Una vez que se ha ido, Keenan se queda junto al cadáver de Luis. Con su mano ensangrentada, apaga la máquina a la que está conectado y le da unos golpecitos en el hombro al difunto.

A los pocos minutos, un miembro del equipo de seguridad de Winston entra en la habitación con un bidón azul en una carretilla. Deja el contenedor frente al hombre muerto.

—Doctor Keenan —dice, saludando a Will.

Will Keenan se quita la mascarilla y sonríe. —Gracias, John. Os agradezco que os hayáis quedado hasta tarde esta noche.

—No es ningún problema, señor —dice el guardia.

El guardia abre el contenedor y otro guardia entra en la sala. Con tres hombres en la habitación y mi vida en juego, intento por todos los medios encogerme contra la pared y ocultarme tras el estante metálico sin hacer ruido.

Temo que, al haber terminado la cirugía, uno de los guardias encienda la luz, pero afortunadamente eso no ocurre. El Dr. Keenan se dirige a una radio al otro lado de la habitación y apaga la música de piano. Al no haber ya sonido de fondo que me ayude a ocultar mi presencia, me esfuerzo al máximo por no hacer el menor ruido. Siento que el más mínimo sollozo me delatará.

Los dos guardias levantan el cadáver de Luis Reyes y lo depositan con cuidado en el contenedor azul. Uno de los guardias empieza a abrir varios recipientes pequeños y a verter algún tipo de líquido en el bidón.

Lo único que puedo hacer es mirar con miedo.

Todo lo que he visto desde que llegué a la isla es real. Aterrorizada por mi propia vida, desearía estar volviéndome loca.

Una vez satisfecho con la cantidad de líquido en el bidón, uno de los guardias lo sella herméticamente.

Esta noche quería respuestas y, aunque empiezo a vislumbrar lo que está ocurriendo, me pregunto cómo mi marido ha podido traerme aquí. ¿Cuánto sabe él?

Esta clínica no es de cirugía estética.

De repente, las puertas del quirófano se abren y entra David. Mira el bidón azul y luego a Keenan con rostro frenético. —Ha desaparecido.

# CAPÍTULO 30

—Tranquilízate, David —la voz de Keenan retumba, sobresaltando a mi marido. Keenan levanta una mano ensangrentada hacia él—. ¿Adónde ha ido Lily?

David parece asustado. —No lo sé. No la encuentro por ninguna parte en la casa. No está fuera. He mirado las rocas desde el balcón, temiendo lo peor. —David se cubre la cara—. No puedo dejar de ponerme en lo peor.

—¡Cálmate de una vez! —grita Keenan con la voz menos calmada del mundo—. Deja de gimotear, no lo soporto. —Pone la mano sobre el hombro de David.

—Está bien —dice él, recuperando la compostura rápidamente, hasta que se fija en la mancha de sangre donde estaba la mano de Keenan.

El doctor Keenan mira a los guardias, que han interrumpido momentáneamente su trabajo. —Buen trabajo, caballeros. —Keenan se vuelve hacia mi marido mientras los dos guardias sacan de la habitación el contenedor azul con Luis dentro.

Una vez que se han ido, Keenan clava la mirada en mi marido. Puedo sentir cómo David se encoge ante la mirada del doctor.

—¿Qué? —le dice a Keenan.

Will agarra rápidamente a David por la camisa, empujándolo contra la pared y levantándolo del suelo. —Maldita comadreja —dice

entre dientes—. Ella no lo sabe, ¿verdad? Nunca le dijiste a Lily lo que hacemos aquí.

David parece conmocionado. —No, no lo sabe.

—¡Idiota! —le grita Keenan, lanzándolo al suelo. David se levanta lentamente del suelo, poniéndose de nuevo en pie—. ¿Crees que viviría en la isla sin darse cuenta? Lo has puesto todo en peligro por no hacérselo saber.

—No habría venido aquí de haberlo sabido.

Keenan baja la cabeza. —¿Sabes lo que he sacrificado para estar aquí? ¿Tienes idea de lo que he hecho?

—Bryce —susurra David.

Keenan asiente. —Era tan estúpido como tú, David; quizás incluso más lerdo, si es que eso es posible. Quiso dejarlo y se enteraron. ¿Sabes dónde está ahora? ¿Tengo que decírtelo? Está con el resto, en un contenedor azul, para no ser encontrado jamás. —El doctor Keenan le hinca su grueso dedo en el pecho a David—. Tuve que dejar que lo hicieran. Pensé que podrías manejar esto, David.

—Puedo hacerlo —dice él—. Encontraré a Lily. Le diré la verdad. Estará de nuestra parte.

—Ya has dicho antes que no lo estaría —dice Keenan, a un centímetro de su cara—. Has dicho que nunca habría venido aquí.

—Por favor —dice David—. Puedo arreglarlo. La encontraré.

Keenan niega con la cabeza. —Ya has metido la pata bastante. Vete a casa. Espera a tu mujer. Si llega a casa, llamas a Winston. ¿Entendido?

David asiente lentamente. —¿Van a hacerle daño?

—¿Lo has entendido, David? —grita Keenan—. No eran instrucciones difíciles. ¿Lo has entendido o no?

David asiente de nuevo. —Me quedaré en casa y los llamaré si viene.

Winston entra en la habitación. Los mira. —Tengo entendido que tenemos un problema.

Keenan sigue mirando fijamente a David. —Vete, David. —Mi marido hace lo que le ordenan. El doctor Keenan respira hondo y mira a Winston—. Tenemos un problema —confirma—. La mujer.

—Lily —dice Winston—. Ha desaparecido.

El doctor Keenan asiente. —Ocúpate de ello, Winston.

# CAPÍTULO 31

Llevo escondida en el quirófano lo que me parece una eternidad. Keenan y Winston se han marchado hace rato, pero desde entonces me he quedado petrificada.

¿Qué hago ahora? ¿Adónde puedo ir? ¿Cómo salgo de esta isla?

El doctor Keenan le ha dicho a Winston que se «encargara» de mí. Sé lo que eso significa. Un contenedor azul me espera para que me arrojen dentro.

Mi mente va a mil por hora pensando en qué hacer. Necesito escapar de aquí.

Mientras tanto, una voz en mi interior me dice que me rinda. Incluso mi propio marido me ha traicionado. David aceptó este trabajo en la isla sabiendo lo que hacen aquí.

La Clínica Northwind no es de cirugía estética. Eso salta a la vista. Los ricos vienen aquí a por órganos nuevos. La clínica les proporciona la privacidad necesaria para obtenerlos y una población infinita de la que extraer lo que necesitan.

Los trabajadores inmigrantes de México. ¿A cuántos ha asesinado el doctor Keenan? ¿Cuántos corazones, hígados, ojos y cualquier cosa que pudieran aprovechar les han extirpado a estas personas? ¿Cuántos barriles azules más están llenos de seres humanos?

Si me cogen, mi cuerpo estará con el resto muy pronto.

¿Cómo ha podido David hacerme esto? ¿Cómo ha podido trabajar voluntariamente en una clínica como Northwind? Decía que quería ser cirujano para ayudar a la gente. ¿Estaba dispuesto a matar para conseguirlo?

Pienso en Ernest Davenport. Murió durante su operación. El anciano necesitaba un órgano que probablemente no podría obtener de una lista de donantes debido a su edad. Pero tenía el dinero, y esta clínica funciona para atender esas necesidades a cambio, seguramente, de un precio muy alto.

Selene Ashford es otra. Mi supuesta mejor amiga en la isla no es mejor que David o el doctor Keenan. Tenía que saber que alguien debía morir para que ella tuviera su nuevo corazón.

Qué ser humano tan despreciable.

Todos ellos son despreciables. Y David es uno de ellos.

El programa de noticias que he visto esta noche hablaba del tráfico de órganos que se lleva a cabo en países de todo el mundo. Fui una ingenua al pensar que no podría ocurrir en el mío. Aquí es peor. Está más organizado. Si un hígado vale un par de cientos de miles, ¿cuánto le costaría a alguien un corazón nuevo?

Toda esta isla podría funcionar con unas pocas cirugías por lo que probablemente les cobraron a personas como Ernest Davenport y Selene Ashford.

No debería haber venido. Ahora me doy cuenta de lo que decía Stacy Reemins. Sus palabras tienen sentido ahora que he descubierto la horrible verdad.

Sigo sin poder creer que David me haya hecho esto. De verdad pensaba que me quedaría en un complejo como este. ¿Le he importado alguna vez? Ha preferido hacerme creer que me estaba volviendo loca antes que decirme la verdad.

Pienso en mi viaje a México. Mi supuesta luna de miel pagada por el doctor Keenan. Allí conocimos al misterioso Alonso, que nos dio miles de dólares como regalo.

Un inversor, lo llamó David. Ahora sé que esta clínica se extiende mucho más allá de estos muros. ¿Cuánta gente más está implicada?

¿La policía? ¿Los políticos? ¿Los cárteles de México? ¿Hasta dónde llega la corrupción?

Mientras mi mente divaga, y mientras permanezco desesperadamente en la oscuridad, me doy cuenta de que puede que esté a salvo por ahora, pero si me quedo aquí, me encontrarán pronto.

Nunca he visto dónde se encuentra la oficina de seguridad de Winston. Había un edificio pequeño cerca de la puerta principal, y me había preguntado si era allí donde estaban él y su equipo de seguridad. ¿Cuántas cámaras hay en este complejo?

Imagino a un guardia revisando las grabaciones, empezando por mi casa, mirando el vídeo de después de que Winston se fuera esta noche, pasando fotograma a fotograma buscando cualquier indicio de cuándo me fui.

Tarde o temprano me verán. Me preocupaba que, al colarme en la clínica y ser captada por las cámaras, alguien viniera pronto y me encontrara de inmediato. No ha sido el caso. Quienquiera que estuviera tras el monitor no debe de haberme visto todavía.

¿Cuánto tiempo seguirá siendo así?

Cuanto más tiempo me quede aquí, mayores serán las probabilidades de que mi destino me alcance pronto. Tengo que escapar.

¿Cómo?

Recuerdo la visita que Charles me hizo por la casa de la playa. Había motos de agua en el muelle. Todo lo que necesito es conseguir las llaves. El trayecto de vuelta a tierra firme podría llevar algún tiempo. ¿Tendrán las motos suficiente combustible para llegar? No hay forma de saberlo.

Tampoco había chalecos salvavidas.

¿Y si me quedo tirada en el agua? No nado muy bien. Nunca lo lograría.

Keenan y su equipo ni siquiera tendrían que matarme. El mar embravecido que rodea la isla se encargaría de ello por ellos.

Doy un paso hacia las puertas dobles para salir del quirófano. Muerta de miedo, me preocupa que un solo paso delate mi posición.

Imagino a un equipo de guardias de seguridad persiguiéndome por todo el complejo.

Doy otro paso y, al poco tiempo, consigo asomarme por las puertas. El pasillo está vacío y tenuemente iluminado. Abro la puerta y esta roza contra el suelo, con un eco que resuena en el pasillo. Me encojo, esperando que Winston aparezca y me vea.

Pero eso no sucede. Avanzo lentamente por el pasillo y me asomo al otro corredor. Aparte de mí, no hay señales de vida por ninguna parte, afortunadamente. Me acerco sigilosamente a la puerta principal. Sé que al hacerlo la cámara puede pillarme in fraganti, ¿pero qué más puedo hacer?

Cuando empujo la puerta de cristal, no se mueve. Me entra el pánico hasta que me doy cuenta de que está cerrada con llave. Respiro hondo, la abro y salgo. La cámara que apuntaba a la puerta principal está orientada ahora hacia la calle, en dirección opuesta a mí.

Todavía no saben que he estado escondida dentro de la clínica, me doy cuenta. Están peinando las calles. La playa está a casi treinta minutos a pie. Podría tardar horas en llegar allí a hurtadillas. Incluso si lo consigo, ¿no estará Winston esperándome allí?

Es el lugar más lógico al que ir cuando quieres escapar de este sitio. Probablemente tenga al menos a un guardia allí.

Podría haber otra forma de salir. Miro a mi alrededor, a los altos muros blancos que me aprisionan en este complejo.

Oigo el motor de la cámara mientras gira. Me escondo rápidamente detrás de un arbusto. Miro a través de las hojas y veo que sigue girando, pero no del todo en mi dirección. Sin embargo, si me muevo, seguro que me capta.

¿Qué probabilidades hay de que las cámaras tengan algún tipo de visión nocturna? Sabiendo lo en serio que se toma Winston su trabajo, podría ser el caso.

Cuando oteo la noche, lo veo. Charles, el de mantenimiento. El anciano está apoyado en su carrito de golf, fumando.

El carrito de golf es exactamente lo que podría usar para llegar rápido a la playa. Aunque seguro que me encontrarían. Con algo de

ventaja, podría llegar a las motos de agua. Podría ser mi única salida de aquí.

Oigo voces que vienen de la carretera. Cuando miro, veo a dos guardias con linternas. Están examinando la zona a fondo, mirando detrás de cada árbol y en cada rincón y recoveco.

Asustada, me cuesta calcular cuánto tardarán en descubrirme. Al ritmo que van, podrían ser minutos. Si intento volver a entrar en la clínica, la cámara me detectará fácilmente. Miro a través de las ramas y veo que la cámara todavía apunta casi hacia mí.

Al darme cuenta de que no tengo más opciones, corro rápidamente hacia Charles.

El anciano da un salto cuando me acerco. —Charles —susurro —. Necesito tu ayuda. Por favor. —Charles mira a su alrededor y ve a los dos guardias, luego vuelve a mirarme a mí—. Necesito tu carrito.

Me mira con preocupación antes de dar un paso atrás y llevarse una radio a la boca. —¡Está junto a la clínica! ¡Está aquí!

Me quedo boquiabierta y Charles se abalanza sobre mí. Lo empujo y el anciano tropieza con sus propios pies, cayendo al suelo y gritando de dolor. —¡Está aquí! —grita.

Corro hacia su carrito y, por suerte, las llaves están puestas. Me subo de inmediato y lo arranco, pisando el acelerador a fondo. Casi me caigo del carrito al dar un giro brusco por la carretera asfaltada. Paso por delante de los dos guardias mientras estos intentan alcanzarme. Miro hacia atrás y veo a uno de ellos hablando por su radio.

Con el corazón a mil, conduzco por la carretera hacia la playa. Una cámara gira y me mira directamente. Ya saben dónde estoy. Ahora solo es cuestión de tiempo que me atrapen.

Sin embargo, este complejo es pequeño. Sé que no hay tiempo suficiente para llegar a la playa sin que un guardia o varios me estén esperando.

Cuando salgo del campo de visión de la cámara, dirijo el carrito hacia un árbol y me bajo. La espesura de los árboles a lo largo del camino puede ser la única forma de salir de esta. Puedo esconderme. Pensar en una forma mejor de escapar.

Lo de la playa no funcionará. Lo sé. Eso no deja muchas opciones. Acabarán encontrándome en el bosque, pero me dará más tiempo para pensar qué hacer. Corro entre los árboles rápidamente, mirando hacia atrás una sola vez antes de perder de vista la carretera.

No oigo voces cerca. Me doy cuenta de que tengo tiempo. A medida que sigo corriendo, los muros blancos se acercan. Muy pronto me encuentro en el límite del complejo.

Tiene que haber otra forma de escapar. Los árboles son altos. Incluso ahora que mi vida depende de ello, no creo que pudiera escalarlos. Las ramas parecen demasiado débiles para sostenerme y las que podrían hacerlo están demasiado altas.

Sigo bordeando el muro, esperando encontrar una oportunidad.

Finalmente, la encuentro.

Bajo una sección del muro hay una puerta ancha con dos guardias.

# CAPÍTULO 32

Observo a través de los arbustos mientras los dos guardias hablan entre sí. Estoy lo suficientemente cerca como para oír parte de lo que dicen. Por si no estuviera ya bastante asustada, los dos están hablando de mí.

—Winston tiene a unos cuantos guardias esperando en la casa de la playa ahora mismo —dice uno al otro.

El guardia sacude la cabeza. —¿Apostamos cuánto tardan en encontrarla? Yo digo que treinta minutos, como mucho.

—Dale algo de crédito. Parece que está en buena forma. Les va a dar guerra a los guardias. Imagínate a Harry persiguiéndola por el bosque. —Los dos se ríen.

—Se escaparía si él la encontrara.

Un movimiento tras la verja, en el exterior del recinto, llama su atención. Puedo ver una rampa para barcos justo al otro lado del muro.

Una embarcación de tamaño medio se aproxima y los guardias abren la verja. Al poco, un hombre alto aparece a través de ella, saludando a los otros guardias. Lo reconozco de inmediato.

El detective Andrews. Solo que ahora lleva el mismo uniforme que ellos.

—¿Qué está pasando aquí esta noche? —pregunta el supuesto detective a los guardias.

Uno de ellos se ríe. —La mujer del cirujano ha desaparecido.

Él niega con la cabeza. —Le dije a Winston que esa mujer era un problema. Deberían haber acabado con ella de inmediato.

—¿Qué van a hacer con el cirujano?

Andrews arquea una ceja. —En mi opinión, deberían encargarse de los dos. —Mira a su alrededor—. ¿Dónde está vuestro hombre? No quiero quedarme aquí fuera congelándome con vosotros toda la noche.

—Harry viene con la entrega —responde uno de ellos.

—Harry. —El detective Andrews se ríe—. Estaré carlangas para cuando llegue aquí. —Aparecen unas luces al final del camino. Poco después, un guardia que maneja una carretilla elevadora con un contenedor azul aparca frente a los tres.

—¡Harry! —grita uno de ellos—. Ya te ha valido. Tenías que haber estado aquí hace treinta minutos.

—Chicos, relajaos —dice el guardia llamado Harry.

Andrews suelta una carcajada. —Si me hubieras hecho esperar más, estarías dentro de uno de esos —dice, señalando el barril azul. Los otros guardias se ríen, pero a Harry no parece hacerle gracia. Andrews señala detrás de él—. Bueno, ya conocéis el procedimiento, muchachos. Espabilad.

Harry conduce la carretilla a través de la verja, y los otros guardias y Andrews le siguen. Me muevo por los arbustos para ver mejor. Andrews supervisa mientras los tres guardias intentan subir el barril al barco. El barril se le resbala a uno de las manos y rueda por la rampa hasta el agua.

—¡Imbéciles! —les grita Andrews a los tres.

—¡Ha sido Harry! —grita uno—. Lo ha soltado él.

—¡Cállate! —responde Harry a gritos—. No he sido yo.

Andrews niega con la cabeza. —Bueno, no dejéis que se hunda en aguas poco profundas, muchachos. Sacadlo y subidlo al barco. Tengo que descargarlo en otro lugar.

Mientras los tres guardias lo intentan y siguen fracasando, el falso detective no deja de sacudir la cabeza. —Lo estáis haciendo mal, muchachos. —Se acerca y continúa menospreciándolos mientras intenta explicar cómo hacerlo correctamente. Finalmente suspira—. Atontados. Dejad que os enseñe.

Ahora los cuatro están trabajando juntos para subir el barril al barco. Mientras lo hacen, veo mi oportunidad. Salgo a la calle, bajo las luces. Bastaría con que uno de ellos se girara. Por suerte, todos están absortos en la misión que tienen entre manos.

Cruzo rápidamente la verja y avanzo pegada al muro blanco. Hay varios arbustos cerca y me escondo tras ellos. Echo un vistazo y veo que los guardias han logrado subir el barril al barco.

—Gracias —dice el detective—. Ahora estoy empapado.

Los dos guardias bajan la cabeza, a excepción de Harry, que se ríe.

—Bueno, si no quieres mojarte, quizá no deberías estar en un barco. —Harry no puede contener la sonrisa.

Andrews se le queda mirando. Me imagino que en cualquier momento sacará un arma y le pegará un tiro al guardia. En lugar de eso, sonríe y se ríe. Los otros dos guardias se unen.

—Realmente eres un imbécil, Harry —dice Andrews. Pone el motor en marcha.

—Hasta la próxima —dice Harry. Los tres guardias observan cómo Andrews comienza a alejarse. Me hundo en el arbusto, preocupada por que la luz de su barco me descubra. Afortunadamente, pasa de largo. Observo cómo los tres guardias entran de nuevo en el recinto y cierran la verja.

He conseguido salir de los muros de la clínica. Miro hacia las aguas agitadas y me invade una sensación terrible.

¿A dónde puedo ir? Puede que esté fuera del muro alto, pero sigo en una isla. El horizonte está oscuro, a excepción del tenue resplandor rojo de las hogueras de los trabajadores de la bodega.

# CAPÍTULO 33

Corro todo lo rápido que puedo por el perímetro del muro, aprovechando los pocos árboles y arbustos que hay para cubrirme. De vez en cuando miro hacia atrás, con el temor de que en cualquier momento aparezcan hombres persiguiéndome, linternas en mano.

Pronto, el muro termina y me encuentro corriendo por la playa. A medida que el muro se aleja, diviso el resplandor de las hogueras de los trabajadores migrantes ante mí.

Me detengo un momento para recuperar el aliento y pensar en mi próximo movimiento. Al girarme, observo el agua fría, oscura y agitada frente a mí. Sin duda me ahogaría si intentara cruzarla. En la oscuridad, ni siquiera alcanzo a ver hacia dónde tendría que nadar.

El trayecto en barco hasta la isla duró más de treinta minutos. ¿Cuánto tiempo podría aguantar nadando?

Al darme cuenta de que no es una opción, vuelvo la vista hacia las hogueras y las tiendas distantes cerca de la bodega. Es el único lugar al que ir.

Empiezo a caminar hacia ellos y, por un momento, oigo gritos lejanos. ¿Alguien del complejo habrá descubierto dónde estoy?

Empiezo a correr a toda prisa, con el corazón saliéndome del pecho. Mi mente me juega malas pasadas en la oscuridad. Por muy rápido que corra, parece que las hogueras no se acercan. Miro hacia atrás, hacia los altos muros blancos que, de alguna manera, parecen estar más cerca.

No me detengo, a pesar de todo. Mi mente solo puede engañarme durante un tiempo. De repente, aparecen personas a la vista. Uno de ellos está sentado junto al fuego tocando la guitarra y otros pocos dan palmas y cantan. Otro hombre tiene una botella de vino en la mano y da un largo trago, riendo.

El hombre de la guitarra es el primero en verme llegar entre las tinieblas. Baja el instrumento y me señala, y los demás se levantan, gritándome algo en español.

—¡Por favor! —chilló—. ¡Ayudadme! Necesito ayuda. Vienen a por mí.

Los hombres se miran entre sí, confundidos, y uno de ellos da un paso hacia delante, diciendo algo rápido en español.

—En inglés —digo—. ¿Alguien de aquí habla inglés? Ayuda. Necesito ayuda.

Uno de los hombres me mira de forma extraña y se aleja de la hoguera, dirigiéndose hacia la bodega.

—¡No! —le grito—. ¡Para! No vayas a buscarlos. Me llevarán.

Un hombre me coge de la mano y suelto un grito. —Está bien —dice el trabajador en inglés. Me calmo al darme cuenta de que es el otro hombre de la bodega que vi esta noche. El del pelo engominado.

—Tú eres el que vi esta noche —digo—. Mateo.

El hombre asiente. —¿Qué haces aquí?

—Necesito ayuda, Mateo. Los hombres del complejo me persiguen.

Mateo mira hacia atrás, hacia los altos muros. Unos cuantos trabajadores más se reúnen alrededor del fuego para ver qué ocurre.

—¿Por qué te persiguen? —pregunta, confundido.

—He escapado de allí —digo, recorriendo con la mirada los rostros de los trabajadores alrededor de la hoguera mientras intentan comprender qué hago allí. Algunos de ellos cuchichean entre sí.

Miro al hombre que abandonó el campamento hace unos instantes, que todavía va de camino a la bodega.

—¿A dónde va? —pregunto—. No va a llamar a seguridad, ¿verdad? Tienes que hacer que se detenga.

Mateo mira hacia el campo y de nuevo a mí. Uno de los hombres a nuestro alrededor le dice algo a Mateo en español. Él responde.

—Algunos tenemos miedo —dice—. No queremos meternos en problemas por lo que sea que esté pasando.

Lo miro fijamente. —Vuestro amigo, Luis… el Dr. Keenan lo ha matado.

—¿Muerte? —repite Mateo. Más hombres empiezan a alzar la voz y Mateo les hace señas para que se callen—. ¿Cómo que ha matado a Luis? Lo deportaron. Lo despidieron después de lo que ha pasado esta noche.

—¡No! —grito—. Lo he visto con mis propios ojos. Por eso he escapado. Lo han matado. Lo han tirado en un bidón azul.

Mateo me mira desconcertado. Se gira hacia el hombre que se dirige a la bodega. Le grita algo a uno de los otros que están ante el fuego, quien sale corriendo por el campo hacia el otro hombre.

—No podéis dejar que sepan que estoy aquí —digo—. La próxima seré yo.

Algunos de los hombres le hablan a Mateo, sin duda preguntándole qué ocurre. Mateo acalla al grupo de nuevo y me clava la mirada. —Tienes que contárnoslo todo.

Reunidos en una de las tiendas más grandes, un grupo de hombres me rodea mientras le cuento a Mateo todo lo que he averiguado sobre la clínica. Empiezo diciéndoles que vi a su amigo por mi ventana. Explico que vi a una paciente entrar en la clínica por la noche y que la seguí al interior. Describo los macabros detalles de cómo el Dr. Keenan operó a su amigo, lo mató y le puso su corazón a Selene.

Hago pausas frecuentes en mi relato para que Mateo tenga tiempo de traducírselo a la impaciente multitud. Los hombres a nuestro alrededor empiezan a gritar palabras que no entiendo y sacuden la cabeza con asco.

—Esta no es una clínica de cirugía estética —le digo a Mateo —. Os están matando y os están robando los órganos.

Mateo me mira fijamente, con la rabia creciendo en sus ojos oscuros. El resto de los hombres a nuestro alrededor parecen igual

de indignados.

—Tengo que salir de esta isla —digo—. Todos tenemos que hacerlo. No nos podemos quedar aquí.

Mateo se toma un tiempo hablando con los hombres que lo rodean. A ratos, gritan entre ellos. Algunos me miran como si yo fuera uno de los hombres que les están haciendo esto.

Mateo vuelve a encontrarse con mi mirada. —Están enfadados. Yo también lo estoy. —Señala con la cabeza a un hombre con un bigote espeso—. Ese es Aldo. Su hermano vino la temporada pasada. Nunca regresó a casa. Parte de la razón por la que vino a la isla era para descubrir dónde podía estar su hermano. Otros conocen a gente que nunca volvió a casa después de la temporada.

Un hombre le grita a Mateo. Mateo se gira hacia él y le empuja, señalándole con el dedo. El hombre se calla y Mateo vuelve a mirarme. —El dinero que nos pagan no es mucho en este país, pero en México es bueno. La mayoría trabajamos aquí para enviar dinero a nuestras familias. A veces, sin embargo, cuando estos hombres deberían volver a México con un montón de dinero, no llegan a casa y muchos asumen que simplemente se quedaron con el dinero para ellos. Ahora sabemos que hay otras razones.

Lo miro. —Llevan años haciendo esto. No podemos dejar que sigan. El mundo tiene que enterarse de lo que es este lugar.

Un hombre da un paso al frente y le habla a Mateo con voz razonable. —Tengo que hablar con ellos —me dice Mateo. Se da la vuelta y camina entre los trabajadores. Por momentos, se oyen voces alzadas. El hombre que sonreía bebiendo de su botella de vino momentos antes, la arroja al fuego y grita a Mateo.

Con las voces cada vez más altas y los hombres a punto de llegar a las manos, más trabajadores nos rodean.

Finalmente, cuando la tensión disminuye y los hombres están más calmados, Mateo me mira.

—No dejes que me lleven —le suplico.

Mateo asiente. Sus ojos fríos se suavizan. —Queremos ayudarte a escapar.

# CAPÍTULO 34

Mateo habla con otros tres hombres. No entiendo ni una palabra, pero cada uno de ellos asiente y empieza a salir de la tienda.

Mateo se vuelve hacia mí. —Están recogiendo suministros para el viaje.

Sonrío. No recuerdo la última vez que me sentí tan sinceramente feliz. —¿Cómo vamos a salir de esta isla?

—Encontramos un pequeño bote al otro lado. Es bastante viejo y está destartalado, pero funciona. Algunos de los otros y yo lo usamos una vez para divertirnos. No tiene motor ni remos. Solo usamos las manos para remar en el agua. Pronto nos dirigiremos hacia allí, mientras aún sea de noche. Tú, yo y los otros tres dejaremos esta isla. Luego tienes que contarle al mundo lo que está pasando. ¿Prometes que puedes hacerlo, verdad?

Asiento. —Encontraré la manera.

La verdad es que no tengo ni idea de cómo lo haré. Podría ir a la prensa y presentar mi caso. ¿Y si no me creen? Dada la enfermedad mental que hay en mi familia, los medios de comunicación podrían decir que yo soy la que está loca.

Mateo sigue hablando con otros dentro de la tienda, incluido el del bigote espeso. Él y Mateo casi se están gritando el uno al otro. Sea lo que sea lo que esté pasando, la tensión es alta. Miro a

algunos de los otros hombres. Uno de ellos me devuelve la mirada fijamente.

Su mirada me asusta.

—Tengo miedo —digo, tocándole la espalda a Mateo—. Tus amigos me miran como si yo les hubiera hecho esto.

Mateo asiente. —Están enfadados... y tú eres la mujer del cirujano. —Se gira hacia mí—. Quédate a mi lado y todo irá bien.

Poco después, dos de los hombres regresan con bolsas llenas de comida y botellas de agua. Esperamos al tercer hombre.

Momentos después, un cañón de acero atraviesa la abertura de la tienda, apartando la lona a un lado. En lugar de entrar el tercer hombre, entra Winston, apuntando con la escopeta a los hombres que hay en el interior.

—¡Atrás! —les grita. Mateo se mantiene firme y le devuelve una mirada desafiante—. ¡Atrás! —exige Winston de nuevo. Esta vez Mateo le obedece.

Otro guardia entra en la tienda con una escopeta firmemente empuñada.

Winston me mira, apuntando con la punta de su escopeta a mi pecho.

# CAPÍTULO 35

Con la ayuda de otro guardia, Winston me mete en la parte trasera de su Escalade, aparcado frente a la bodega. Durante todo el trayecto de vuelta al complejo, los tres permanecemos en silencio. De vez en cuando, Winston me observa por el espejo retrovisor. Cuando noto su mirada, desvío la vista rápidamente hacia el exterior.

He estado a punto de abandonar esta isla.

Al menos eso creo. Mateo me habló de un bote en la playa, en el lado norte. Me imagino saliendo corriendo de la tienda antes de que Winston entrara con esa escopeta. En mi fantasía, llego hasta el bote y lo empujo al agua. Imagino lo que habría sentido al llegar a tierra firme. Puedo sentir cómo sería ser libre de este lugar.

Mi sueño se hace añicos cuando aparecen los muros blancos del complejo. El corazón me late más rápido mientras las puertas se abren y pasamos por la caseta de seguridad.

El Escalade reduce la velocidad al cruzar y me lo imagino aparcado frente al edificio de seguridad. Deben de tener algún tipo de celdas en el interior. Me meterán allí quién sabe cuánto tiempo.

O peor aún, conducirán directamente hasta la clínica. El imbécil del guardia, Harry, tendrá un bidón azul esperando mi cuerpo.

Respiro hondo, intentando mantener la calma, cuando lo único que quiero es gritar con todas mis fuerzas.

Afortunadamente, Winston pasa de largo el edificio de seguridad y, poco después, la propia clínica.

Para mi sorpresa, detiene el vehículo delante de mi villa. El Dr. Keenan y Cordelia están fuera cuando nos acercamos. Cordelia se tapa la boca al verme en el asiento trasero.

David sale de nuestra casa y se dirige rápidamente hacia el vehículo. El Dr. Keenan se interpone en su camino y le susurra algo. David niega con la cabeza mientras sigue mirándome fijamente.

Winston nos abre la puerta al guardia y a mí, y yo salgo sin oponer resistencia.

El Dr. Keenan mira a su mujer. —Cordelia, tienes que irte a casa, ahora. —Ella me lanza una mirada rápida. En lugar de ignorancia o evasión por su parte, percibo una emoción nueva.

Lástima.

Probablemente sepa lo que me espera. Se dirige lentamente por la calle oscura hacia su casa.

—Entra, Lily —me dice Keenan, señalando la puerta principal. Sus palabras transmiten calma. A pesar de su aspecto corpulento, habla como si no fuera capaz de romper un plato.

Pero ahora ya lo sé.

Hago lo que me dicen, entro en mi casa y me siento en el salón. David y el Dr. Keenan se sientan frente a mí. Winston se queda de pie cerca de la puerta de entrada.

—Tenemos que hablar, Lily —dice el Dr. Keenan con voz terapéutica—. Tenemos que entender qué ha pasado esta noche. —Parece un padre que ha pillado a su hijo comiendo chucherías de la despensa.

David y Keenan me miran, esperando una respuesta. Todo lo que puedo hacer es devolverles una mirada inexpresiva.

—Necesita descansar —dice David—. Está agotada. Asustada.

Keenan mira fijamente a David. —Esto es responsabilidad tuya. —Vuelve a centrar su atención en mí—. ¿Por qué tienes miedo, Lily? ¿Qué ha pasado?

De nuevo, ambos me miran mientras mi mente corre para encontrar una respuesta. No soy de las que mienten. Se me da fatal.

La verdad es siempre el camino más fácil en la vida. Una parte de mí piensa en contar todo lo que vi en el quirófano.

Si cualquier cosa que diga va a acabar en mi muerte, ¿qué más da?

—Las voces me dijeron que corriera —susurro, cubriéndome la cara. Me miran con extrañeza—. ¡Tenía que irme o moriría! ¡Ella me dijo que lo haría!

El Dr. Keenan respira hondo. —¿Voces? ¿A qué te refieres, Lily? ¿Quién es «ella»?

—¡Stacy! —grito—. Ella me dice que me vaya. —Giro la cabeza hacia una pared vacía—. ¡No! ¡No lo haré! —le grito a la pared—. ¡Sal de mi cabeza! ¡Para!

El Dr. Keenan mira a David. Mi marido niega con la cabeza.

—Está sufriendo un colapso —dice. Se vuelve hacia Keenan—. Hay antecedentes de esquizofrenia en su familia. Su madre estuvo institucionalizada por ello. Sabía que, cuando Stacy se suicidó delante de nosotros, no lo estaba asimilando bien.

El Dr. Keenan me mira con compasión.

Sigo sorprendiéndome de mi capacidad como actriz. —Dr. Keenan —le suplico—, haga que deje de hablarme. Por favor.

Will baja la cabeza. —Esto no es bueno, David.

David me mira. —Necesita ayuda. Puedo sacarla de la isla. Llevarla a un hospital.

Keenan niega con la cabeza. —Eso no es una opción —dice con voz calmada, pero con un deje de dureza en sus palabras.

David se vuelve hacia él. —No está bien, Will. Necesita ayuda.

Keenan me mira. Yo vuelvo a mirar a la pared desnuda y asiento como si me estuvieran diciendo algo.

Keenan vuelve a respirar hondo. —Cuida de tu mujer esta noche, David. Ya solucionaremos esto pronto.

—¿Qué significa eso? —pregunta David.

—¡Significa que estoy cansado! —grita Keenan de repente. Recupera la compostura—. Mañana, quiero que te presentes temprano en la clínica. —Me mira a mí—. Decidiremos juntos qué hacer con ella. —Keenan se acerca a mí y pone una mano pesada suavemente sobre mi hombro—. Descansa bien esta noche, Lily. Te

sentirás mejor por la mañana. —Me da unos golpecitos en el hombro antes de salir de la habitación.

Le hace un gesto con la cabeza a Winston y ambos abandonan nuestra casa.

David me mira desde el otro lado de la estancia. En lugar de fingir que oigo voces que vienen de la pared, dirijo mi mirada fría y gélida hacia mi marido.

# CAPÍTULO 36

Me dirijo a nuestro dormitorio mientras David me sigue. En cuanto él entra en la habitación, me tumbo en la cama.

—¿A dónde nos has traído? —digo, apoyada sobre un costado. Ni siquiera soy capaz de mirar a mi marido a la cara. Él no responde, sin embargo, y me invade un ramalazo de rabia—. ¿A dónde me has traído?

—No oyes nada, ¿verdad? —dice él. Como no respondo, esboza una ligera sonrisa—. Lo sabía. Tenía la esperanza de que Keenan mordiera el anzuelo y te dejara marchar. —David baja la cabeza—. Lo siento.

Respiro hondo. Eso no es lo que quería oír. —No puedo creer que me hayas hecho esto.

—No sabía que sería así —admite.

—¿Cuándo te enteraste de lo que estaban haciendo en esta isla? —Me vuelvo hacia él y le clavo la mirada en los ojos, esperando que me dé una respuesta—. No más mentiras.

David se sienta en el borde de la cama. —El Dr. Keenan se puso en contacto conmigo para que viniera a la isla. Al principio me dijo que se trataba, como yo te dije a ti, de una clínica privada de cirugía estética en una isla para ricos. A medida que seguimos hablando del trabajo, me contó la verdad.

—Lo supiste todo este tiempo —digo, incapaz de dar crédito a lo que oigo.

—¿Cuánto sabes?

—¿Para qué? ¿Para que me mientas más? —Me incorporo, pues no quiero compartir el mismo colchón con mi marido ni un segundo más—. Estaba en la sala, David. Lo vi todo.

—¿En el quirófano? —pregunta David, sorprendido.

Asiento con la cabeza. —Vi cómo Keenan mataba a ese hombre, al trabajador de la bodega. Le arrancó el corazón y se lo puso a Selene. —Espero a que mis palabras calen en él—. ¡Mató a ese hombre! —Lo miro como si fuera un monstruo—. Y tú estabas dispuesto a hacer lo mismo, ¿verdad? ¿A cuánta gente has matado aquí?

Él desvía la mirada, oteando por la ventana del dormitorio hacia los muros blancos. —A dos —murmura—. A Ernest Davenport... y a su donante.

—¡Donante! —grito—. ¡El hombre al que mataste para darle los órganos a Ernest tenía un nombre! ¿Sabes siquiera cuál era?

Él niega con la cabeza lentamente, con la vista fija en el exterior. —No lo sabía. Yo no los elijo. Keenan lo hace. Él elige a los donantes... quiero decir, a los trabajadores. Yo... solo los operé a ambos. Ambos murieron ese día.

—¡Hijo de puta! —grito—. ¡Cómo te atreves! Mataste a un hombre para salvar a un multimillonario, y esa noche, por el único que lloraste fue por el rico. —Niego con la cabeza—. Eres un asesino, David. —Él no responde—. Y querías hacerte cargo de esta clínica, pensando que Keenan se jubilaría. Tú habrías sido quien controlara a quién mataban después. ¿Y qué? ¿Eso no te habría molestado? ¿Cómo puedes ser tan frío e insensible? No eres el hombre con el que me casé.

—¡Sí lo soy! —grita David, levantándose de la cama rápidamente—. Quería mantenerte... a nosotros. Formar nuestra futura familia.

—¡No me eches la culpa a mí de que aceptaras un trabajo como cirujano asesino!

—Nunca quise que viviéramos como viví yo de pequeño —continúa David—. Jamás querría eso para nosotros... Keenan salva a gente.

—¿Así que estás dispuesto a matar por una vida mejor? ¿Es que ni siquiera ves a esos trabajadores como seres humanos? ¡Lo son! Los estás matando para salvar a los ricos, David... Eres cirujano. Deberías haber podido encontrar trabajo en cualquier parte. ¡No tenías por qué elegir una clínica donde tienes que matar a gente para salvar a otros!

—No habría encontrado trabajo en ningún otro sitio —dice David en voz baja.

—¡Eres cirujano, David! —le grito—. Uno de los puestos más prestigiosos y demandados en cualquier país.

—No soy cirujano —dice él, bajando la cabeza—. Nunca terminé la residencia.

Me tapo la boca. —Nunca me lo dijiste.

—¿Cómo iba a hacerlo? Me habrías dejado. Todo lo que tenía eran deudas de préstamos estudiantiles de años de formación y ningún trabajo prometedor por delante... Metí la pata durante la residencia. Le di la medicación equivocada a un hombre y tuvo una reacción terrible. No murió, pero al hospital le costó millones... Nunca fui cirujano.

—¿Keenan te suspendió?

Él niega con la cabeza. —Fue otro cirujano. Keenan sintió lástima por mí. Creo que por eso se puso en contacto conmigo para ofrecerme este trabajo.

Todo empieza a cobrar sentido ahora. No conseguía entender por qué David no era capaz de encontrar trabajo como cirujano.

Nunca lo fue.

—Podrías haber vuelto a estudiar. Haber hecho algo distinto. No tenías por qué venir a esta isla.

—Pensé que podría trabajar aquí un tiempo. Un año, incluso. El sueldo inicial era de dos millones y medio, Lily. Eso habría solucionado todos nuestros problemas. Podría pagar la deuda, la mayor parte de una casa, incluso. Coches nuevos. Lo habría solucionado todo.

Me tapo la cara. —David, nunca me importó ser rica. Habría sido feliz viviendo en nuestro apartamento. No lo entiendes. Quería

pasar mi vida contigo. Todo lo demás me daba igual. Nos las habríamos apañado.

Él me mira como si le hubiera clavado un puñal en el pecho. —¿Significa eso que ahora ya no quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Bajo la cabeza. —Ya no lo sé. Me has traicionado. Me has mentido. Me has traído aquí sin decirme lo que estaba pasando. Tú... has matado a un hombre. Estabas dispuesto a dejar que me mataran a mí.

—¡Jamás! —grita él, dando un paso hacia mí—. Nunca dejaría que hicieran eso. —Respira hondo—. Ahora no podemos irnos.

—¿En qué me has metido, David?

—Nos matarán a los dos si lo intentamos. Eso es lo que le pasó a Bryce.

—¿Will Keenan mató a su propio hijo?

David mira alrededor de la habitación. —Fue Winston quien lo hizo. Me enteré por Will cuando vine a la isla. Cuando hablé de dejarlo, me dijo qué me pasaría si lo intentaba. Keenan miró mientras metían a su hijo en un barril. Esa mujer, Stacy, los dos tenían una relación intermitente. Keenan se aseguró de que Winston y su cuadrilla no tocaran a Stacy. Ella perdió la cabeza, sin embargo. Quería matar a Keenan, a Winston. A todo el mundo. En su lugar, se suicidó.

Me tapo la cara. Camino hacia la ventana y miro hacia fuera; veo al guardia cerca de mi casa. —David, no podemos quedarnos aquí. A nosotros también nos matarán.

Él niega con la cabeza. —No puedes marcharte. Aunque salgamos de la isla, nos encontrarán. Hay más clínicas. Esta no es la única. Esta gente tiene comprados a políticos y a la policía. Pueden hacer que las cosas sucedan. Si quieren que desaparezcamos, lo haremos. —Se aclara la garganta—. Aquella última noche en México fue cuando me di cuenta de lo mal que estaban realmente las cosas. Ese hombre que se me acercó en el club, Alonso. Es de la alta dirección. Un propietario. Después de lo que pasó con Ernest Davenport, Alonso me dijo que, a partir de ahora, solo hay dos caminos. Si vuelvo a cometer un error como el de Ernest, me toca el

barril. Y me advirtió que no estaría solo. —Me mira fijamente—. O trabajo duro. Aprendo del Dr. Keenan y con el tiempo dirijo la clínica yo mismo.

La gravedad de la situación empieza a calar en mí. —Estamos atrapados aquí.

David se queda boquiabierto y empieza a asomar una lágrima. —Nunca pensé que sería así. Pensé que podría trabajar aquí solo un tiempo. Arreglar las cosas para nosotros. Renunciar y marcharnos. Descubrí que de aquí no se sale vivo. Iban a dejar que el Dr. Keenan se marchara y se jubilara. Su hijo se iba a hacer cargo. Una vez que mataron al hijo, Will se vio obligado a volver.

Niego con la cabeza, incrédula. —¿Qué podemos hacer? —David me agarra la mano y yo se la aparto de un manotazo—. No me toques.

Él levanta las manos. —No lo sé. Tenemos que tener cuidado, Lily. Si hacemos algo malo, a los dos nos podrían meter en un barril a continuación. Tenemos que ir con pies de plomo. —Se acerca a mí —. Encontraremos una solución.

—No puedo vivir en esta isla —digo—. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo, matando a más personas?

David baja la cabeza e ignora mi pregunta. —Vamos a encontrar una solución.

Señalo la puerta del dormitorio. —Quiero que salgas de esta habitación.

# CAPÍTULO 37

David se pone la ropa de trabajo para el día mientras se mira en el espejo. De nuevo, no hace su ritual de motivación.

De verdad que echo de menos aquellos días.

El hombre nuevo que tengo delante es mucho más aterrador que el que decía tonterías al espejo. Lo que más me inquieta es saber qué podría hacer hoy en el trabajo.

Se gira hacia mí mientras estoy tumbada en la cama, mirándole fijamente. Agacha la cabeza al acercarse.

—Anoche estuve dándole vueltas a esto —dice—. El Dr. Keenan se compadece de ti. La mujer que se suicidó te afectó. El hombre que escapó de la clínica te asustó. De verdad piensa que te estás desmoronando. —Respira hondo—. Su empatía por ti, y por mí ya que estamos, no durará eternamente. No puedes seguir fingiendo mucho más tiempo. De hecho, tienes que cambiar la situación pronto. Si no lo haces, no creo que Winston permita que una mujer que considera mentalmente inestable ande libremente por el recinto.

Niego con la cabeza. —¿Crees que nos matará a los dos? —Quiero gritarle, golpearle, hacerle daño a mi marido por lo que nos ha hecho. Por ponernos en esta posición en la que nuestras vidas corren peligro.

Me mira brevemente. —Keenan todavía me necesita. Tiene muchas cirugías programadas y necesita dos cirujanos para hacerlas

todas. La clínica tiene una larga lista de espera. Hay mucho dinero en juego. —Exhala—. Todavía me necesita.

—¿Y qué hay de mí? —pregunto—. Supongo que eso significa que soy prescindible.

David se sienta al otro lado de la cama. —Eso no pasará. Solo tenemos que seguirles la corriente, por ahora. En algún momento, bajarán la guardia. Podríamos irnos. Permitieron que el Dr. Keenan se jubilara.

—Después de años aquí, David —digo—. Yo no puedo hacer eso.

—Lily —susurra—. Estoy intentando encontrar una forma de salir de esta. Te necesito conmigo.

Vuelvo a tumbarme en la cama y le retiro la mirada.

Él se levanta. —No estoy seguro de cuánto tiempo estaré fuera. —Mira por la ventana—. No hagas ninguna tontería. Deberías quedarte dentro hoy. —No espera a que responda y sale de la habitación inmediatamente.

Pasan las horas y lo único que puedo hacer es quedarme en la cama, inmóvil. Repaso todo lo que pasó anoche. Mi huida. Yo suplicando ayuda a los trabajadores de la bodega.

Estaban dispuestos a ayudarme, hasta que Winston me encontró.

Hay un barco en algún lugar de la playa. Si encuentro la forma de llegar a él, hay una posibilidad de que pueda escapar.

¿Y entonces qué?

Si un lugar como este existe, ¿qué clase de dinero y poder hay detrás para mantenerlo? Aunque logre salir de la isla, ¿cuánto tardarán en encontrarme? Si fuera a cualquier comisaría a denunciar lo que está pasando en la isla, me imagino a un detective acompañándome de vuelta aquí, con un cuantioso soborno esperándole.

Salgo de la cama. Pienso en quitarme el pijama de los ositos, pero no tengo fuerzas. Lo único en lo que puedo pensar es en lo atrapada que estoy. En que no hay forma de que me marche de aquí.

Bajo las escaleras lentamente. Al mirar la puerta principal, me imagino corriendo afuera y calle abajo, perdiendo los nervios y gritando por ayuda, y encontrándola de alguna manera.

Sé que eso no ocurrirá. Nadie en este recinto me ayudará. Cometí el error de pensar que aquel encantador anciano de mantenimiento, Charles, estaba de mi parte.

¿Cómo pude ser tan ingenua?

Miro hacia la puerta del patio y el balcón. He evitado salir después de lo que pasó con Stacy, pero hoy me siento atraída hacia allí.

Abro la puerta del patio y salgo. Al recibir la brisa fresca y ver el agua más allá de los muros, sonrío. Casi me siento libre cuando miro hacia el mar. Si entrecierro los ojos, hasta puedo ver tierra firme desde aquí.

Camino hasta el borde de la barandilla. Las alturas me asustan, pero hoy agradezco el miedo. Miro abajo y, al igual que en la casa del Dr. Keenan, el agua choca contra la orilla rocosa.

Ahora entiendo lo que hizo Stacy. Puedo ver por qué eligió hacerse eso a sí misma.

No podía vivir aquí.

Yo no puedo vivir aquí.

No debí venir. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y seguir el consejo de Stacy.

Mientras sigo mirando hacia abajo, pienso en lo fácil que sería para mí hacer lo que ella hizo. En un instante, el dolor y el sufrimiento por los que estoy pasando podrían terminar.

Es tan tentador. Lo único que quiero es que esto acabe. No quiero suicidarme. Solo quiero ser libre.

—Lily —me llama una voz suave. Al girarme, veo a Cordelia de pie junto a la barandilla que separa nuestros balcones.

La miro fijamente, preguntándome si de verdad estoy perdiendo la cabeza. Cordelia Keenan, una mujer que fingía que yo no existía, me está hablando.

Me acerco a ella. —¿Qué haces aquí? —pregunto.

Ella mira a su alrededor antes de clavarme la vista. Se fija en mi pelo revuelto, en mi pijama de ositos y en mi cara sin maquillaje.

Solo puedo imaginar lo que debe de estar pensando de mí.

Cordelia siempre va impecable. Incluso esta mañana, lleva una camisa blanca y pantalones claros. Su rostro no tiene ni una imperfección, mientras que yo debo de parecer un desastre total.

Se levanta las gafas de sol y me examina. —¿De verdad estás mal? —pregunta—. ¿De verdad estás sufriendo una crisis?

La miro con asco. Ojalá fuera un producto de mi imaginación. No necesito que Cordelia me amargue la vida todavía más. Preferiría reunirme con Stacy antes que hablar con Cordelia un momento más.

No le respondo y miro hacia otro lado.

—Lo sabía —dice Cordelia, negando con la cabeza—. Estás fingiendo... ¿o no? —Da un paso atrás—. No puedo fiarme de ti, ¿verdad? —Se baja las gafas de sol—. Te estaré vigilando.

Esta vez soy yo la que no le contesta en absoluto. Se da la vuelta y se aleja. Cuando está a punto de perderse de vista, la miro de reojo. Me sorprende descubrir que ella también me está mirando.

# CAPÍTULO 38

Alonso le dio a David dos opciones. Haz lo que decimos y prospera. Fracasa y muere. Él sentía que esas eran las únicas alternativas.

Sé que ese no es el caso. Vivir en esta isla es morir. Respirar, que mi corazón bombee, mantenerme con vida mientras a otros les arrancan esos órganos, no es algo con lo que yo pueda vivir.

Si tengo que morir, haré todo lo posible por arrastrar a todos en este recinto conmigo.

Tarde o temprano, tanto David como yo encontraremos nuestro final en esta isla. Pase lo que pase, nuestro destino ya está sellado. A David y a mí acabarán metiéndonos en un bidón y tirándonos en cualquier parte. Es inevitable.

Pensando en mi macabro destino, cojo el teléfono y marco unos números. Una mujer responde. —Diga —dice.

—¿Se encuentra la señora Ashford? —pregunto.

Un momento después, Selene responde al teléfono. —¿Lily, estás bien? —pregunta.

No, por supuesto que no lo estoy, y conociendo a Selene, ella ya lo sabe. Ignoro su pregunta.

—Esperaba poder hacerte una visita —le digo.

Hay una pausa al otro lado del hilo; es como si le estuviera pidiendo permiso a alguien. —Sí, querida —dice—. Pásate cuando puedas. Me vendría bien la compañía.

Salgo de mi villa y camino por la calle hacia los adosados. Sé que es mejor no llamar a seguridad para que me lleven. Me preocuparía compartir vehículo con un hombre como Winston al volante en este momento.

Mientras avanzo por la carretera, Charles está fumando un cigarrillo, hablando con un guardia. Lleva el brazo izquierdo en cabestrillo y me mira fijamente cuando me ve. No le sostengo la mirada. Lo último que quiero es provocar a nadie.

Seguridad también me vigila. Tampoco son sutiles. Giro la cabeza y una cámara me enfoca, siguiendo mis movimientos. Lo más probable es que el teléfono de mi casa esté grabado por ellos. Los de seguridad deben de saber a dónde voy.

Saben que no puedo ir a ninguna parte, de todos modos. Creen que no hay nada que pueda hacer para perjudicarlos. Se equivocan. Me entusiasma que no hayan descubierto lo que planeo hacer.

Winston trabajó hasta tarde anoche, y me pregunto si está trabajando ahora mismo. Si lo estuviera, dudo que pudiera caminar libremente como lo estoy haciendo.

Cuando llego al adosado de Selene, llamo a la puerta. Abre la cuidadora personal de Selene.

—Hola, señora Parker —dice—. Selene está un poco débil y no puede recibir visitas largas. Además, se supone que debo quedarme en la habitación con ustedes.

Asiento. —Lo entiendo.

La sigo al interior y hasta el dormitorio. Llama a la puerta y Selene nos dice que entremos. Sonríe al verme. Por desgracia, yo no puedo hacer lo mismo.

—Mírate, querida —dice Selene—. Parece que hayas pasado por un infierno. Tengo entendido que tuviste algunos problemas anoche. ¿Estás bien?

—De momento —respondo—. Me preocupa lo que pasará.

La cuidadora se aclara la garganta. —Señora Ashford, debo informar a seguridad de lo que hablen ustedes dos.

Selene niega con la cabeza. —Querida, espere fuera de la habitación. Las dos vamos a hablar en privado.

Ella vuelve a negar. —Se supone que debo...

—Sal —dice Selene con tono brusco.

La cuidadora nos mira a mí y a Selene. —Me va a traer problemas.

Selene se ríe. —Solo somos un par de chicas hablando. ¿Qué daño podemos hacer?

Miro la mesita de noche junto a Selene. Sobre ella hay un libro, una taza de café y lo que he venido a buscar.

Su teléfono móvil.

Solo los pacientes de la isla tienen uno.

La cuidadora asiente. —Estaré junto a la puerta.

—Gracias, encanto —dice Selene mientras la mujer sale. Cuando cierra la puerta, Selene me mira—. Tenía la impresión de que el personal sabía lo que estaba pasando aquí. Supongo que no es el caso, ¿verdad?

—Yo estaba allí en la sala, escondida, cuando la operaron —le digo. Ella frunce el ceño—. Vi lo que hicieron. Keenan mató a ese hombre, tomó su corazón y te lo puso a ti.

Selene agita la mano, suplicándome que baje la voz. Agacha la cabeza y, cuando vuelve a mirarme, una lágrima asoma a sus ojos. —Debes de pensar que soy un monstruo.

—Bueno, ¿qué eres tú?

Ella respira hondo. —No es justo lo que me pasó. Trepé por la escalera corporativa hasta llegar a la cima. ¿Sabías que soy una de las ejecutivas más importantes de Norteamérica? ¿Y qué pasa después? Una afección cardíaca que va a matarme, y pronto. Me quedaban meses de vida. Iba a morir. —Toma aire—. Si tú tuvieras el dinero que yo tengo, harías lo mismo.

Niego con la cabeza. —Yo moriría con la poca dignidad que me quedara si fuera tú. —Miro hacia abajo—. Eres tan terrible como el resto de ellos.

—Eso es fácil de decir para ti —dice ella—. Eres joven, estás sana. Tienes el resto de tu vida por delante. Algún día, cuando seas mayor y rica, quizá te enfrentes al mismo dilema que yo. Ya veremos qué tal andan tus principios cuando estés en lo más bajo.

Miro hacia otro lado. —Luis Reyes. —La miro fijamente—. Ese es el nombre del hombre al que mandaste matar. Cuyo corazón late en ti ahora. ¡Cada día que esté viva, quiero que sepas que la sangre que corre por tus venas es gracias a él!

La cuidadora llama a la puerta. —Señora Ashford, ¿está bien? —Selene no responde y, en su lugar, me mira. Las lágrimas corren ahora libremente por sus mejillas—. Voy a entrar.

La puerta se abre un poco, pero la cierro de un empujón y echo la llave.

—Lily, ¿qué estás haciendo? —suplica Selene.

Me inclino sobre la cama de Selene y cojo su móvil. Deslizo el dedo por la pantalla para llamar a los servicios de emergencia.

—Lily, para —dice Selene.

—¡Abran esta puerta! —grita la cuidadora—. ¡Se acabó, voy a buscar a seguridad!

—Te matarán, querida —dice Selene.

—Siento que preferiría morir antes que vivir un día más en esta isla —digo.

Cuando llamo al 112, la voz de un hombre responde de inmediato. —¿Cuál es su emergencia?

—Quiero denunciar un asesinato —digo. Miro a Selene, que me observa desde la cama. Sus lágrimas se han transformado en una expresión de pavor. El operador no dice ni una palabra más. —¿Hola? —digo al teléfono—. ¿Me oye? —La línea se corta y bajo el móvil.

—Ya la has liado, querida —dice Selene. Señala la puerta con la cabeza—. ¡Corre! Antes de que te cojan. —De repente oigo el estruendo de varias personas entrando en el adosado—. Demasiado tarde —dice ella, mirando fijamente a la puerta.

Varios golpes fuertes en la puerta terminan por arrancarla de las bisagras. Winston entra por lo que queda de ella y me mira con frialdad.

# CAPÍTULO 39

Después de que Winston y sus hombres me detuvieran, me inmovilizan las manos a la espalda con bridas de plástico. Pese a mis gritos y patadas, los hombres me meten en la parte trasera del Escalade de Winston.

Dos guardias se sientan atrás conmigo.

—Por favor, dejadme ir —digo, mirando al guardia más corpulento. Es el tal Harry a quien vi en la parte trasera del recinto la noche anterior. Harry me lanza una breve mirada antes de apartar la vista. —Harry —le digo—. Por favor.

Winston mira por el espejo retrovisor. —Haz que se calle.

El guardia que está al otro lado me introduce a la fuerza una mordaza en la boca. Mis gritos quedan ahogados cuando Winston arranca.

¿Adónde van a llevarme ahora? Es lo único en lo que puedo pensar. Me preocupa que sea directamente al muelle trasero y a un barril azul. El supuesto detective no tardará en recoger mi cadáver.

¿Dónde está David? ¿Acaso mi intento de contactar con la policía ha sellado también su destino? ¿Será a mi marido al próximo que vengan a buscar?

Mientras mi mente va a mil por hora, el vehículo se detiene frente a la clínica. Los dos guardias me sacan de allí con facilidad mientras intento resistirme, lanzando patadas y arañazos con las manos atadas a la espalda.

Harry me carga al hombro mientras el otro guardia se asegura de que no pueda mover los pies. Me llevan directamente al interior, recorren el pasillo y entran en el quirófano. Harry me mira. Noto que siente simpatía por mí, pero por su expresión sé que no hará nada para ayudarme.

Solo veo lástima en sus ojos. La misma mirada que tenía Cordelia. «Qué pena por ti». Una mirada que sugiere que lo que me espera es aún peor de lo que puedo imaginar.

Winston empuja una mesa hacia el centro de la sala. Esta es distinta a las que vi la noche anterior. Hay correas de cuero sujetas a la cama donde deberían estar los brazos y las piernas. Me retuerzo y mis gritos son amortiguados por la mordaza.

Sin embargo, mis intentos de luchar son inútiles.

Los dos guardias me tumban en la mesa y me atan los pies. Harry corta la brida con un cuchillo que lleva en el cinturón y los dos guardias me agarran un brazo cada uno, sujetándolos con fuerza.

Desde la posición de la mesa, solo alcanzo a ver parte de la habitación. Los guardias se alejan de mí. Harry me dedica una última mirada de lástima antes de desaparecer de mi vista. Winston se acerca y me mira con superioridad.

—Qué tragedia —dice. De repente, él también desaparece de mi campo de visión. Lo único que puedo hacer es gritar súplicas de ayuda que nadie entiende por culpa de la mordaza. De pronto, empieza a sonar una música suave y familiar. La misma melodía de piano relajante inunda la sala mientras oigo cómo se abren las puertas del quirófano.

Dejo de gritar al comprender lo que va a ocurrir en breve. Las luces de la sala se apagan y todo queda en tinieblas. La única claridad proviene de las tenues luces del pasillo exterior.

Tumbada en la cama de hospital, intento por todos los medios sacar la mano de las ataduras, pero fracaso estrepitosamente. Trato de sacudir los pies al mismo tiempo, pero apenas se mueven un centímetro.

Si sigo moviéndome, cabe la posibilidad de que afloje una de las correas. Solo necesito liberar una mano para poder escapar. Cierro el puño e intento tirar de los brazos hacia arriba. Después de

un rato, noto que se aflojan, aunque sea ligeramente. Podría tardar horas en liberar una mano. La música de piano me atormenta mientras trato de escapar.

Mientras yazgo en la habitación oscura, me pregunto de cuánto tiempo dispongo realmente. Mientras continúo retorciéndome y forzando manos y pies, pienso en todo lo que me ha conducido a este momento.

Nunca hubo ninguna posibilidad de salir de la isla una vez que llegué aquí. El único momento en que podría haber escapado fue en México, pero incluso entonces, alguien de la organización podría haber estado vigilándonos. ¿Qué probabilidades había de que dejaran salir del recinto a dos empleados en los que no confían sin algún tipo de vigilancia?

¿De qué otra forma nos habría encontrado aquel hombre del complejo turístico, a David y a mí? El inversor. Alonso, se llamaba.

Mis movimientos crean un poco más de espacio en las ataduras de mi mano derecha y casi lloro de alegría por el pequeño progreso conseguido.

La música de piano que suena de fondo me recuerda lo que me pasará si no escapo. Cada vez que reduzco la marcha o me canso, al oír que la música se anima, recuerdo cómo el Dr. Keenan agitaba sus manos ensangrentadas en el aire como si fuera un director de orquesta y me esfuerzo más.

De repente, oigo que se abre la puerta y se enciende una luz sobre la cama. El volumen de la música baja.

—¿Quién hay ahí? —grito con voz ahogada—. ¡Ayuda! Aunque yo sé lo que estoy diciendo, todos los sonidos deben de parecerle iguales a quienquiera que esté en la habitación conmigo.

David me mira desde arriba, con lágrimas recorriéndole ya el rostro. Se vuelve y mira hacia atrás antes de volver a fijar la vista en mí. Nunca me había alegrado tanto de verle.

Pasa la mano por mi cabeza y me quita la mordaza.

—David —digo, ahora con voz clara—. Ayúdame. Quítame las correas. No sé cuándo van a volver.

En lugar de hacer nada para ayudar, se limita a mirarme fijamente; la emoción en su rostro se intensifica mientras me doy

cuenta de que no va a hacer nada para salvarme.

Oigo a un hombre carraspear. Hay alguien más en la habitación.

—¿Quién más está ahí? —grito—. ¿Quién está ahí? —grito más fuerte.

David se lleva un dedo a los labios, suplicándome que guarde silencio. —Están el Dr. Keenan y Winston —dice.

La radio de Winston suena y una voz entrecortada le llama. —Aquí Winston —dice el guardia por el walkie-talkie. Cuando termina de hablar, el aparato emite un pitido fuerte.

—Tenemos un problema en la puerta principal —dice la voz—. Algunos de los trabajadores están fuera y se niegan a irse.

Winston suspira. —Bueno, haz que se marchen —dice con dureza—. Haz lo que tengas que hacer. Llévalos de vuelta a la bodega. Recuérdales que serán deportados si no obedecen.

La radio vuelve a pitar. —Recibido.

David vuelve a mirarme. —He podido llegar a un acuerdo con el Dr. Keenan.

—¿Qué? —digo confundida—. ¿Qué quieren?

—Me necesitan aquí —dice David—. Mis talentos siguen siendo necesarios aquí... O me unía a ti o demostraba mi compromiso.

—¿Demostrar tu compromiso? —repito—. David. —Intento mover los brazos y las piernas, pero todo el tiempo que he dedicado a aflojar las correas ha dado pocos frutos. —David, sácame de aquí.

Las lágrimas empiezan a asomar a sus ojos. —No tiene sentido que muramos los dos, Lily... —Mira a los otros dos hombres que hay en la sala.

—David —digo suavemente—, ¿qué estás haciendo? Ayúdame. Por favor.

David me mira y una lágrima cae de su rostro hasta mi frente. Se inclina y me besa en la mejilla.

—David, por favor.

Él se limpia la cara. —Quiero que sepas que lo que te quitemos salvará a mucha gente... Me han prometido que no se llevarán tu corazón.

# CAPÍTULO 40

La radio vuelve a carraspear. —Señor, la cosa se está poniendo fea aquí fuera. Ya son como una docena. No se marchan.

Oigo a Winston suspirar. —Recibido. Voy para allá.

—¡Tienen un camión! —grita el guardia por la radio—. El camión de las bodegas. Uno de ellos lo está conduciendo por aquí.

Winston responde de inmediato por radio. —Abran el armero. Carguen las escopetas.

—¿Qué está pasando ahí fuera, Winston? —dice Keenan con voz atronadora.

—Lo tengo bajo control, señor —dice Winston. Oigo las puertas del quirófano abrirse y cerrarse.

David vuelve a mirarme. —Nunca te merecí —susurra.

—David, por favor —suplico, pero él no responde. En su lugar, hace girar lentamente la cama, de modo que ahora estoy frente al Dr. Keenan, que lleva su pijama sanitario azul claro.

—David, si eres tan amable —pide él, asintiendo.

De repente, la suave música de piano empieza a sonar más fuerte, y el Dr. Keenan me mira fijamente mientras se pone los guantes. Coge una mascarilla y se cubre la cara.

—David —le dice a mi marido—, la anestesia, por favor.

David hace lo que le ha pedido y coge una mascarilla conectada por un tubo a una máquina. Duda un momento con la mascarilla en la mano. Ya no grito ni suplico por mi vida. Todo lo que

puedo hacer es observar al hombre al que amaba de pie sobre mí, con mi vida en sus manos. En cuanto me cubra la boca, no podré permanecer consciente mucho tiempo.

Todo esto habrá sido una terrible pesadilla.

Cuando Keenan haya terminado de sacar lo que necesita de mi interior, desechará lo que quede en un barril, tal como hizo con Luis. El hombre que conozco como el detective Andrews llegará y se llevará mi cuerpo, ocultándolo junto a las otras víctimas de esta isla.

Lo sé, pero nada de eso importará una vez que me coloquen la mascarilla sobre la nariz. Se me abren los ojos de par en par cuando él baja la mascarilla hacia mí, con los ojos húmedos y llenos de tristeza.

David se detiene y mira a su mentor. —Espera —suplica—, ¿no podemos hacer algo distinto? ¿Tenemos que hacer esto?

El Dr. Keenan se baja la mascarilla, revelando una expresión de fastidio. —David, ya hemos hablado de esto. Es la única forma de asegurar mi confianza en ti. ¿Qué crees que tuve que hacer con mi propio hijo? No quiero el mismo destino para ti. Miraré hacia otro lado tanto como pueda, pero Winston no lo hará. No lo hizo con Bryce. Y desde luego no lo hará contigo.

David niega con la cabeza y me mira. —¿Y si la saco de la isla a escondidas? Yo mismo la meteré en un contenedor. Haré agujeros para que tenga oxígeno. Una vez que esté fuera de la isla, jurará que guardará el secreto.

Keenan niega con la cabeza. —¡David! —grita, perdiendo la paciencia—. ¡Basta! —respira hondo—. ¡Suenas igual que mi mujer la noche que murió Bryce!

De repente, las puertas dobles del quirófano se abren y, como si hubiera oído su nombre, entra Cordelia. Me mira fríamente y se ajusta la funda del portátil al hombro.

—¿Qué haces aquí, Cordelia? —grita Keenan, con la voz cada vez más fuerte y, de algún modo, más grave que antes. Se fija en la bolsa—. ¿Ese es mi ordenador?

Cordelia vuelve a mirarme. —Hay problemas en la puerta principal.

—Lo sabemos —dice Keenan—. Winston lo tiene bajo control.

—No estoy tan segura de eso —dice ella.

David abre mucho los ojos. —Quizá deberíamos ocuparnos de lo que sea que esté pasando fuera antes de seguir con esto. La cirugía podría durar horas. —Me mira de nuevo.

Él lo está intentando por todos los medios, pero es inútil. Una vez que Winston se encargue de los trabajadores, volveré a estar bajo la luz de esta sala. Keenan hará lo que mejor sabe hacer y me extraerá todo lo que valga dinero para sus pacientes ricos.

Keenan me mira. —Quizá no sea una mala idea, David. Podríamos...

Cordelia se sitúa detrás de él, con un fino bisturí de metal en la mano, y lo clava en el cuello del cirujano. Una ráfaga de aire escapa de los labios de Keenan mientras sus ojos se desencajan. Cordelia, sorprendida por sus propios actos, termina el trabajo. Desliza el bisturí por su cuello y la sangre brota de inmediato. Keenan cae sobre una rodilla, llevándose las manos al cuello, mirando a su esposa con incredulidad. Cordelia sostiene su mirada, horrorizada por lo que ha hecho, mientras él se desploma en el suelo. Su sangre se escurre por un pequeño desagüe cercano.

David la mira con los ojos como platos.

—Suéltela —exige Cordelia, dirigiendo su atención a David con la hoja en alto—. ¡Ahora!

David me mira y sonríe mientras empieza a llorar. Afloja las cuatro correas. Salgo de inmediato de la cama del hospital, casi tropezando con el Dr. Keenan, que convulsiona en el suelo.

—Nos vamos —grita Cordelia—. No intente nada.

David levanta las manos y me mira fijamente. —No lo haré.

Cordelia retrocede por las puertas del quirófano y me hace un gesto para que la siga. Cuando estamos en el pasillo, se vuelve hacia mí.

—Cuando te conocí, no estaba segura de si estabas metida en esto —dice—. Quiero decir, yo sí lo estaba. Durante mucho tiempo, miré hacia otro lado. Me arrepiento después de lo que le hicieron a Bryce. Mi hijo era demasiado bueno para este lugar. —Me entrega la bolsa del portátil—. El ordenador de mi marido. —Niega con la cabeza—. Will tiene un bloc de notas dentro con todas sus

contraseñas. Hay listas de todos los que han usado estas instalaciones. No confío en mí misma para guardarlo... Tienes que llevarlo a tierra firme. Revela al mundo lo que está pasando.

—¿Cómo salimos de aquí?

—Por la playa. Las motos de agua.

—Está cerrada con llave —le recuerdo.

Ella asiente. —He pedido a seguridad que me la abrieran esta mañana —dice con una sonrisa—. Coge la bolsa.

Me la cuelgo del hombro. —¿Tú no te quedas aquí, verdad?

—Desde luego que no —dice ella—. Hay dos motos de agua.

Bajo la cabeza. —Necesito saberlo: ¿qué te dijo Stacy la noche que murió? Dijo algo, ¿verdad?

Cordelia asiente. —No podía arriesgarme a contar lo que hablamos, así que me negué a admitir que hubiéramos dicho una palabra... Stacy me dijo que nunca saldríamos vivas de la isla. Yo le dije que si fingíamos que el mundo es perfecto, quizá lo sería. Entonces vi el cuchillo en su mano. Antes de irse, me dijo que no podía fingir ni un día más.

Vuelvo a mirar a David, que me observa a través de las ventanas del quirófano. —Tenemos que irnos ya —dice Cordelia. Sigo mirando a mi marido mientras él me mira como un niño perdido. —¡Vamos! —grita Cordelia, empujándome y sacándome de la triste mirada de mi esposo.

La sigo hasta la salida. Mientras avanzamos, oímos fuertes cánticos que vienen de fuera. A lo lejos, vemos a docenas de hombres junto a la puerta principal. Algunos llevan antorchas en las manos. Todos gritan algo en español mientras los guardias se agrupan frente a la puerta.

—¡Vuelvan a sus casas! —les grita Winston a través de un megáfono—. Este es vuestro último aviso. Utilizaremos fuerza letal si no obedecen.

Los gritos de los hombres se vuelven más fuertes y desafiantes.

Las luces largas de un camión aparecen por la carretera, avanzando rápido hacia la puerta. Los hombres se dispersan cuando

el camión embiste la entrada principal y luego irrumpen en el recinto gritando.

# CAPÍTULO 41

Una alarma resuena con estruendo por todo el recinto. Observo cómo los mismos trabajadores que intentaron ayudarme a escapar de la isla irrumpen por el portón principal.

Algunos llevan machetes, mientras que otros portan armas contundentes o antorchas. En cuestión de instantes, la caseta de seguridad junto a la entrada empieza a arder entre los vítores de los trabajadores.

—¡Disparadles! —grita Winston mientras dispara su escopeta, alcanzando a varios trabajadores. Otros guardias pelean con sus porras y algunos luchan cuerpo a cuerpo.

Cordelia y yo nos miramos fijamente, paralizadas. Todo el campamento ha estallado en un caos absoluto en apenas unos segundos.

—Es nuestra oportunidad —dice Cordelia. Salgo de la clínica despacio y un guardia pasa corriendo a mi lado, golpeando a uno de los trabajadores en el hombro con su porra. El hombre chilla de dolor mientras agarra al guardia y lo derriba al suelo.

—¡Alto! —nos grita otro guardia, señalándome. Corre hacia nosotras y me agarra de la camiseta, tirándome al suelo con fuerza.

Cordelia le da un empujón y él pierde el equilibrio. —¡Corre, Lily! ¡Vete!

El guardia saca su porra y golpea a Cordelia en un lado de la cara, haciéndola caer al suelo. El guardia se planta sobre mí con la

porra en alto, a punto de golpear, cuando dos trabajadores lo agarran y lo fuerzan a tumbarse en el suelo. Un tercero llega corriendo con un machete y lo descarga sobre el abdomen del guardia.

Me quedo boquiabierta mientras observo cómo el caos estalla a mi alrededor. Un oficial de seguridad está envuelto en llamas, corriendo de un lado a otro frenéticamente. Winston dispara su escopeta y alcanza a otro hombre. Los tres trabajadores que tengo detrás continúan su ataque contra el guardia mientras este suplica ayuda a gritos.

Paralizada, veo a varios trabajadores correr hacia mí. Grito, cubriéndome la cara, hasta que oigo a alguien clamar.

—¡No! —Mateo se interpone delante de mí, bajando su gran cuchillo. Se dirige a los demás en español. Los hombres corren rápidamente hacia otro guardia con los machetes en alto.

Mateo me levanta del suelo. —Esta clínica está cerrada —dice con los ojos llenos de rabia—. No debería quedarse aquí.

—Me marcho —respondo.

Mateo levanta su arma y grita algo en español mientras sus compañeros vitorean con más fuerza a nuestro alrededor. Se da la vuelta y echa a correr hacia un guardia.

Empiezo a correr hacia la playa cuando oigo su voz llamándome entre el fragor de las armas chocando, el fuego y las balas.

—¡Lily! —Me giro y veo a David. Tiene las manos extendidas hacia mí—. ¡Te matarán! —grita.

Sorprendida por su repentino interés en mi bienestar, lo miro con dureza. —Y tú también. —Me acomodo la correa de la funda del portátil en el hombro.

Un trabajador con un machete corre detrás de David. Grito, pero antes de que el hombre pueda apuñalarlo, Winston dispara su escopeta y el trabajador cae al suelo.

Winston se coloca frente a David y dispara de nuevo a otro trabajador que está cerca. —¡Volved a la clínica! —grita Winston—. ¡Todo el mundo dentro de la clínica, ahora!

Un grupo de los guardias que quedan forma un círculo; los pocos que tienen escopetas disparan contra la multitud de trabajadores atacantes. Observo cómo David se mueve con ellos.

Me giro para huir y tropiezo con el cuerpo de un guardia en el suelo. Es Harry. Sus ojos sin vida me miran fijamente mientras me pongo en pie.

Mientras continúan los gritos y alaridos, corro por la carretera asfaltada hacia la playa, tomándome un momento para ver a Cordelia aún tendida sobre el cemento.

# CAPÍTULO 42

Mientras corro hacia la playa, el estruendo de los hombres vitoreando y los disparos empieza a remitir. Me acerco a los adosados, que por ahora parecen no haber sido afectados por el circo que se ha montado dentro del recinto.

Pienso en Selene. Durante un segundo, considero entrar en su casa. Sin embargo, ¿qué podría hacer yo para protegerla?

Ella es la enemiga de los trabajadores. El corazón que late en su pecho es el motivo por el que estos hombres han derribado la puerta principal. Puede que su destino ya esté sellado. No hay nada que yo pueda hacer por ella. En su estado, no podrá caminar hasta la playa. E incluso si pudiera, jamás lograría cruzar el agua.

A mí misma me pone nerviosa la idea. No nado bien. La idea de que la moto de agua se estropee en mitad del mar es una de las situaciones más aterradoras que puedo imaginar, aparte de lo que me pasará si me quedo aquí.

Mi marido también es uno de los cirujanos de esta isla. Los trabajadores están furiosos. Buscan sangre. Si Mateo sobrevive a esta noche, ¿será capaz de impedir que todos ellos se tomen la justicia por su mano?

Paso corriendo por delante de los adosados, esperando que no le ocurra lo peor a Selene.

A medida que avanzo por el sendero, veo un cartel que indica la playa. Se me iluminan los ojos al divisar el edificio. Corro por la

arena tan rápido como soy capaz. Tengo los pulmones al límite, pero mi cuerpo sigue luchando por abandonar esta isla.

Una vez dentro del edificio, busco la caja de seguridad y la encuentro enseguida. Se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que está cerrada con llave. Intento abrirla para coger las llaves del interior, pero es inútil.

Charles me advirtió de que, cuando Winston estaba de servicio, no se le escapaba nada. Winston no permitiría que una caja con las llaves de las motos de agua se quedara abierta.

Miro alrededor de la sala. No solo no voy a poder usar una moto de agua, sino que tampoco hay chalecos salvavidas. Al ver las pequeñas tablas de paddle surf y los remos, me pregunto qué distancia podría recorrer con ellos en el agua. ¿Sería posible llegar a tierra firme?

¿Qué otra opción tengo, en realidad?

Cojo uno de los remos y lo uso para golpear la caja de seguridad. No se abre y, para colmo, he roto el remo.

Con un remo menos, mis posibilidades de supervivencia parecen aún peores. Agarro el último remo y una tabla, y corro hacia el muelle. Al ver la moto de agua, sonrío. La bolsa estanca. Suelto la tabla y el remo y desengancho una de las bolsas estancas de una moto de agua. La funda del portátil es demasiado grande para meterla dentro, pero una vez que saco el ordenador, encaja a la perfección. Casi se me olvida meter el pequeño bloc de notas con las contraseñas en la bolsa. La cremallera apenas cierra. Temo que, aunque llegue a tierra firme, entre agua y dañe toda la información que contiene.

Será mi único salvavidas si consigo llegar a la costa.

Vuelvo la vista hacia el recinto. Ya no oigo los gritos de los hombres ni los alaridos de los heridos. El fuego ya no se ve desde aquí. Como un recordatorio del caos cercano, escucho el sonido lejano de un disparo de escopeta.

Miro hacia el horizonte, sobre el agua. Esta es la única forma que tengo de salir de esta isla.

# CAPÍTULO 43

Alonso Pérez está sentado en su lujosa casa de México, observando a su familia fuera, a través de los ventanales que van del suelo al techo.

Saca un puro cubano largo y grueso de su humidor y se lo pasa por la nariz, disfrutando de su aroma. Corta el extremo del cigarro y enciende el otro. Siempre disfruta del primer sabor del tabaco de un puro recién estrenado.

Su vida es verdaderamente perfecta. Incluso en días malos como el de hoy, puede encontrar la felicidad en sus posesiones y en su familia.

Ha tenido muchos días increíbles gracias a su riqueza, y sabe que el futuro será aún mejor. No tiene que preocuparse nunca por el dinero. Está muy lejos de aquel niño pobre que vivía en los suburbios, robando solo para comer. Gracias a sus inversiones, ha cambiado el futuro de sus hijos y el de sus futuros nietos.

Es lo que se repite a sí mismo cuando ocurren días como el de hoy.

Hoy no es un día muy bueno.

Alonso ha tenido el teléfono móvil pegado a la oreja todo el día. El caos sigue reinando en la Northwind Clinic. Gracias a una llamada de seguridad desde la isla, Alonso pudo actuar de inmediato, enviando a un equipo para ayudar al personal de la clínica.

Eso no ha impedido que los demás propietarios se preocupen por lo que está ocurriendo en las instalaciones, llamando a Alonso sin parar.

Ahora, espera ansioso noticias actualizadas.

Alonso se sirve un scotch en un vaso bajo y se sienta fuera de su villa, contemplando las vistas del océano más allá de la playa de arena. Le sonríe a su mujer, que le devuelve una mirada familiar.

Es esa mirada asesina de «¿en serio sigues trabajando ahora mismo?».

Alonso le ha explicado que hoy no es un día normal. Hay una emergencia en uno de sus negocios que requiere toda su atención.

Ella no lo entiende, sin embargo, especialmente ahora que ve a su marido dando sorbos al scotch y fumando un puro. Él casi puede leerle el pensamiento: «¿Trabajo duro? Ya, claro».

—¡Papá! —grita el hijo de ocho años de Alonso—. Ven a jugar con nosotros —dice en un inglés chapurreado. Sus habilidades están mejorando por momentos. El tutor que Alonso contrató ha estado ayudando a su mujer y a sus dos hijos a aprender inglés y ha resultado ser inestimable. Muy pronto, trasladará a toda su familia al norte. Es mejor estar más cerca de sus inversiones.

Northwind puede estar pasando por un momento difícil. Estas cosas pasan en los negocios. No existe tal cosa como una inversión que siga prosperando sin ningún contratiempo.

Las otras clínicas van bien, se recuerda Alonso.

Todo saldrá bien.

—¡Buen inglés, hijo! —responde Alonso a gritos—. Sigue haciendo castillos de arena y iré pronto.

Su hijo mira a su madre, que le traduce lo que no entiende. Él sonríe y levanta el pulgar hacia su padre, y Alonso no puede evitar sonreír al ver lo guapo que se está volviendo su hijo.

Mientras expulsa una columna de humo espeso por los labios, suena su móvil.

—Habla —dice Alonso al responder—. ¿Qué noticias hay?

—Malas —dice su hombre—. Realmente malas. Soy Reynolds, señor.

Alonso respira hondo. —Necesito más detalles que eso, Reynolds.

—Docenas de muertos.

—¿El doctor Keenan? —pregunta Alonso, esperando que lo haya logrado.

—Está muerto —confirma Reynolds.

Niega con la cabeza, inspirando profundamente. Su mejor cirujano se ha ido. Con suerte no es tan malo como piensa. —¿Qué hay de Parker?

—El doctor Parker también. —Hay una pausa—. Lo encontramos con otros dentro de la clínica. Ha sido una masacre, señor. Winston y lo que quedaba de su equipo están todos esparcidos por ahí, hechos pedazos.

Sus dos cirujanos han muerto. Ese es el peor resultado posible. Toda la clínica estará fuera de servicio durante meses, quizá años. Es muy corta la lista de personas que pueden encargarse del tipo de cirugías requeridas y que además estén dispuestas a hacer el trabajo.

Alonso respira hondo, recordándose que las otras clínicas van bien. Aunque no estaban generando el tipo de beneficios que Northwind estaba recaudando. El doctor Keenan era una de las razones principales de ello.

Winston es otra pérdida enorme. Era un hombre de confianza. Difícil de encontrar en este negocio. Tres empleados inestimables perdidos en un solo día.

—¡Animales! —grita Alonso, expulsando más humo. Se correrá la voz sobre lo ocurrido en la isla. Quizá sea mejor quemarlo todo a estas alturas. —¿Qué hay de Selene Ashford?

—La encontraron muerta en su casa.

—¡Animales! —grita Alonso de nuevo.

—No creo que la mataran durante el ataque —dice Reynolds—. Sus heridas parecen más bien autoinfligidas, señor.

Alonso niega con la cabeza, sorprendido. Ya fue bastante malo cuando el nuevo cirujano mató a Ernest Davenport. Ahora, un segundo cliente de alto perfil ha muerto en la isla en menos de una semana.

No hay forma de evitarlo. El negocio se resentirá. Surgirán preguntas. Aumentarán las posibilidades de que las autoridades investiguen la isla.

Hará falta realizar grandes pagos a hombres poderosos para asegurar que eso no ocurra.

Menudo desastre.

—¿Quién queda vivo? —pregunta Alonso.

—Trece trabajadores de las bodegas. Dos mujeres. La mujer del doctor Keenan y una cuidadora personal.

—¿Dónde están todos ahora?

—Los tenemos a todos retenidos dentro de las salas de consulta de la clínica por ahora. Otros hombres están barriendo la isla.

Alonso exhala una espesa cortina de humo. —Bien. Que las barcas barran también la isla. ¿Has averiguado qué ha pasado?

Hay una breve pausa. —La mujer del cirujano les contó a los trabajadores migrantes lo que estaba pasando en la clínica. Se unieron y se hicieron con el control de la isla.

Alonso se tapa la cara. Winston había exigido más potencia de fuego en la isla, preocupado de que esto pudiera ocurrir. Alonso lo ignoró. Esto podría haberse evitado de haberle escuchado.

Una importante lección de negocios aprendida de la forma más dura.

—¿La mujer de Keenan ha hecho esto? —pregunta Alonso.

—No, la otra —responde—. Lily Parker.

—Espero que esté entre los muertos —dice Alonso.

—Negativo, señor —responde—. Por lo que podemos decir, cogió una tabla y se fue de la isla nadando. Tenemos a un equipo rastreando las aguas buscándola también.

—Envía otros cuantos equipos a buscarla —ordena Alonso. Esas aguas son peligrosas. Lo más probable es que se haya ahogado. Se tardarían horas en llegar a tierra firme en un bote. La hipotermia o la corriente se habrán encargado de la mujer del cirujano, con suerte.

Aun así, habrá que recuperar su cuerpo para evitar más problemas.

—Sin problema —confirma Reynolds—. ¿Qué debemos hacer con ellos? Con la gente de la clínica.

Alonso expulsa más humo. Mira hacia la playa y su hijo capta su mirada, sonriéndole de oreja a oreja. Alonso le devuelve la sonrisa y lo saluda con la mano. —Sin testigos —dice—. Limpia la isla.

—¿Y Cordelia Keenan? ¿La otra mujer?

Alonso niega con la cabeza. —No me hagas repetir mis palabras. Haz lo que te digo. Límpialo todo.

—En ello voy.

Alonso cuelga y lanza su teléfono sobre el sofá. Qué día tan terrible. Tendrá que dedicar mucha más energía a gestionar este desastre.

Contempla las vistas del océano y a su familia jugando junta en la arena. Expulsa el humo de su puro, tranquilizándose.

Todo irá bien. Algo que aprendió hace mucho tiempo es que el dinero puede solucionar muchos problemas complicados.

# CAPÍTULO 44

La música dramática del canal de noticias da comienzo al programa. El presentador sonríe a la cámara.

—Soy Dan Harding y esto es una emisión especial sobre las noticias de última hora que están sacudiendo a la élite social de este país. Muchos de los ricos y poderosos están aterrorizados por las revelaciones que se están compartiendo con el público.— El reportero mira directamente a la cámara, con una expresión de preocupación que ha practicado muchas veces grabada en el rostro. —Existen pruebas que demuestran que cientos de hombres y mujeres, trabajadores inmigrantes de México, han sido asesinados para extraer sus órganos en beneficio de los más ricos de nuestra sociedad. Precisamente el otro día, el magnate petrolero de Calgary, Neil Raymond, fue arrestado en su casa, acusado de delitos relacionados con este caso que acaba de estallar.

El reportero baraja unos papeles sobre su escritorio. —Todo esto ocurría en una isla situada en el norte de Ontario, lejos de miradas indiscretas. Con una cantidad interminable de órganos que utilizar, procedentes de los trabajadores inmigrantes que también trabajaban en la isla, estos crímenes habrían continuado de no ser por las pruebas facilitadas a los medios de comunicación.

—¿Y cómo sabemos todo esto? ¿Cómo han salido a la luz las pruebas de estos crímenes que se han venido cometiendo durante décadas? La esposa de uno de los cirujanos que los cometieron

quería justicia. Se ha recuperado un ordenador portátil del cirujano jefe de la isla, William Keenan, que confirma todos los actos atroces que han estado sucediendo.

—Pero esa mujer, que lo sacrificó todo para que estos crímenes salieran a la luz, Lily Parker, está muerta. Su cuerpo fue hallado cerca de la isla. Se informó de que su muerte se debió a un ahogamiento.— Dan Harding frunce los labios. —Lo que hace que esta historia sea aún más espectacular, dado que Lily Parker está sentada a mi lado en este mismo momento.

La cámara se aleja y yo esbozo una pequeña sonrisa.

Dan se inclina hacia mí. —Sra. Parker. Según parece, usted no ha fallecido, y sin embargo disponemos de documentación que confirma que sí lo ha hecho.

Asiento con la cabeza. —Así es. Y este es solo otro ejemplo que muestra el abuso y la corrupción que protege a las personas que se benefician de Northwind. Si no fuera por el pescador que me encontró flotando cerca de la isla, no lo habría conseguido. Mi cuerpo estaba a punto de rendirse. Ese hombre me salvó. Por su propio bien, no compartiré su nombre.

El reportero asiente. —¿Y por qué ha tardado días en revelar al mundo que estaba viva?

Bajo la cabeza. —Esta clínica llevaba tiempo en funcionamiento. La gente poderosa que la gestionaba y los ricos que la utilizaban querían que la clínica siguiera abierta. Querían que sus crímenes permanecieran ocultos. No sabía en quién podía confiar. El informe que confirmaba que me había ahogado fue falsificado. Si esa gente pudo hacer eso, ¿qué más podrían hacer? ¿A quién más tenían en nómina?

—Lo entiendo —dice el reportero—. Sentía que no podía confiar en nadie.

—La información del portátil ya está disponible en internet, para que cualquiera pueda verla por sí mismo —digo—. Políticos, celebridades y muchos otros nombres ricos y poderosos figuran en esa lista. Todos ellos son igualmente responsables de lo que ocurrió en esa isla.

El reportero frunce el ceño y me mira. —Hay quienes dicen que todo esto no es más que una conspiración fabricada por usted. Las autoridades han registrado la isla y, aunque se encontraron la bodega y la clínica, no había nadie allí para confirmar esta historia. Ni un solo alma vivía en la isla. Usted es la única que ha sobrevivido. ¿Qué les dice a esas personas que no la creen? ¿A los que afirman que simplemente no está bien de la cabeza?

Asiento. —De repente, el historial de mi familia está a disposición de todo el mundo. Ellos, las personas poderosas que dirigen la clínica desde la sombra, han hecho un buen trabajo difamándome en internet. Se han asegurado de que todo el mundo sepa que mi madre padece esquizofrenia y que mató a mi padre cuando yo era una niña. Me pintan como a una mujer que sufre un colapso nervioso. Sin embargo, las pruebas están ahí. Consulten las pruebas en internet ustedes mismos.— Respiro hondo, pensando en todas las personas que murieron aquella noche, incluido mi marido. —Sospecho que cualquier persona en esa isla que sobrevivió la noche en que escapé también ha sido asesinada.

Dan Harding asiente. —Y sus cuerpos desechados en los barriles azules de los que nos ha hablado.

Pienso en la noche en que vi a los guardias arrojar a Luis Reyes en un contenedor. Recuerdo cómo aquellos hombres subieron el barril a un bote, donde probablemente fue arrojado en algún lugar del agua. Imagino el cuerpo de mi marido, junto con los otros trabajadores inmigrantes y otras víctimas de la isla, yaciendo en el fondo del lago en alguna parte.

—Así es —confirmo—. Las personas poderosas a cargo de la clínica lo encubrieron todo.

—Y tiene razones para creer que la clínica Northwind no era la única de su clase.

Asiento. —Mi marido aludió a que había más.— Respiro hondo y miro fijamente a la cámara. —El tráfico de órganos no solo ocurre en países del tercer mundo. Fui una ingenua al pensar que algo así no podría ocurrir en mi país. Descubrí de la peor manera que estaba equivocada. Estas personas están ganando millones a costa de

personas ricas y desesperadas, y matando a aquellos que consideran prescindibles para atender a sus pacientes.

Dan Harding mira directamente a su cámara. —Una historia desgarradora de supervivencia, explotación y crímenes cometidos por los más ricos y poderosos de nuestra sociedad. Esta historia no ha terminado. Se espera que caigan muchos. Los nombres de los que cometieron los delitos son públicos. Ya no pueden ocultar lo que han hecho.— El reportero se vuelve hacia mí. —Una última pregunta para usted, Sra. Parker. Desde que sacó esto a la luz pública, poniendo esta información a disposición de todos, ¿hasta qué punto está preocupada por su propia seguridad?

Respiro hondo. —Tengo pesadillas en las que me meten en un barril azul. Casi cada noche, temo por mi vida. Sin embargo, esta no es mi única entrevista. Había una razón por la que subí toda la información a internet en lugar de acudir a las autoridades. Todo tiene que ser público, y yo también. Seguiré presionando para que los ricos y poderosos rindan cuentas por lo que han hecho. Es todo lo que puedo hacer. Si me ocurre algo, todo el mundo sabrá por qué ha pasado.

# EPÍLOGO

Seis meses después

Una organización internacional de tráfico de órganos ha quedado expuesta ante los ojos del mundo.

El magnate del petróleo de Alberta no ha sido el único en sufrir las consecuencias. Muchas otras personas ricas y poderosas han sido arrestadas y acusadas, incluidos varios políticos y algunas celebridades populares.

Esta pesadilla no terminará pronto para aquellos que hicieron uso de la isla.

Gente de todo el mundo escudriña las listas de nombres de quienes acudieron a la clínica para someterse a cirugías. Incluso si políticos y policías se dejan sobornar por estos criminales con la esperanza de que puedan ayudarlos, el pueblo se asegurará de que rindan cuentas. No hay forma de esconderse cuando la información es tan pública.

Eso me incluye a mí también. No soy capaz de esconderme.

Aún tengo pesadillas con lo que pasó en la isla. Mi imaginación vuela pensando en lo que les ocurrió a mi marido y a Cordelia. Veo los rostros de los trabajadores, como Mateo, que me salvaron la vida.

Lo que sucedió en la isla me atormentará para siempre.

Mientras me registro en el centro de acogida con el personal de la oficina de recepción, sigo pensando en las personas afectadas

por la isla.

Camino por el pasillo con una pequeña sonrisa en el rostro al ver dónde vive ella ahora. Siempre imaginé paredes acolchadas y camisas de fuerza, pero el hogar de mi madre parece completamente normal. El enfermero psiquiátrico me ha dicho que mi madre me estaría esperando en una sala de reuniones.

El centro de acogida está destinado a personas que tienen un diagnóstico de salud mental y tienen dificultades para encontrar alojamiento. Es para hombres y mujeres que ya están lo suficientemente estables mentalmente como para vivir fuera de un entorno hospitalario.

Tras pasar años en un hospital psiquiátrico por lo que hizo, mi madre lleva viviendo aquí casi una década.

Algunos de los pacientes que viven aquí pasan a mi lado, sonriendo, y me saludan. Me pregunto si alguno de ellos me habrá visto en la televisión recientemente, si es que les dejan ver la tele aquí.

Mi vida no ha sido más que un caos desde mi regreso. Desde que fui «devuelta a la vida».

Varios organizadores de asociaciones benéficas se reunieron conmigo después de mi primera ronda de entrevistas en el telediario. Se ha fundado toda una organización conmigo como portavoz y figura pública. Nuestra misión: detener otros delitos de tráfico de órganos en todo el país e internacionalmente.

Un inspector de homicidios jubilado también se ha unido a nuestro equipo recientemente. Ha estado analizando las pruebas del ordenador portátil que me dio Cordelia para reconstruir una estructura de quién cree que está al mando de todo.

Por ahora, son principalmente los pacientes de la isla quienes están rindiendo cuentas. Los investigadores solo buscan a uno de los peces gordos. Alonso Pérez. El inversor que conocí en México.

Es uno de los hombres más buscados del mundo en este momento. Estoy segura de que muchos de los ricos y poderosos preferirían que acabara muerto antes de que lo encuentre la policía.

Cuando las autoridades registraron una casa en Mazatlán, México, junto al océano, solo encontraron a la familia de Alonso.

Tuvo tiempo suficiente para que le avisaran y escapar antes de que la policía llegara a su puerta.

Mi esperanza es que, con la ayuda de mi organización, otros como Alonso sean descubiertos. Que las personas malvadas que dirigen lugares como Northwind queden al descubierto. Con suerte, las víctimas de estos crímenes encontrarán la justicia que se merecen.

Me detengo frente a una sala con una ventana. Cuando miro al interior, la veo al instante.

Mi madre, la biológica, está sentada a una mesa pequeña con las manos cruzadas sobre el regazo. Espera pacientemente a que yo llegue.

Se ve tal y como la recuerdo. Esa mujer cariñosa que me arropaba todas las noches de niña, que me decía continuamente que me quería y que haría cualquier cosa por mí, no parece el monstruo aterrador que fue la noche que perdió la cabeza. Se ve tan hermosa y atenta como la madre que conocí de pequeña.

Durante años, intenté ocultarme de mi pasado. Quería olvidar lo que hizo mi madre aquella noche. Me he dado cuenta de que no puedes escapar de tu pasado. Es una parte de ti. No deberías huir de él. Pero tampoco deberías dejar que dicte tu futuro.

David guardaba una foto de la casa de su familia, diciéndose a sí mismo que nunca sería un hombre que viviera en la miseria como él lo había hecho. Me pareció una tontería. Pero era tan malo como yo intentando fingir que esta parte de mi vida no existía.

Hubo veces en las que odié a mi madre por lo que hizo. También sentí empatía por ella. El abuso que sufrió fue lo que la hizo romperse.

Tengo que enfrentarme a mi pasado si quiero avanzar hacia un futuro mejor. Se acabó el ocultar quién soy.

Abro la puerta y, cuando mi madre me ve, sus ojos se iluminan. Se levanta de la mesa y al principio hace un ademán de acercarse a mí, pero rápidamente deja las manos a los lados.

—No puedo creer que de verdad estés aquí —dice—. No sabes cuántos días he pensado en ti. Estás tan guapa como imaginaba que estarías. —Vuelve a levantar las manos como para tocarme, pero, al

no saber cómo reaccionaría yo, las devuelve a sus costados. Una lágrima resbala por su mejilla mientras su sonrisa se ensancha—. —Te he echado mucho de menos, Lily.

Verla ahora me trae muchos buenos recuerdos. Durante años, he dejado que la pesadilla sobre ella me atormentara. En mis sueños, mi madre daba miedo. Era un monstruo.

Ahora no la veo así. Me acerco a ella y la rodeo con mis brazos con fuerza.

—Te he echado de menos —digo.

Tras un fuerte abrazo, nos miramos y ambas sonreímos. No volveré a ocultar quién soy, pienso de nuevo.

Temo por mi vida; algún día los responsables de las clínicas podrían intentar hacerme daño.

Mi sonrisa se desvanece al pensar en la noche en que mi madre sufrió su crisis. Sus ojos estaban vacíos de toda emoción excepto el miedo.

*Vendrán a por ti.* Puedo oír la advertencia que me hizo la noche en que todo cambió.

Algún día, los verdaderos poderes detrás de la Clínica Northwind podrían venir a por mí. Pero no me esconderé. Ya no. Por mucho miedo que tenga, no huiré.

—¿Estás bien, Lily? —pregunta mamá.

Miro sus ojos cariñosos, dándome cuenta de lo diferentes que son de aquella noche en que me despertó en mi cama siendo una niña.

—Todo está bien —digo, devolviéndole la sonrisa.

Ella se limpia una lágrima y vuelve a rodearme con las manos. —Lo siento, es que tengo que abrazarte otra vez. No puedo asimilar lo guapa que te has hecho.

Me río y la abrazo con la misma fuerza. Por dentro, sin embargo, oigo de nuevo las palabras de mi madre.

*Vendrán a por ti.*

***

Nota de la autora:

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí.

Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James

Ahora, por favor, disfrute de una muestra de mi historia El Marido Infiel:

# PRÓLOGO

Al ver a la pareja sobre la cama, con sus ojos vacíos perdidos en la nada, no estoy tan segura de si esto era realmente lo que quería. Esto no era lo que había planeado.

Una cosa es pensar en el asesinato. Otra es trazar una estrategia sobre cómo hacerlo y que no te pillen. Y el nivel definitivo es llevarlo más allá de la planificación y cometerlo de verdad. Pero esto era lo que yo quería. Sangre. Muerte. Asesinato. Justicia. Mi venganza.

*Justicia para los infieles.*

Lucho por contener las lágrimas, pero unas pocas se escapan de mis párpados. Si esto es lo que quería, ¿por qué estoy triste?

No es esto lo que había planeado, no exactamente. Fui muy meticulosa con cómo quería que transcurriera la noche, pero nada ha salido como se suponía que debía salir.

La pareja de fallecidos está dispuesta sobre la cama, con sus extremidades entrelazadas. Hacen una pareja bastante hermosa, incluso en la muerte. Lo que arruina el momento son las expresiones de miedo grabadas en sus rostros, que se contorsionaron así en sus últimos instantes de vida.

La imagen se me queda grabada más de lo que pensaba.

Me quedo mirando sus pechos desnudos, inclinándome sobre la cama para examinar el símbolo del corazón que tienen grabado. Una gran X tacha cada uno de ellos.

El Asesino Rompecorazones ha vuelto.

Respiro hondo y miro la mesilla de noche junto a la cama. Encima hay un cúter ensangrentado. En la otra mesilla hay algo

peor. Algo más que no había planeado. Me doy cuenta al instante de qué es lo que ha salido mal.

Observo las miradas muertas de la pareja y bajo la cabeza. Si esto es lo que quería, ¿por qué las lágrimas siguen resbalando por mi cara? Estoy más que confundida.

Al darme cuenta de que no debería quedarme aquí mucho más tiempo, respiro hondo para recomponerme. Ahora no es momento de cavilar. Tengo que irme.

Mi hija todavía está en casa de mi padre. Tengo que volver con él rápidamente. Necesito establecer mi coartada. Necesito recomponerme, ahora más que nunca, para no cometer ningún error.

Un fuerte golpe en la puerta principal me sobresalta.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! —gritan mientras los golpes se vuelven más fuertes y mis ojos se agrandan.

La policía está aquí. ¿Cómo? No es posible. ¿Quién los ha llamado?

—¡Abran la puerta! —brama la voz profunda del oficial. Soy incapaz de responder. En su lugar, me quedo paralizada, mirando los cuerpos sobre la cama.

Esto no es lo que había planeado.

CONTINÚA LEYENDO AHORA